NOA XIREAU

EL CUENTO DEL Cazador

CUENTOS Y SECRETOS III



BILOGÍA

del Cazador



El cuento del Cazador

Noa Xireau

Copyright © 2024 by Noa Xireau

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

Corrección: Nina Minina.

Diseño y maquetación: NX

Imágenes de portada: Nightcafe

Imágenes de interior: generadas por IA

Índice

Nota de la autora

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

¿Con ganas de más?

Sinopsis

El cuento del Cazador

Prometió su lealtad al rey, pero nadie le advirtió que eso lo convertiría en el verdugo de la mujer que el destino había elegido para él.

La misión de un cazador como **Gabriel** es sencilla: seguir las órdenes del rey, cazar a su «presa» (viva, a ser posible) o convertirse en el verdugo. Cuando trabajas para un rey justo, seguir esas órdenes no suele ser un problema y, a menos que tengas que sacarle el corazón a una mujer inocente como Blancanieves, eliminar a un villano de una dimensión tampoco lo es. ¿Por qué, entonces, acabar con la mujer que pone tu mundo en peligro es como arrancarte tu propio corazón? De entre todas las mujeres que el destino podría haber elegido para él, ¿por qué tenía que escoger precisamente a la que estaba condenado a matar?

Si algo había aprendido **Andrea** en su vida, era que:

1. Todo cuento tiene su propio villano o villana.
2. El mundo entero la consideraba a ella la mala de la historia.
3. A nadie le importaba descubrir la verdadera historia de la villana.
4. Es mucho más sencillo convertirte en villana que demostrar que eres inocente o… casi inocente.
5. Escapar cuando tu cabeza tiene precio en dos dimensiones diferentes es difícil; hacerlo cuando tu cazador es el hombre que puede sentirte y te conoce mejor que tú misma, es imposible.

Perseguida, traicionada, condenada y sin un lugar al que ir, la única salvación posible para Andrea es convencer a Gabriel de que es inocente o… engatusarlo para que la reclame como su *shangrile*.

Esta es la historia de Andrea y Gabriel. A pesar de pertenecer a una serie, se trata de un romance independiente. No es necesario haber leído el anterior para disfrutar de este libro, aunque se recomienda leerlos en orden.

<u>Libros que anteceden a este:</u>

1. El cuento de la Bestia.
2. El cuento del Lobo.

Este libro está dedicado a Laura Duque Jaenes, Sandra García Pérez, Claudia A. Pérez R, Carmiña, Maripi, Alina, Yolanda E.A., Josune Hormazabal, Claudia, Norlys, Karmela, Nadine Arzola, Elena R.M., Yadira, Isabel Guineton, Yolanda G. Morey, Grisel Becerra Cornejo, María José C., Lauu E.G., Conni Olivares, Fátima, Cary Anzardo, Jesica Navarro Pastor, Elvira Arau, Carolina Avram, Nara Verde, María del Pilar García Fernández, Beatriz de la Fuente, Cristina Suárez Iglesias, Carolina Patiño, Ángeles Casas, Kicha Montano, Natalia SA, JMary Jurado Nieto, Silvia Castellano Florez, Rocío DC, Cristina Iguiño, Trinidad Cepillo Guillamón, Miriam Córdoba, Rocío López Moreno, Marta Delafuente, Ale Osuna, Tina Stuebgen, Ratón de biblioteca, Elizabeth Gómez, Encarna Prieto, Dorys Beltrán y Pili Doria.

Gracias por estar a mi lado, por apoyarme, soñar conmigo y compartir historias, por muy locas que sean.

Noa Xireau

Nota de la autora

Lo sé, ha pasado una eternidad hasta que hemos llegado aquí. Una eternidad en la que he recibido tantos ataques y hasta insultos, que me he planteado si valía la pena seguir esta serie o no. Y, si soy honesta, si tuviera la posibilidad de volver atrás, no sé si volvería a publicar el primer libro.

¿Por qué entonces estamos aquí? Porque muchas de vosotras habéis estado a mi lado de forma incondicional, me habéis apoyado, os habéis convertido en parte de mi trayectoria como escritora y cuando me ha dado un bajón, me habéis ayudado a levantarme de nuevo. Soy humana y cometo muchos errores, pero sé valorar las cosas, y os valoro a vosotras y lo que habéis hecho por mí.

Bueno, vamos al meollo de la cuestión, que cuando escribo me enrollo mucho:

¿Por qué la historia de Andrea y Gabriel y no la de Malael? A muchas os bastará leer la historia para comprenderlo y otras lo haréis cuando lleguéis a la de Neva. Este libro es un paso intermedio, una forma de presentar a personajes y sus motivaciones, además de situaciones que serán importantes más adelante.

¿Podría haber escrito una novela corta de veinte mil palabras y haber solventado el asunto? Probablemente, pero espero que cuando lleguéis a la última página coincidáis conmigo en que ha valido la pena darle una oportunidad a estos personajes.

¿Por qué llamar esta historia *El cuento del Cazador* cuando ese debería haber sido el título del libro de Malael?Bien, a pesar de que algunas han ido proclamando que pretendía engañaros y estafaros, la respuesta es mucho más sencilla. Primero, que escribir es una buena dosis de talento, pero sobre todo de conocimiento, aprendizaje, práctica, palos, lágrimas, comer chocolate, más palos, y noches sin dormir. *El cuento de la Bestia* fue uno de mis primeros libros y, siendo honestas, no tenía ni idea en aquella época de lo que entrañaba escribir una serie, lo que acabó conmigo en un laberinto de callejones sin salida.

A medida que he ido avanzando en las diferentes historias, me he dado cuenta de que el papel de cazador encajaba mejor con Gabriel (al fin y al cabo su misión es la de llevar a Andrea a su condena) y, en consecuencia, preferí asumir mi error y darle a cada cual el rol que le correspondía.

Aclarados estos puntos, espero que disfrutéis con esta historia y que os haga olvidar vuestro día a día mientras soñáis con otros mundos y hombres pelirrojos dispuestos a convertir el mundo en cenizas por vosotras ;)

Noa Xireau

Prólogo

ANDREA



A pesar de que mis pies descalzos apenas rozaban el suelo, el crujido de las hojas secas a mi paso resonaba con una nitidez aterradora en la quietud del bosque. Solo el rasgado de mi camisón al engancharse con ramas y espinas lo superaba, mientras los desenfrenados latidos de mi corazón marcaban el ritmo de mi huida. Era un ritmo frenético, dictado por el terror que me oprimía el pecho y que aceleraba mi respiración hasta convertirla en un jadeo ahogado.

Mis sentidos, acentuados por la sangre fresca que corría con urgencia por mis venas, se habían convertido en armas de doble filo que me permitían detectar la presencia de mis rastreadores, pero también incrementaban la angustia con su cercanía. Eran muchos, demasiados como para que pudiera con todos ellos y, si no conseguía despistarlos pronto, acabarían capturándome. Y eso era justo lo que querían: apresarme. De haberme querido muerta, ya lo estaría.

No podía decir que ese pequeño detalle supusiera una gran diferencia en mi actual predicamento. Si mi sospecha era cierta, y los que venían tras de mí eran los cazadores del rey, entonces la muerte seguía formando parte de mi destino, solo que se encontraba al final de una larga agonía, en la que me provocarían mil muertes antes de permitirme un final sin dignidad. Lo irónico era que jamás me creerían si les contaba la verdad, y el único secreto que conservaba no era uno que les interesara o que pudiera servirles para algo más que seguir torturándome.

Como si respondiera a mis pensamientos, un solitario búho desafió el silencio del resto de las criaturas del bosque y soltó un lamento fúnebre que anunciaba mi inevitable derrota. Me obligué a ir más rápido, ignorando el creciente cansancio y el dolor en mis pulmones y los músculos de mis piernas. Aún no me había llegado la hora. No podía haberme llegado. No cuando ni siquiera había tenido la oportunidad de descubrirme a mí misma y de vivir sin que otros me usaran como un títere con las cuerdas rotas.

El susurro del viento entre las ramas trajo consigo la maldición mascullada de uno de mis perseguidores. A pesar de mis esfuerzos, estaban recortando distancias. No iba a poder evitarlos por mucho más, pero ¿qué me quedaba por hacer? ¿Enfrentarme a ellos en una lucha cuando tenía la certeza de que no tenía ninguna oportunidad? ¿Entregarme para que pudieran humillarme y torturarme hasta mi muerte?

Si hubieran sido humanos, al menos habría tenido una oportunidad de librarme de ellos. Les habría costado encontrarme bajo el manto de tinieblas que nos envolvía en aquella helada noche de otoño, donde la luna y las estrellas apenas se asomaban de tanto en tanto entre las copas de los árboles. Por desgracia, no lo eran, e incluso las gotas de sangre que las despiadadas espinas de los arbustos me arrancaban a mi paso se estaban convirtiendo en un traicionero rastro que les señalaba el camino hasta mí.

Mis pulmones ardían como si con cada bocanada inhalara fuego en vez de aire. Hubiera dado cualquier cosa por detenerme, aunque solo fuera unos segundos, pero incluso eso era un lujo que no podía permitirme. No cuando el azul profundo del horizonte estaba comenzando a adquirir una tonalidad grisácea, lanzándome su propia advertencia. Si no me mataban los cazadores, pronto lo haría la luz del amanecer. Y ahí estaba mi última esperanza de sobrevivir: aguantar más que ellos, aguantar hasta que se rindieran y escondieran de una muerte segura, y luego rezarle a la Diosa para que me permitiera encontrar un refugio antes de que el sol me carbonizara viva.

No podía verlos, pero sentía su presencia. Eran como espectros, sombras sin rostro que me acosaban con una determinación implacable. El ruido que hacían al perseguirme era una burla. Querían que oyera sus pisadas porque disfrutaban de mi miedo, porque formaba parte de su juego y su empeño de hacerme sufrir. Si tenía razón, que la Diosa se apiadara de mí si me atrapaban.

Me habría reído si me hubiera quedado aire para hacerlo. ¿Qué irónico era que yo, la cazadora, me hubiera convertido en presa? Creo que eso era lo que a ellos les producía tanta adrenalina, el mismo motivo que me seguía empujando más allá de los límites de mi propio cuerpo.

Maldije cuando la tierra blanda y las hojas húmedas del bosque fueron sustituidas por un suelo duro cubierto de piedras afiladas que se clavaban en mis plantas, obligándome a apretar los labios para acallar los gemidos de dolor que pugnaban por escapar con cada zancada que daba. Una ráfaga de agonía pura me atravesó el pie cuando tropecé con una roca. A duras penas conseguí extender los brazos para amortiguar la caída con las manos y ni siquiera morderme los labios consiguió ahogar el grito que se me escapó por la garganta cuando mis rodillas impactaron contra el suelo.

Por un momento estuve tentada de quedarme allí tendida y permitir que me atraparan. Rendirme se convirtió en una tentación, hasta que me llegó el murmullo que trajo consigo una pequeña esperanza. ¡Agua!

Con el poco vigor que me quedaba, me incorporé y me lancé en la dirección de la que provenía el sonido. Hubo otra maldición a mi espalda. Como una jauría de lobos con un pensamiento coordinado, mis cazadores aceleraron su persecución. Sabían lo que iba a hacer o por lo menos lo sospechaban.

Se produjo un cambio en el aire: la humedad se intensificó y el presagio de algo inminente se hizo evidente. Por instinto, arrastré los talones para frenar cuando el acantilado apareció frente a mí, recortándose ominoso al filo del bosque, pero el aroma a cuero y cítricos que me trajo el viento me recordó que no podía permitirme el lujo de titubear. Y no lo hice. Tirando de mis últimos vestigios de fuerza, corrí. Corrí como nunca antes había corrido, con una mezcla de desesperación y esperanza y un deseo ardiente de sobrevivir.

Justo antes de que mis pies se despegaran de la fría piedra para lanzarme al vacío, una voz oscura y aterciopelada se burló en mi mente:

«¿De verdad crees que saltar te ayudará a escapar de mí, Andrea?».

Capítulo Uno

ANDREA



Con un jadeo ahogado, abrí los párpados y me incorporé en la cama como un resorte. El contraste entre el sueño y la realidad fue tan abrupto que por un instante no supe dónde estaba. Imágenes de la pesadilla y la angustiosa persecución a través del tenebroso bosque se entremezclaban con el reconocimiento de la rústica habitación en la que me encontraba. A pesar de que mi reloj interno me advertía de que aún no había llegado el atardecer, el silencio que provenía del exterior solo se veía roto por el lejano aullido de un lobo, los susurros de las hojas bailando al viento y el latido frenético de mi propio corazón, recordándome que, aunque solo hubiese sido un sueño del que acababa de despertar, mi desesperada huida bien podría convertirse en una terrorífica realidad.

Cerré los ojos y me concentré en la forma en la que el aire pasaba por mi nariz, me recorría la garganta y me llenaba los pulmones. No era más que un intento vano por calmar el ritmo acelerado con el que subía y bajaba mi pecho y, de paso, empujar la sobrecogedora angustia que seguía recorriéndome hacia el fondo de mi mente. El sudor frío que me empapaba la camiseta hacía que la tela se me pegara a la piel y me provocara un escalofrío. Me liberé a patadas de las sábanas enredadas en mis piernas y me deslicé hasta el borde del colchón.

Con manos temblorosas, me aferré a la maltrecha manta de lana que cubría la cama e ignoré los muelles que chirriaban bajo mi peso al bajar los pies al suelo. Fue enfocarme en la áspera superficie de madera bajo las plantas de mis pies y contra mis cicatrices lo que pareció lograr el truco y anclarme a la realidad del momento, a pesar de que tenía la certeza de que el terror del que acababa de despertar no era más que el augurio de lo que estaba por venir.

Me tomó varios minutos apaciguar los desbocados latidos de mi corazón y que mis neuronas volvieran a funcionar con eficiencia. Con una mirada inquisitiva, inspeccioné el interior de la vieja cabaña que había reivindicado tres noches atrás como mía, para confirmar que todo seguía igual que cuando me acosté al amanecer.

Mi mirada pasó por encima del viejo escritorio, tallado y desgastado por el paso del tiempo. Sus cajones desvencijados se mantenían ligeramente entreabiertos debido a la dilatación de la madera, dejando entrever la esquina de una factura amarillenta, vestigio de la vida rutinaria de los anteriores moradores, al igual que lo eran las docenas de tarjetas de felicitación que sabía que contenían, junto a los sobres con direcciones, pero sin sellos ni estampas, como si quien las escribió jamás tuvo la oportunidad, o tal vez el valor, de enviarlas.

Justo enfrente de la mesa, se encontraba un sillón de cuero marrón desgastado por el uso, que solía chirriar irritantemente con el más mínimo movimiento, sobre cuyo respaldo estaban extendidos con cuidado mis pantalones junto a un par de calcetines y los arneses para colocarme las armas. La meticulosidad con la que estaban organizados, justo en el orden con que debía

ponérmelos en caso de urgencia, contrastaba con el resto del espacio.

Limpiar nunca había sido lo mío. Tampoco me había hecho falta, considerando que había crecido en un hogar con sirvientes y esclavos, donde estaba mal visto que una mujer de mi estatus social moviera un solo dedo, ni siquiera para vestirme por mí misma. Lo que explicaba que en la diminuta cocina del rincón siguiera la tetera sobre el hornillo apagado y el cubo de basura con las latas vacías de las conservas que había usado para alimentarme durante esos días. Entre mi lista de tareas pendientes se encontraba el deshacerme de ella, enterrándola en la tierra para que los osos o zorrillos no se hicieran daño si intentaban hurgar entre las latas en busca de comida, pero parecía que mi tiempo allí había llegado a su fin antes de lo previsto. Suponía que podía deshacerme de la basura en algún contenedor que me encontrara por el camino cuando me marchase, aunque solo fuera para sentirme un poco más civilizada y no dejar atrás un rastro que pudieran leer y juzgar los cazadores que me perseguían. Ser una fugitiva no implicaba que no pudiera mantener mi dignidad mientras lo fuera. Prefería que me odiaran y detestaran a que me tuvieran lástima o me consideraran patética.

Seguí con mi exhaustivo escrutinio hasta la cómoda que se encontraba un poco más allá y que seguía manteniendo la misma capa de polvo que tenía a mi llegada. Con un estremecimiento, preferí pasar por alto el enorme bulto tapado por una sábana que había sobre ella y me centré en la fotografía desteñida de una pareja de mediana edad que colgaba en la pared. Al igual que las anteriores veces que la había mirado, las sonrisas enamoradas y los ojos cargados de ternura me provocaron una extraña presión en el pecho, y tuve que obligarme a ignorar la incómoda mezcla de añoranza y vacío que parecía haber tomado residencia allí en el último año.

Casi como si mi mente se negara a obedecerme, mi memoria me jugó una mala pasada, mostrándome unos intensos ojos verdes que me miraban con una mezcla de sorpresa y terror en un rostro masculino adusto, cruzado por una larga cicatriz que, más que afearlo le otorgaba un atractivo peligroso y te hacían desear trazarla con la punta de tus dedos.

¡Maldita fuera! ¡Se acabó! Me levanté de un salto. No podía, ni quería, permitirme el lujo de pensar en el hombre que, sin duda alguna, iba a ser el causante de mi muerte.

Apretando los labios en una firme línea, revisé el resto de aquella habitación en la que todo me era familiar y, al mismo tiempo, extraño. Nada de aquello me pertenecía, excepto la mochila que se encontraba apoyada contra los pies de la cama con algunas mudas de ropa, y lo imprescindible para poder sobrevivir en un lugar perdido de la mano de la Diosa en la dimensión humana.

Se me escapó un gemido mientras me llevaba la mano a la sien, presionándola con suaves movimientos rotatorios, en un intento por aplacar el insistente dolor punzante y la creciente oleada de náuseas. La pesadilla había sido demasiado vívida, demasiado real. Los cazadores, la persecución, el acantilado... Puede que solo fuera una advertencia de mi subconsciente para que no me relajara ante el peligro en el que me encontraba, pero la verdad era que se sentía como un presagio y, por desgracia, fuera cual fuese la causa, me constaba que la amenaza era auténtica e inminente.

No era mi primera pesadilla. Había tenido muchas a lo largo de mi vida. Las que había experimentado en mi infancia, las que me advertían de lo que pasaría conmigo si Azrael perdía su interés por mí, las que me provocó descubrir que mi *shangrile* era el mismo hombre que vendría a poner fin a mi vida, o las que me causaba el poder que la bruja del Este ejercía sobre mí. Sin embargo, en las últimas semanas se había incrementado la frecuencia con la que las experimentaba y, por primera vez, tenía la certidumbre de que no se trataban de un mero reflejo de mis miedos o de mis vivencias pasadas, sino de la amenaza tangible que estaba

aproximándose y que iba a ser imposible de evitar.

Con piernas inestables, me acerqué a la ventana. La madera vencida crujía bajo mis pies, haciéndome rechinar los dientes ante el estruendo con el que rompían el silencio. Con cautela, abrí un hueco entre las opacas cortinas y eché un vistazo al exterior para asegurarme de que mi destino no me hubiera encontrado antes de lo esperado. Estuve tentada de abrir la ventana para que el aire fresco del anochecer diluyera el irritante hedor a moho, polvo y leña quemada que provenía de la chimenea apagada, pero habría sido un capricho imprudente. Tampoco era como si me quedase más tiempo que perder. La única forma de sobrevivir era adelantarme y asegurarme de que mis pesadillas no pudieran hacerse realidad.

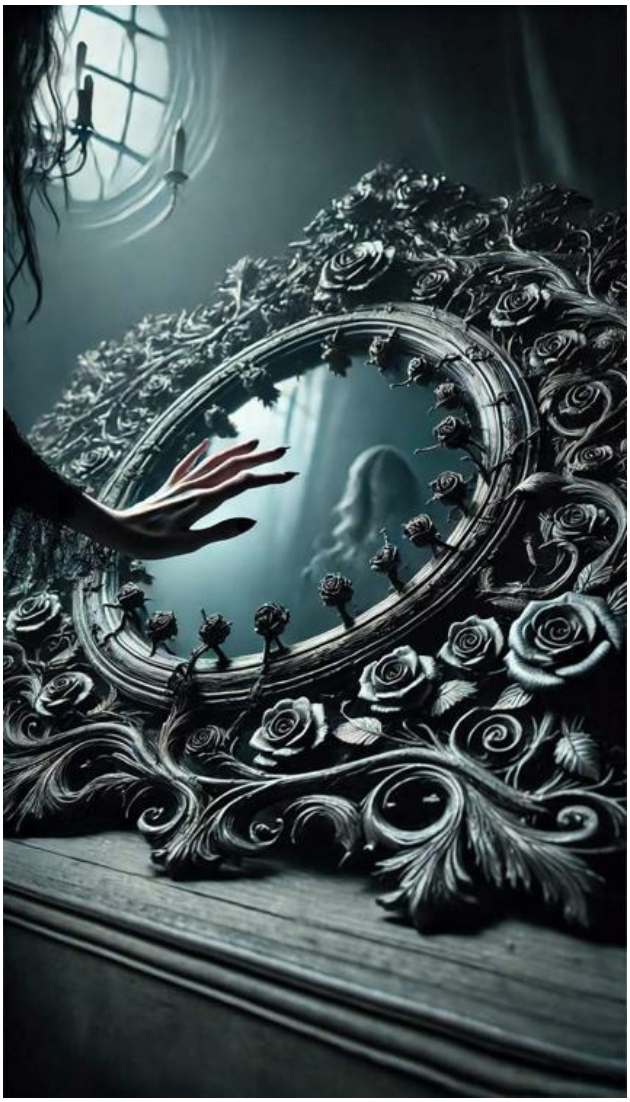
Mis manos seguían temblando cuando me acerqué a uno de los rincones de la pequeña cabaña y mi corazón retomó el ritmo acelerado de sus latidos. Con un tirón a la polvorienta sábana, expuse el espejo ovalado que escondía y la dejé caer sobre la cómoda, envuelta por las pequeñas motas que revolotearon alteradas a su alrededor. Tragué saliva con dificultad, armándome de valor, antes de acercarme al espejo.

El maldito trasto me devolvía el reflejo de una mujer con enfermizas ojeras violáceas que contrastaban con su pálida piel y mirada cansada. Era una imagen familiar con la que, sin embargo, me costaba identificarme. Mi pelo cobrizo, antaño la envidia de la corte y el orgullo de mi madre, se encontraba enmarañado y sin brillo, mis labios resecos carecían de color, mis uñas rotas tenían rebordes negruzcos y mis costillas empezaban a marcarse más de lo que estaba de moda para una dama de alta cuna.

Resultaba irónico que, escondiéndome en la dimensión humana, donde las presas abundaban (al menos en teoría), estuviera muriéndome de sed. Si no encontraba pronto una solución a mi situación, ya no iba a necesitarla porque habría acabado conmigo.

Acercarme al espejo iba en contra de las tropecientas advertencias que me gritaban mis instintos. Era como meter la mano bajo un haz de sol cuando sabía que me quemaría y que iba a pelarme la piel de la carne. Como si mis pies tuvieran voluntad propia y hubieran decidido resistirse, tuve que obligarme a arrastrarlos mientras me acercaba poco a poco al majestuoso espejo. Habría sido un espejo precioso si no hubiera conocido sus oscuros secretos. El marco de ébano estaba tallado con un sinfín de artesanales rosas y espinas que se entrelazaban de una forma tan artística como macabra. Odiaba aquel maldito trasto que me perseguía allá a donde iba, apareciendo de la nada en cada nuevo refugio que encontraba. Habría dado cualquier cosa por deshacerme de él, aunque, por una vez, podía ser la solución que me permitiera encontrar una vía de escape en lugar de la herramienta con la que me habían condenado.

Mi miedo era tan palpable e intenso que prácticamente vibraba en mi interior cuando mi aliento entrecortado empañó la superficie de cristal plateada. Al igual que mis piernas, mis brazos se resistieron a obedecerme cuando los alcé para acercar mis sudorosas palmas a las espinas que sobresalían amenazantes del marco. Era una ironía que fueran la metáfora perfecta para recordarme que la belleza y la magia exigían ambas un precio a quien las codiciara.



Con un débil haz de luz de la luna como único testigo, apoyé mis temblorosas manos sobre el marco hasta que las espinas acuchillaron mi piel y se hundieron en mis palmas en busca de su sacrificio. Era la primera vez que lo hacía de forma voluntaria, sin que ninguna fuerza exterior me hundiera en un trance y me empujara a hacerlo en contra de mis deseos. Solo podía rezar para que, al igual que las anteriores veces, en esta ocasión también funcionara.

Ignorando el agudo dolor, observé cómo mi sangre fue deslizándose por las espinas, coloreando los pétalos de las rosas a su paso, haciendo florecer los capullos y serpenteando hasta la lisa superficie del espejo como si la atrajera una fuerza invisible hasta su centro.

Incluso para una vampiresa como yo, acostumbrada a la sed de sangre, atestiguar cómo el espejo absorbía la rojiza esencia vital con semejante avaricia resultaba chocante. Hubiera sido un espectáculo fascinante de ver, si no fuera porque, con cada gota que reclamaba, una oleada de intenso frío se extendía por mis extremidades, invadiéndome y debilitándome, como si la sangre no fuera lo único que estuviera tomando de mí.

Estuve a punto de soltarlo y apartarme, demasiado aterrada por lo que me hacía y el tiempo que tardaba, cuando el cristal del espejo comenzó a oscurecerse, tornándose tan negro como una

noche sin estrellas, antes de empezar a brillar con un resplandor pálido y etéreo, en cuyo interior se desplazaban figuras apenas compuestas por sombras. Cientos de susurros se fundieron los unos con los otros hasta convertirse en un penetrante zumbido que me obligó a apretar los dientes para resistir la tentación de perderme en él.

Pasó lo que pareció una eternidad hasta que una de aquellas siluetas fantasmales destacó sobre las demás y comenzó a aproximarse, acallando los tétricos murmullos a su paso. Retrocedí sin siquiera pretenderlo y apreté los puños para que no se notara mi temblor a medida que la oscuridad dentro del espejo empezó a disiparse, revelando una figura femenina que se volvía más nítida y tangible a medida que recortaba la distancia, dejando paso a la bruja pelirroja que se había adueñado de mi vida con la misma cortante frialdad que reflejaba en su mirada en aquel instante.

Vacilé, preguntándome si no habría cometido un error al convocarla.

—Más te vale que tengas un buen motivo para hacerme venir —advirtió con gelidez mientras su rostro y figura se alargaban y afinaban hasta convertirse en un reflejo cruel de mí misma.

Odiaba cuando hacía aquello. Era como si se mofara de mí, recordándome que podía jugar conmigo a su antojo, mostrándome una versión de mí misma desprovista de la más mínima humanidad. Lo único que me permitía conservar era mi belleza. Una belleza que, por lo usual, dejaba marchitar justo antes de irse, para recordarme que incluso eso era algo que podía quitarme con un simple chasqueo de su lengua.

A aquellas alturas debería estar acostumbrada a su humillante parodia, pero, cada vez que me obligaba a verme a mí misma en ella, la impotencia que me provocaba su poder se incrementaba y me forzaba a enfrentarme al monstruo en el que me había convertido.

—¿Es necesario que me robes la identidad cada vez que hablamos? —pregunté antes de poder detenerme.

Sus labios, los míos en realidad, se curvaron en una sonrisa llena de desprecio.

—No.

—Entonces ¿por qué…?

—Porque puedo y porque sé que lo detestas —me cortó con impaciencia—. Y ahora ve al grano y deja de hacerme perder el tiempo. ¿Por qué me has convocado?

Me clavé las uñas en las heridas que me había hecho con las espinas del espejo, reabriendo las que ya habían comenzado a cicatrizar.

—Azrael le ha puesto precio a mi cabeza y ha enviado cazadores a por mí.

La bruja arqueó una ceja.

—¿Y qué hay de nuevo en eso?

Retuve un resoplido. Cierto, ¿qué había de raro en eso después de que ella me hiciera envenenar a la *shangrile del rey de los vampiros* mientras estaba embarazada de su primera heredera? Nada. Nada en absoluto, ¿verdad?

—Que su número ha incrementado y que ahora estoy sola. La secta que usamos para secuestrar a la *shangrile* de Cael ha desaparecido y su cabecilla no contesta a mis mensajes.

El número de enemigos que me había creado a lo largo de los casi dos años que ella llevaba usándome a su antojo, resultaba turbador.

—¿Y? —preguntó con indiferencia.

La presión de mis uñas sobre mis palmas aumentó hasta que un fino hilo de sangre fue resbalándose húmedo y caliente por mis dedos. Con una lenta inspiración me recordé que enfrentarme a ella no me llevaba a ninguna parte.

—Necesito los recursos de la secta y la magia que tienen —la informé con determinación.

—No son más que humanos —bufó con desprecio—. Su magia es tan débil que son poco más que payasos de circo.

Reprimí una carcajada. Sí, sí que eran débiles, y unos tontos avariciosos también y estúpidos, sobre todo estúpidos. Pero eran la única herramienta a mi alcance con la que podía contraatacar y defenderme de los hombres que me había enviado Azrael sin ponerme en peligro.

—Tienen más de la que tengo yo —espeté con sarcasmo—. Y, además, son buenos distrayendo a los cazadores

—No.

—¿No? —repetí, confundida.

—Justo lo que has oído —dictó la bruja con firmeza.

—Pero… —Sacudí la cabeza para aclarar las ideas e ignoré las náuseas que me estaban cerrando la tráquea—. Si no me ayudan… Los cazadores me superan, son demasiados para mí sola. Estaría condenada —susurré en apenas un hilo de voz—. No puedes negarme esa ayuda.

Mi reflejo en el espejo me dedicó una carcajada cruel.

—Aquí la única que decide lo que se hace y lo que no soy yo —sus palabras resonaron con un eco metálico por la habitación.

Como si el estremecimiento que me recorrió me robara mis últimas fuerzas, mis rodillas amenazaron con ceder.

—Piensas abandonarme a mi suerte —murmuré al fijarme en el brillo burlón, casi excitado, en sus ojos. No era una pregunta.

—Eres un poco lenta de entendederas, pero al menos no un caso perdido —se mofó.

—¿Por qué? —Intenté tragar saliva, pero tenía la boca reseca—. Has hecho conmigo lo que te ha dado la gana. He hecho lo que me has pedido hasta el final.

—¿Estás segura? —La chispa de furia en sus ojos me puso el vello como escarpias. Nunca pasaba nada bueno cuando ella se enfadaba—. ¿Ya no recuerdas lo que pasó en las mazmorras? Me traicionaste cuando estaba ayudándote a escapar de la prisión.

Una vez, una sola vez me había rebelado contra ella. No debería haberlo hecho. El mismo hombre por el que lo había arriesgado todo, ahora me perseguía y la bruja iba a hacerme pagar por ello.

—¡Me persiguen porque creen que soy yo quien los ha traicionado y atacado! Tú eres la que me ha hecho… —Parpadeé para retener las lágrimas. No iba a darle el placer de ver que, al fin, después de todo ese tiempo, había conseguido romperme—. Me has obligado a condenarme. ¿Y ahora no me merezco ni siquiera un poco de ayuda para escapar de las consecuencias de lo que *tú* has provocado?

Su sonrisa se transformó en una mueca de desprecio.

—Sabías lo que te hacías al aceptar el acuerdo. A la única a la que tienes para culpar es a ti misma.

—¡No tenía ni idea de lo que ibas a hacer conmigo!

—En ese caso, deberías haber leído la letra pequeña del contrato —replicó sin la más mínima compasión.

—¡No había letra pequeña!

—¡Por el amor de la Diosa, deja de comportarte como una niña estúpida! —espetó, agitando los brazos irritada—. Eras la diplomática del reino de Azrael. No eres tonta. Sabías más que de sobra que hay que leer entre líneas en un pacto mágico. Estabas desesperada por convertirte en un sacrificio para salvar a tu hermana. Pues bien, tu hermana sigue viva. He cumplido con mi parte del trato, el resto es cosa tuya.

—¿Y eso justifica que ahora me dejes tirada, pagando por las consecuencias de tus acciones? —exigí en un intento por reivindicar un poco de mi dignidad.

—Ese es *tu* problema, no el mío.

Apreté los dientes y alcé la barbilla.

—¿Qué quieres a cambio de ayudarme? —No pude evitar la amargura en mi tono, sabiendo que cualquier cosa que me exigiera sería un precio desorbitado, uno que tal vez no pudiera pagar sin perderme a mí misma.

Sus ojos calculadores me estudiaron por un momento, pero acabó por hacer un aspaviento con la mano descartando mi solicitud.

—Tienes demasiada gente persiguiéndote. Las molestias no compensan los beneficios. Ya no me sirves —decidió con una frialdad despiadada.

Un nudo me cerró la garganta a medida que mi miedo crecía.

—¿Puedes darme al menos alguna pista sobre cómo puedo salir de esta? —Mi voz amenazó con quebrarse—. ¿Un hechizo, una poción o alguna clase de talismán que puedan ayudarme a defenderme u ocultarme?

A aquellas alturas, cualquier ayuda, por poco que fuera, me servía. Ella se encogió de hombros con indiferencia y sus labios se desfiguraron en una mueca de desdén.

—Ve al Inframundo. Ningún sobrenatural se arriesgaría a seguirte allí.

—¿Al Inframundo? —pregunté, incrédula—. Los vampiros no somos bien recibidos allí, a menos que vayamos como esclavos.

Y aquél sería el menor de los peligros que me esperarían en un mundo poblado por demonios, practicantes de magia negra y monstruos.

—Ese, querida mía, es tu problema. Ya tienes edad para cuidarte tú solita. Si consigues deshacerte del precio que le han puesto a tu cabeza, vuelve a mí. Tal vez tenga algún trabajito para ti.

Se me levantó el estómago y la bilis irrumpió en mi garganta. Ella no me consideraba lo bastante importante como para ayudarme, pero sí que estaba dispuesta a explotarme de nuevo en el futuro. Por desgracia, si ella decidía usarme, no había nada que pudiera hacer para evitarlo.

Me costó mis últimas trazas de control no estampar un puño en el espejo y borrarle la sonrisa de su maldito rostro.

—¡Es por tu culpa por la que me están persiguiendo! ¡Fuiste tú la que intentó envenenar a la reina y secuestrar a Cael y su *shangrile*! —grité con más volumen del que había pretendido.

Su expresión no cambió, ni siquiera cuando un temblor líquido recorrió el cristal retorciendo su imagen y mostrándola como el monstruo que era.

—¿Estás segura? —preguntó con una ceja levantada—. Creo que eras perfectamente consciente de lo que estabas haciendo, aun cuando era yo la que te controlaba. Podrías haber tratado de luchar en vez de esconderte en un rincón de tu mente para hacerte la víctima.

—¿Consciente? —Se me escapó una carcajada seca—. ¡Sabes de sobra que lo estaba, al igual que te consta que no tenía forma de resistirme a tus posesiones y órdenes!

En sus manos me había convertido en una marioneta de una forma casi literal.

—Y dime, querida. —La bruja ladeó la cabeza—. ¿Crees que alguien te creerá o te eximirá de tu responsabilidad por ello? Lo único que pasará es que se darán cuenta de la mujer débil, patética y manipulable que eres. Nada más. —Hubo tanto desprecio en su mirada que me entraron ganas de encogerme y esconderme, al igual que solía hacer con mi padre cuando me recordaba lo inútil y cobarde que era—. Y encima, arriesgarás a tu hermana y madre por una simple pataleta infantil. ¿Necesitas a un príncipe azul que te rescate y que te ayude a enfrentarte

a tus malas decisiones? Pues búscate a uno, pero no esperes que lo haga yo por ti.

Me quedé tan petrificada ante los recuerdos de mi padre gritándome acusaciones similares, que ni siquiera conseguí reaccionar cuando mi rostro reflejado en el espejo comenzó a arrugarse y a perder color.

—¡No, espera! —imploré, extendiendo la mano hacia el espejo, justo antes de que mi yo del reflejo se convirtiera en ceniza y la imagen se distorsionara como si estuviera bajo el agua.

El mundo entero pareció detenerse cuando me quedé sola frente a un espejo vacío. ¡Estaba sola! Me dejé deslizar sin fuerzas hasta el suelo. La maldita bruja me había abandonado a mi suerte, y lo había hecho riéndose de mí.

Como si el destino también quisiera unirse a la broma, un búho ululó en la noche. Mi sangre se congeló al reconocer la señal.

Ya era demasiado tarde para lamentarme. Me habían encontrado.

Los cazadores habían llegado a por mí.

Capítulo Dos

GABRIEL



Dejé que el cuerpo del capullo mafioso que tenía entre mis brazos se deslizara hasta el suelo, con el único cuidado de que no se golpeara la cabeza contra el frío granito (al menos no demasiado).

Sus irritantes gemiditos de placer me tentaban a pisarle el cuello para acabar con ellos y, tal vez, también con él. Lo último que quería era que me recordara que el motivo por el que un impresentable como él seguía convulsionando extasiado, se debía a que la toxina de mis colmillos aún corría por sus venas.

Por si el penetrante y agrio olor a semen no fuera suficiente señal de lo que estaba ocurriendo y la clase de alucinaciones que pasaban por su mente intoxicada, la creciente mancha húmeda en sus pantalones lo habría dejado patente. Era un tipo con suerte, porque había decidido que aquel no era un buen día para dejar un cadáver atrás y, sobre todo, porque no me interesaba que nadie sospechara de su repentina desaparición.

Con una mueca de asco, saqué unas toallitas húmedas y me limpié con cuidado los rastros de sangre de los labios y la barbilla. No era como si lo hubiera tocado más de lo estrictamente necesario para mantenerlo quieto mientras me alimentaba de él. Tampoco me importaba que fuera un hombre. Mi rechazo hacia él se debía a que era un desperdicio humano. El amargor de su sangre revelaba que no solo traficaba con drogas sintéticas, sino que también las consumía. Y, por si eso no fuera suficiente motivo para que me desagradara su simple existencia, su penetrante hedor, mezcla de tabaco negro y una especiada colonia barata, me irritaba la nariz y se había quedado impregnado en mi ropa.

Como para confirmar que el capullo se merecía lo que le hiciera, la atractiva rubia que se encontraba inconsciente en el sofá soltó un gemidito vulnerable. Apreté los dientes ante la visión de las oscuras marcas de dedos que destacaban sobre la pálida piel de su pecho.

Arrugué las toallitas en un puño. Estuve tentado de bajarle la falda desgarrada de su vestido y cubrirle los pechos. Podría hacerle olvidar lo que había pasado antes de mi llegada, borrarlo de su memoria y llevarla a la seguridad de su casa, pero si lo hacía, la chica jamás iría a la policía a poner una denuncia. Era más que probable que, la próxima víctima a la que el cabrón pervertido trajera a su despacho para drogarla y aprovecharse de ella, no tuviera a nadie allí para defenderla. ¿Y si no salía viva de allí? No quería ese cargo sobre mi consciencia, por lo que dejé las cosas como estaban.

Mi mirada regresó al hijo de puta tirado en el suelo. Cualquier rastro que pudiera delatar que me había alimentado de él había desaparecido. Mis colmillos volvieron a extenderse. Un litro más de su sangre y su corazón acabaría por rendirse.

Tuve que obligarme a recordar que me interesaba asegurarme su sumisión y predisposición

durante las próximas noches y que siempre podía darle una buena lección antes de marcharme. No había nada que una bonita pesadilla y un buen susto no pudieran lograr cuando se trataba de idiotas como ese.

Me enderecé instantes antes de que la puerta se abriera sin aviso previo y me encontrara con la ceja alzada de Malael, quien recorrió la escena desde el enorme gorila desplomado al lado de la puerta al hombre a mis pies, para luego posar la mirada en el sofá.

—¿Divirtiéndote? —preguntó, cerrando la puerta tras él.

Soltando una maldición en mi interior, me acerqué a la chica para bajarle la falda y cubrirle el pezón con un trozo de tela. No me preocupaba que Malael tratara de aprovecharse de ella, no era de esos tipos, pero el intuir que la chica se sentiría avergonzada de que otro desconocido más la viera en un estado tan vulnerable fue suficiente motivo para hacerlo.

—Si lo hubiera hecho, te habrías encontrado vísceras y materia gris desperdigadas por las paredes —mascullé sin arrepentimientos.

Si por algo era valorado en mi trabajo era por mi meticulosidad y la limpieza de las escenas que dejaba tras de mí, pero eso no significaba que no pudiera hacer una excepción de vez en cuando.

El humor en sus ojos se esfumó y su pecho se infló al inhalar.

—Está drogada —constató con un gruñido bajo.

A pesar de que poca gente en Nocturna podía imaginarse al elegante y sofisticado príncipe en vaqueros rotos, chupa de cuero y tatuajes asomándose por el cuello de la camiseta negra (una imagen que solía reservar para sus visitas a la dimensión humana), su tendencia a proteger a mujeres vulnerables no solo era conocida, sino considerada una debilidad por su parte. Si lo conocieran como lo hacía yo, más de uno de esos imbéciles saldría huyendo despavorido con su sola cercanía. Se mofaban a su espalda y lo comparaban con el cazador del cuento de Blancanieves. Se equivocaban. No era un cazador, sino un depredador, y el monstruo de sus peores pesadillas.

—Ha tenido suerte de que llegara a tiempo —confirmé, acercándome a la amplia pared de cristal que conformaba un lateral completo del despacho.

—¿Por qué no has acabado con él? —Malael me siguió y se colocó junto a mí para contemplar el abarrotado antro nocturno que se desplegaba ante nosotros en la planta baja.

Me froté la barbilla.

—Aún no sé cuántos días me hará falta su cuartel. No me interesa que la policía cierre el local.

—Tal vez deberías terminar el trabajo —sugirió mientras sus ojos escrutaban la actividad de los inconscientes humanos a nuestros pies—. Han pasado meses.

—Tal vez —admití sin comprometerme a nada.

Mis párpados se entrecerraron con un leve gruñido al descubrir a otros tres cazadores desplegados por el local, mientras mi presa servía cócteles y bebidas a una mesa con la elegancia natural que la caracterizaba y la distinguían a simple vista de cualquier humana.

—Esos malditos idiotas nunca aprenderán —mascullé, disgustado.

Malael bufó.

—¿Y qué esperabas? El de la barra es un cambiaforma y la que está bailando en la pista una fey —señaló lo obvio.

—Solo por la rigidez en el cuello de Andrea, ya deberían haber adivinado que es consciente de su presencia. El que está sentado en el rincón es un vampiro; si hubiera hecho sus deberes debería conocer la formación militar que ella posee. ¿De dónde saca tu hermano a semejantes

inútiles?

Maldije para mis adentros. Los muy imbéciles habían estropeado mis planes. Malael se metió las manos en los bolsillos de sus desgastados vaqueros y encogió los hombros con un suspiro.

—¿Para qué iba a enviar a alguien experimentado si ya te ha enviado a ti? El único motivo por el que ha puesto un precio oficial a la cabeza de esa zorra es porque habría resultado sospechoso para ella que no lo hiciera.

Mis garras se extendieron ante el insulto a mi *shangrile*, pero me forcé a mantenerme inmóvil y a dejar mi rostro en blanco. Sabía que ella se había ganado a pulso cualquier insulto que pudieran lanzarle y estaba convencido de que se merecía la caza y el juicio que la esperaba, pero una cosa era reconocerlo y otra que mis instintos no me empujaran a reaccionar cuando alguien la atacaba.

—Me están jodiendo mi trabajo —mascullé—. Andrea no va a conformarse con deshacerse de ellos. Antes del amanecer habrá desaparecido de la ciudad.

Girándose hacia mí, Malael ladeó la cabeza.

—¿Tu trabajo o tu juego del gato y el ratón?

—Tu hermano me ordenó que, antes de atraparla, averiguara qué se traía entre manos y con quién se relacionaba —respondí manteniendo las emociones alejadas de mi voz.

—Gabriel, ¿tengo que preocuparme? —indagó Malael ignorando mi respuesta.

Lo miré a los ojos sin pestañear.

—Que cumpla con mi misión no me impide torturarla en el proceso y hacerle pagar por la humillación por la que me hizo pasar —respondí manteniéndome lo más cerca que podía de la verdad.

Malael había sido testigo de la ira y desconfianza de Azrael cuando descubrió que la vampiresa que había tratado de asesinar a su mujer e hija nonata, se había escapado de sus calabozos mientras se encontraba bajo mi vigilancia y, también, de las burlas y mofas que me han perseguido desde entonces.

Los perspicaces ojos de Malael me estudiaron como si adivinara que no había sido totalmente honesto, pero acabó asintiendo. Tuve que controlar mis músculos para que no se percatara de la forma en que mis hombros se habían relajado.

—Tú más que nadie sabes lo que se hace —dijo, pasándose una mano por la cara—. De cualquier modo, Andrea no es el motivo por el que he venido.

—¿Cuál entonces?

Titubeó antes de contestar:

—Necesito tu visión y tu consejo.

—¿Sobre? —indagué tan sorprendido como curioso. No es que fuera la primera vez que nos ayudábamos el uno al otro, pero si me había seguido a la dimensión humana para interrumpirme en una misión, debía de existir un buen motivo para ello.

Soltó un resoplido exasperado y se rascó el pecho.

—¿Cómo es posible que una simple humana, una cría comparada conmigo, pueda escapar de un vampiro formado como yo sin dejar rastro? Me siento como si estuviera persiguiendo a un fantasma. Nadie la ha visto ni sabe dónde está. ¡Joder! La mayoría de mis cabos acaban sueltos porque ni siquiera saben quién es. Ninguna organización mortal es tan buena como para conseguir borrar a una persona de su dimensión, ni siquiera una de inteligencia militar. Y cada vez que creo que estoy cerca de ella, vuelve a esfumarse. No sé si el destino no quiere que consiga encontrarla o si soy yo quien es un inútil.

No me hizo falta preguntarle de quién estaba hablando. Si Anabel era la *shangrile* de Azrael

y Belén la de Cael, era pura cuestión de lógica que la tercera humana que Neva trajo a la corte fuera la de Malael.

—¿Estás seguro de que la estás buscando en la dimensión correcta? —me aseguré.

—Eso es lo más gracioso de la historia. —Con una fuerte exhalación, sacudió la cabeza—. Es como si estuviera en todas las dimensiones a la vez y, al mismo tiempo, en ninguna. Encuentro pistas por doquier y ni una sola me lleva a ningún lado.

—¿Y te has planteado que las pistas que estás buscando están más relacionados con nuestro mundo que con el suyo? —pregunté—. La *shangrile* de Azrael tiene un don y la de Cael ni siquiera es humana. ¿Qué es lo que tiene la tuya de especial para que Neva la encontrara y decidiera llevártela?

Malael frunció el ceño.

—No tengo ni idea, pensé que era porque su sangre llamaba a la mía, pero lo que dices tiene sentido.

Fue mi turno de vacilar.

—¿Quieres que deje lo que estoy haciendo y te eche una mano para encontrarla?

Con un profundo suspiro, me dio un apretón en el hombro y negó con la cabeza.

—Te lo agradezco, pero no creo que sea una buena idea dejar a Andrea sin vigilancia. No cuando podría estar tramando cualquier otro ataque a nuestra familia. —Ambos devolvimos la mirada al club, que seguía igual que antes, solo que, con el cambiaformas, el vampiro, la fey y Andrea ausentes. ¡Malditos fueran! ¡Eso me pasaba por distraerme!—. Además, necesito ser yo quien la encuentre.

Me callé lo que realmente opinaba de su argumento para seguir detrás de Andrea. Dudaba mucho que ella estuviera planificando nada para volver a atacar. Estaba demasiado ocupada tratando de sobrevivir y, además, se encontraba sola y aislada. Pero explicarle eso a Malael significaba tener que admitir no solo que podía sentir lo que ella sentía, sino también acabar con la excusa que me permitía seguir persiguiéndola. Por más que me negaba a admitírselo a Malael, tenía razón en sus sospechas. Yo era el gato y Andrea mi pequeño ratón, y tanto ella como yo, lo sabíamos. Yo me merecía mi resarcimiento y ella su castigo, y la peor de las torturas que podía infligirle era dejarle saber que se le estaban agotando los escondrijos donde podía escapar de mí.

—¿Te importa echarme una mano antes de marcharnos? —le pregunté, cuando se dio cuenta al igual que yo, que Andrea y los cazarecompensas ya se habían largado.

Malael estudió la escena a nuestra espalda.

—Puedo encargarme yo si quieres.

Negué con la cabeza.

—Son dos y hay una chica inconsciente y semidesnuda. Es mejor hacerlo creíble.

Colocándome mis guantes de cuero, Malael me imitó. Esperó a que me acercara al bolso rosa tirado sobre el escritorio, sacara el móvil que contenía y marcara el número de tres cifras que conocía de memoria, antes de dejárselo a la chica en la palma.

—Servicio de emergencias, ¿en qué puedo ayudarle?

Ignoré la voz femenina que se oía por el altavoz y me acuclillé ante el mafioso de pacotilla del que me había alimentado antes. Era una suerte que Malael me conociera tan bien que ni siquiera necesité explicarle lo que quería que hiciera. Mientras le quitaba la pistola al cabrón violador y le retiraba el seguro, Malael hizo lo mismo con el matón que se encontraba tirado junto a la puerta. Un rápido cruce de miradas con Malael y un asentimiento, y ambos les pusimos las pistolas en las manos a nuestras presas. Luego, los cogimos por el cuello para incorporarlos, despertarlos y esperar a que sus ojos se abrieran en horror cuando los obligamos a apuntar a su

compañero y apretamos sus dedos sobre el gatillo.

¡Boom!

Los dos disparos reverberaron por el despacho como uno solo, milésimas de segundos antes de que los cuerpos en nuestras manos se sacudieran y se deslizaran sin vida al suelo. Malael y yo nos levantamos en silencio mientras por el altavoz del móvil la telefonista seguía preguntando ansiosa qué era lo que estaba pasando y si aquello había sido un disparo.

Pasé por encima del desecho humano, con cuidado de no pisar el charco de sangre que se estaba formando a su alrededor, y salí por la puerta que Malael había dejado abierta antes de desaparecer.

Era hora de centrarnos en nuestros respectivos objetivos, y, en mi caso, además, de recordarle a Andrea que no había ningún lugar donde pudiera escapar de mí y del vínculo que nos unía. No hasta el día en que se hincara de rodillas ante mí y me rogase que la dejara morir.

La idea debería haberme dado un nuevo chute de energía para regresar a la persecución, pero lo único que me provocaba era un sabor amargo en el paladar y una extraña sensación de vacío en el estómago.

Capítulo Tres

GABRIEL



El viento gélido recorría el viejo cementerio, arrastrando hojas resecas tras de sí con una tétrica melodía de silbidos y susurros, anunciando la proximidad del invierno, mientras me deslizaba entre las lápidas desmoronadas. Las fechas casi ilegibles sobre las losas grises señalaban que hacía siglos que el lugar había sido abandonado a su suerte, los mismos desde que la peste asoló el diminuto pueblo cercano, del que solo quedaban ruinas y los fantasmas de sus antiguos moradores.

Maldije en silencio cuando una rata chilló asustada, llamando la atención en mi dirección, y aproveché la estatua de un ángel para agazaparme tras su pedestal. Cerrando los ojos, apoyé la cabeza en la fría superficie erosionada y me centré en los olores y sonidos que traía consigo la brisa helada: el insistente aroma terroso de la tierra húmeda en contraste con uno más ligero procedente del océano que se encontraba a unos pocos kilómetros, el moho y la descomposición de las plantas que cubrían el suelo, y el hedor de los cazadores que acechaban a unos veinte metros de mí el lugar donde creían que se escondía Andrea.



Dos demonios, un cambiaformas, un brujo y un vampiro. Casi sonaba como el principio de un chiste. Me habría reído si no fuera porque, una vez más, habían arruinado mis planes de divertirme por mi cuenta. ¡Estúpidos! ¿Es que no iban a aprender nunca? Estaba empezando a perder la cuenta de la cantidad de cazadores que ya habían caído en las trampas de Andrea en los últimos meses. Sin embargo, cada nueva oleada de cazadores volvía a cometer el mismo error una y otra vez, confundiéndola con una presa cuando era una depredadora.

No me extrañaba que en las últimas semanas ella se hubiera cansado de jugar y aniquilara a sus perseguidores sin piedad. Yo habría hecho lo mismo. El mundo estaba mejor sin tantos idiotas sueltos por él. Claro que, yo los habría eliminado desde el principio, en lugar de darles la oportunidad de aprender o de que regresaran a por mí de nuevo. Era algo que me intrigaba del comportamiento de Andrea. ¿Por qué los había dejado vivos al inicio? No es que les hubiera servido de mucho a los desgraciados que lograron escapar de sus garras, no cuando yo me encargaba de hacer limpieza tras ella y eliminaba a la competencia. Tenía una misión y ella era mi objetivo, lo que significaba que no solo no podía permitirme el lujo de tener testigos y de que circularan los rumores, sino que tampoco estaba dispuesto a compartir mi juguete con esos peleles, pero eso era algo que ella desconocía. O al menos debería hacerlo.

Me asomé con cautela por el filo del pedestal. Tendría que estar ciego para no distinguir las oscuras siluetas que se acercaban sigilosas a los restos de la vieja iglesia que se recortaba lúgubre y ominosa contra el cielo nocturno, con las paredes cubiertas de musgo y enredaderas.

Entrecerré los ojos. Dos figuras más se materializaron en las sombras, sus movimientos

furtivos pero decididos mientras convergían hacia la estructura en ruinas. Más brujos, a juzgar por el tufo a hierbas medicinales y mercurio. Instintivamente, me fundí con la oscuridad para recorrer los metros que me permitieran refugiarme en las sombras protectoras de una cripta en ruinas mientras recortaba la distancia con ellos.

Tres brujos… Ese iba a ser un reto incluso para Andrea, al menos si los tres trabajaban juntos, venían preparados y no era una mera coincidencia que estuvieran allí. La presencia de los tres brujos también significaba que existía un aquelarre al que había llamado la atención el precio sobre la cabeza de Andrea. Era una mala noticia. Significaba que el rumor se estaba extendiendo y que estaba llegando a organizaciones y no solo a los lobos solitarios que solían dedicarse a la caza de recompensas. También implicaba que podía interesarles no solo el dinero, sino la información que podían extraerle a la que una vez fue una de las diplomáticas más importantes de nuestro reino o los tratos a los que podrían forzar a Azrael si la cazaban antes que yo, algo que no tenía ni la más mínima intención de consentir.

Una rama se quebró bajo una bota, rompiendo la tensa quietud. Los brujos se petrificaron y giraron sus cabezas con rigidez para observar la zona con las manos alzadas, listos para lanzar sus hechizos. A ninguno de ellos se le ocurrió mirar a su espalda, aunque era dudoso que pudieran verme con su limitada visión humana. Mis labios se estiraron y ni siquiera hice el intento por evitar que mis colmillos se extendieran. ¡Idiotas!

El demonio más corpulento también se detuvo de repente y alzó el brazo con un gesto brusco. El resto de sus compañeros se detuvieron en seco, sus cuerpos tensos como resortes. Con las fosas nasales dilatadas, olfateó el aire y sus ojos se estrecharon con sospecha. Por varios segundos contuve la respiración, preparándome para atacar si me descubrían. Otra rata corrió de una tumba a otra para acabar escondiéndose en un agujero tras la lápida. El demonio se relajó y señaló con su barbilla en dirección a la iglesia, reiniciando su avance justo en el instante en que un destello de movimiento apareció en una de las vidrieras rotas para desaparecer con rapidez.

Mi corazón se aceleró por la forma con que los cazadores siguieron deslizándose de sombra en sombra. Ninguno de ellos se había percatado, pero estaba seguro de que se trataba de Andrea. Sacudí la cabeza, obligándome a concentrarme en lo que estaba pasando. Aún no podía ir a por ella, no hasta que ella se hubiera deshecho de los que la perseguían, solo entonces sería mi turno de jugar con ella.

La mitad de los cazadores flanquearon la maltrecha entrada de la iglesia con las armas desenfundadas. Uno de los demonios sacó despacio una daga delgada, cuya hoja brillaba con un brillo antinatural, mientras el otro empuñaba una ballesta cargada y lista para disparar. El brillo húmedo de las puntas de sus flechas bastó para que la adrenalina recorriera mis venas. Veneno. Probablemente para inmovilizar a Andrea y capturarla viva. Mis músculos se tensaron y a duras penas conseguí reprimir el gruñido que subió por mi garganta.

Mi parte más racional podía comprender que el destino de mi *shangrile* era morir en mis manos por el daño y la traición que había cometido, pero la parte más salvaje y animal de mi interior se negaba a dejar que otros hombres pudieran hacerle daño y, mucho menos, que ella estuviera expuesta a ellos mientras no podía defenderse. Sin importar la situación, ella era mía. Mía para jugar con ella, mía para castigarla y mía para… protegerla.

Ignoré la débil llovizna que cayó sobre mi piel, refugiándose en mi cabello y haciendo que mi camiseta comenzara a pegarse a mi cuerpo, mientras observaba a los tres brujos escurrirse entre las sombras para rodear la iglesia con expresiones sombrías y decididas, confirmando la sospecha de que pertenecían al mismo aquelarre y que habían venido juntos.

En silencio, saqué las pistolas gemelas que le había ganado a Malael en uno de tantos retos

que nos habíamos hecho a lo largo de los años. No iban a serme útiles para cazar a Andrea, pero sí para detener a los brujos antes de que pudieran lanzar un hechizo.

En el instante en que los brujos desaparecieron detrás de las ruinas de la iglesia, el vampiro apoyó la mano sobre el pomo oxidado y empujó la puerta con aparente facilidad, mientras esta crujía como si estuviera despertándose y desperezándose por primera vez en siglos. Si Andrea no hubiera sabido de antemano que venían a por ella, aquello hubiera sido su señal de alarma.

Mis dedos se aferraron con más fuerza al frío metal de las pistolas y tuve que obligarme a respirar hondo para mantenerme en el sitio. Aún no era mi hora de intervenir. Andrea era inteligente e ingeniosa. No iban a pillarla desprevenida, ni siquiera, aunque estuviera cansada tras tantos meses de persecución.

La lluvia empezó a caer con más fuerza. Pronto las gruesas gotas que salpicaban las lápidas derruidas iban a cubrir el suelo con una capa de barro.

El último de los demonios entró en la iglesia, desapareciendo en su interior. Esperé las voces y el silbido de las armas, señalando el inicio del inevitable enfrentamiento, pero… Nada.

Lo único que rompía el silencio era el constante tamborileo de la lluvia contra lo que quedaba del tejado del ruinoso edificio.

Fruncí el ceño y reajusté las pistolas en mis manos. Algo no iba bien. Una sensación incómoda se extendió como ácido por mi estómago. Sin pensármelo, me puse en marcha, indiferente al viento helado, la tormenta que iba acercándose o la forma en que mis botas se hundían en el barro tratando de retenerme.

Entre las ruinas de la iglesia, me pareció ver un movimiento por el rabillo del ojo, pero al girarme no había nada. ¡Maldita fuera! Me estaba dejando llevar por mis emociones. Me habría gustado que fuera Andrea, pero sabía que no podía ser ella. Siempre que me miraba, un cosquilleo se extendía por mi columna vertebral y, en ese momento, lo único que me recorría era un estremecimiento de advertencia.

Un trueno retumbó en la distancia con tal fuerza que su estruendo sacudió la tierra bajo mis pies. O eso fue lo que pensé antes de que otro estruendo ensordecedor, mucho más cercano, sacudiese las paredes de la iglesia y esta estallara en una bola de fuego. El calor abrasador de la onda expansiva me golpeó como un puño gigante, lanzándome varios metros hacia atrás, mientras una lluvia de escombros y astillas ardientes volaron a mi alrededor y el aire se llenó de un zumbido agudo que ahogaba cualquier otro sonido, excepto el de los crujidos de la madera quemada, los truenos y el crepitar de las llamas voraces.

Se me escapó un gemido cuando mi espalda se estampó contra una lápida y esta se desplomó, clavándome la base en los riñones. Tuve que parpadear varias veces para aclarar mi visión. Alcé la mirada justo a tiempo para presenciar cómo el campanario se derrumbaba en una cascada de escombros incendiados. Una columna de fuego estaba elevándose hacia el cielo nocturno igual que una advertencia, y no podía dejar de contemplar la belleza destructiva de las llamaradas anaranjadas y rojas que lamían el firmamento, contrastando con una violencia desafiante contra el manto grisáceo de las nubes que se habían adueñado de él.

Esperaba que, de un momento a otro, Andrea saliera de entre las llamas y el humo como la diosa guerrera que era. Podía imaginármela con las magníficas alas de un ángel vengador viniendo a por mí para acabar su trabajo. Sin embargo, por más que permanecí quieto y con la respiración contenida, lo único que ocurrió fue que los restos de la estructura en llamas se desmoronara sobre sí misma.

Hubo un momento de duda, el más mínimo, que me hizo pensar que jamás volvería a verla, pero entonces la familiar sensación de tensión en mi pecho volvió a invadirme y mis labios se

estiraron en una sonrisa.

La muy arpía había vuelto a hacerlo. Había atraído a los cazadores como abejas a la miel con su trampa y se había deshecho de ellos de un solo zarpazo. Tenía que reconocer que no tenía mucho sentido que lo hiciera, pero me invadió una especie de regocijo retorcido, una secreta admiración por la audacia y el despiadado ingenio de mi *shangrile*. De alguna forma me sentía orgullosa de ella. Habríamos sido una pareja invencible en el campo de batalla si la vida nos hubiera dado una oportunidad.

El doloroso vacío en mi interior me recordó que era mejor no perder el tiempo en algo que jamás pasaría y, cuanto antes me hiciera a la idea, mejor. Mi trabajo era odiarla, no admirarla, y hacerle pagar por lo que hizo.

Levantándome con un gruñido, miré al paisaje apocalíptico que me rodeaba, fijándome en las lápidas y muros destruidos y los restos de escombros de los que seguía manando humo que se desperdigaba por doquier, a pesar del temporal.

Me guardé las pistolas y estiré la espalda y los brazos antes de lanzarme en dirección a los acantilados. Aunque los demás habían caído, yo seguía en pie y Andrea no era la única que había hecho sus deberes. No tenía ni la menor duda sobre la ruta de escape que ella había escogido.

Había llegado mi hora de jugar y, que ella fuera una adversaria digna de un monstruo como, yo lo volvía mucho más interesante. Por desgracia para ella, era su turno de caer en mi trampa.

Capítulo Cuatro

ANDREA



Apenas había conseguido acostumbrarme a la negrura que se extendía por los angostos túneles, cuando un repentino resplandor me dejó prácticamente ciega. A mi espalda retumbó un rugido ensordecedor tan alto que ahogaba buena parte de los gritos aterradores que lo acompañaron. Casi al mismo tiempo, los túneles se sacudieron y una abrasadora onda expansiva me empujó hacia adelante, amenazando con achicharrarme con su intenso calor.

El infierno había estallado y era yo quien lo había provocado.

Fragmentos de roca se desprendieron del techo abovedado y cayeron a mi alrededor, recordándome que no era el momento de detenerme. Con un apresurado vistazo sobre el hombro, me lancé hacia delante forzándome al límite de mis propias fuerzas para escapar de la nube tóxica de humo acre, pólvora y aceites quemados que convertían el aire en un miasma denso y sofocante.

Se me revolvió el estómago cuando, además, me llegó el inconfundible hedor de carne chamuscada. Me cubrí la nariz con el pañuelo que llevaba alrededor del cuello y me centré en largarme antes de que el techo se desplomara sobre mi cabeza y me sepultara viva bajo los escombros.

Puede que, después de todo, usarme a mí misma como cebo no hubiera sido la estrategia más brillante. Por desgracia, cuando tus cazadores eran sobrenaturales y tenían los sentidos desarrollados al extremo, no te quedaban muchas opciones. En especial, cuando su número aumentaba cada día y mi agotamiento se acrecentaba a un ritmo inclemente. Ninguno de mis perseguidores de aquella noche habría entrado en la iglesia si no hubiera podido captar el aroma reciente de mi esencia, escuchar los latidos de mi corazón o, en el caso de los brujos, detectar mi aura. Puede que, de no estar tan cansada, hubiera encontrado algún otro modo de deshacerme de ellos, pero a ese paso, si no lograba darme un pequeño respiro, pronto iban a acabar conmigo por pura extenuación.

Apreté los labios para acallar una maldición cuando mis botas tropezaron con una hondonada en el suelo. La superficie resbaladiza me hizo patinar lo suficiente como para tener que sujetarme a la áspera pared, cubierta por telarañas, para evitar estamparme de bruces contra el suelo.

¡Mierda! ¡Detestaba los pasadizos viejos y, sobre todo, detestaba los malditos bichos y la mugre que solía acumularse en ellos! Cómo las mentes de los humanos, peculiarmente románticas, podían llegar a idealizar estos lugares y transformarlos en escenarios de misterio y aventuras para sus efervescentes fantasías, era una auténtica incógnita para mí.

La humedad de aquel maldito lugar hacía que la ropa se adhiriera a mi cuerpo como una segunda piel. El penetrante olor acre y el denso aire viciado que se volvía más opresivo a medida que me adentraba en el laberinto subterráneo me irritaban las fosas nasales, y la simple idea del

moho y la cantidad de insectos que solían infestar semejantes lugares húmedos y sombríos conseguía que me hormigueara la piel como si miles de diminutas patitas estuvieran recorriéndome de la cabeza a los pies.

Intenté olvidarme de cómo, en ese instante, alguno de esos insectos podía estar recorriéndome o enredándose en mi cabello y preferí concentrarme en el rítmico golpeteo de mis botas de combate contra el suelo, el ardor en mis gemelos por el esfuerzo y el crepitar de las llamas que rugían furiosas a mi espalda. A lo lejos, en algún recoveco de los pasadizos, resonaba el goteo de agua al caer en un pequeño charco. Era un sonido extrañamente apacible, que contrastaba con la destrucción que había dejado atrás.

La ausencia de pasos persiguiéndome, lejos de tranquilizarme, se convirtió en un nudo en mi estómago difícil de ignorar. Nunca había sido una santa, mi padre no me había educado para ello, pero eso no significaba que me enorgulleciera de asesinar a otras criaturas.

Sacudí la cabeza, alejando esos pensamientos. Mi supervivencia era lo único que importaba ahora. No podía permitirme el lujo de la culpa o el remordimiento, no cuando mi vida pendía de un hilo. Correr y escapar, eso era todo lo que necesitaba hacer, poner un pie delante del otro y mantener mi mente alerta, hasta tener la seguridad de estar a salvo.

Sin poder evitarlo, mi mente regresó a Gabriel. ¿Había estado entre los cazadores atrapados en mi trampa? ¿Había sucumbido a las llamas junto con los demás? Había oído algunos gritos y lamentos, pero ninguno era el suyo. ¿Un hombre como él gritaría cuando tuviera que enfrentarse a la muerte? La imagen no encajaba con el guerrero silencioso y letal que conocía, al que había admirado en secreto desde que era solo una cría. El hombre era prácticamente una leyenda en la corte, o lo había sido hasta la fatídica noche en la que murió el anterior rey, el padre de Azrael. Nadie sabía con certeza qué ocurrió aquella noche, solo que la reina lo desterró durante décadas de nuestro reino, hasta que Azrael lo trajo de vuelta perdonándole cualquier posible ofensa.

Antes de la explosión, había sentido la presencia de Gabriel por los alrededores del cementerio. Su esencia familiar y deliciosa cosquilleaba mis sentidos y me incitaba a buscarlo. Pero, con la adrenalina recorriendo mis venas y el caos de la huida consumiendo mi concentración, ya no podía percibirlo.

Una parte de mí, una que me negaba a reconocer, se estremecía ante la idea de que se hubiera perdido junto a los demás. A pesar de todo lo que había hecho, a pesar de la amenaza que representaba para mi supervivencia, seguía existiendo un vacío en mi pecho que clamaba por él. Era como si un hilo invisible nos uniera, atrayéndome hacia él incluso mientras luchaba por escapar de su alcance.

Mientras avanzaba a toda velocidad, esquivando escombros y serpenteando por los estrechos pasajes, la persistente sensación de pérdida que se había instalado en mi pecho desde el día que escapé de los calabozos revivió con renovada agonía. ¿Gabriel había muerto? ¿O solo se trataba de que me estaba alejando de él?

Tragué saliva, forzando a bajar el nudo en mi garganta. No podía ceder a la emoción, no podía permitir que la confusión y el conflicto interno me abrumaran. Tenía que mantenerme fuerte, enfocada y, sobre todo, en movimiento. Porque, sin importar lo que hubiera pasado con Gabriel, sin importar el extraño vínculo que nos unía, solo existían dos certezas en mi vida. La primera: que yo era una superviviente y estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario para asegurarme de seguir siéndolo. La segunda: que la existencia de Gabriel era incompatible con la afirmación anterior.

La carrera desesperada por la pesadilla laberíntica que conformaban los sinuosos túneles se me hizo eterna. Cuando comenzó a escucharse el rugido del mar embravecido y los truenos que

retumbaban a lo lejos, aquellos sonidos se convirtieron en música para mis oídos. Estaba cerca, tan tan cerca de mi libertad… Justo cuando creía que estaba a punto de saborear la dulce liberación, una sensación familiar me golpeó como un puñetazo en el estómago. En la salida, iluminada por la luz de la luna, destacó la silueta de una imponente sombra apoyada de espaldas contra la pared con los brazos cruzados.

Me detuve en seco, mi corazón se saltó varios latidos y la adrenalina bombeó por mis venas mientras mi mente registraba la identidad del cazador que me aguardaba allí. El alivio al descubrir que Gabriel seguía vivo se mezcló con el terror de lo que eso significaba.

El silbido melodioso y despreocupado de una antigua canción que los marineros solían cantar mientras trabajaban me llegó alto y claro, anunciándome que Gabriel era consciente de mi presencia y estaba esperando que reaccionara. Ambos sabíamos que estaba bloqueándome el paso, del mismo modo que los dos sabíamos que no tenía ni la más mínima oportunidad de ganarlo en un enfrentamiento directo, y, menos, con lo cansada que estaba. El muy cabrón estaba burlándose de mí, regodeándose con mi desesperación y disfrutando de mi angustia.

Si me enfrentaba a él, ¿iba a poder siquiera hacerle daño? Lo dudaba. Podía apuntarle con una pistola y amenazarlo, pero ¿dispararle? Nunca. No cuando el vínculo con él me exigía protegerlo a toda costa. ¡Maldito fuera él y malditas las fuerzas cósmicas que habían decidido que unirme a él era una buena idea!

Mi cuerpo temblaba con una mezcla de terror y anticipación mientras mis pies parecían haber echado raíces. Sopesé mis opciones. No era como si tuviera muchas: A) Enfrentarme a Gabriel y que, muy probablemente, me capturara y me llevara ante Azrael, suponiendo que siguiera viva al terminar; B) Regresar sobre mis pasos y escoger la opción que desearía no haber tomado. Una que iba a llevarme directamente al infierno.

—¿Piensas hacerme esperar mucho más? —exigió Gabriel con un tono aburrido, uno que ni de casualidad debería haberme penetrado bajo la piel e instalarse en mi bajo vientre.

—¿Importa? —repliqué con más aspereza de la que hubiera deseado. Quería mostrarme indiferente a él, fría como la arpía que él creía que era y no revelar cuánto me afectaba.

—Estoy empezando a cansarme. Quiero ponerme ropa seca y descansar un rato.

Tragué saliva ante la visión de Gabriel en una enorme cama seca y cálida, esperándome desnudo y con un brazo abierto en invitación para acurrucarme junto a él. ¡Aaarghhh! ¿Por qué tenía que jugarme mi imaginación esas jugarretas? Gabriel preferiría acostarse con un nido de serpientes antes que conmigo (dicho por él mismo).

—¡Ainsss…! —exclamé mientras me colocaba una mano sobre el pecho—. ¿Te estás ofreciendo a hacerme un estriptis?

—Claro, si es eso lo que quieres. ¿Quién soy yo para negarme? —Mi corazón se saltó un latido. ¿Estaba ligando conmigo? —. Puedo despellejarte viva —dijo con indiferencia—, centímetro a centímetro hasta que toda tu podredumbre y fealdad queden a la vista.

Intenté tragar saliva a pesar de la sequedad en mi garganta Las lágrimas retenidas me quemaban los ojos y el agotamiento mental comenzaba a superar el físico.

Huir de él ahora solo retrasaría lo inevitable. Tenía la certeza de que nuestro enfrentamiento era inevitable, que todos los caminos, por sinuosos o traicioneros que fueran, nos llevarían eventualmente a enfrentarnos. Pero esa noche, no estaba preparada para hacerlo. Y eso solo me dejaba una salida.

Alcé la barbilla. Puede que, después de lo que iba a hacer, fuera la última vez que lo viera. No iba a dejar que su recuerdo de mí fuera el de una mujer débil y patética. Prefería una muerte mil veces peor que la que él estaba describiendo.

—Deja que lo adivine, esa es una de las fantasías con la que te masturbas por las noches, la idea de poder conseguir mi piel para guardarla para ti solo y poder adorarla en secreto —escupí imitando su tono de burla—. Siento desilusionarte, pero ese es justo el motivo por el que prefiero amantes capaces de darme placer en vez de solo dolor y locura.

Su gruñido resonó por el túnel poniéndome tensa, y una pequeña sonrisa asomó en mis labios. ¡Ahí estaba! Tal vez yo no podía evitar que me afectara, pero si algo me decía su repentina furia era que yo tampoco le era indiferente.

Sin pensármelo ni un segundo más, me giré y me lancé en dirección contraria regresando sobre mis pasos, mientras a mi espalda el nuevo rugido de Gabriel hacía vibrar las paredes y sus zancadas sonaron como las de un búfalo en plena estampida.

Solo me quedaba cruzar los dedos para que pudiera llegar a mi destino antes de que él me atrapara.

Capítulo Cinco

GABRIEL



La adrenalina de la cacería burbujeaba por mis venas y mis labios se curvaron en una sonrisa cruel. Mi gruñido retumbó a través de los estrechos túneles, haciéndola correr más rápido. ¿De verdad creía que podría escapar de mí? ¿Y a dónde pensaba que iba? ¿A la iglesia en llamas? Debía de estar desesperada si estaba dispuesta a cometer semejante estupidez. Los vampiros podíamos ser inmortales, pero incluso nosotros nos quemábamos vivos. Aun si lográbamos escapar de las llamas, experimentar cómo el fuego te devoraba la piel con un apetito voraz e insaciable se sentía como miles de cuchillas calientes desgarrando cada milímetro de tu ser y provocándote una agonía indescriptible.

Di un paso hacia los túneles. Su esencia, una deliciosa mezcla de flores silvestres y miedo, flotaba delicada en el aire cargado de humo. Mi sonrisa se ensanchó. Iba a saborear cada segundo de esa cacería. La seguí a un ritmo pausado que me permitía escuchar su frenética respiración por encima de mis pisadas, mientras recorríamos los laberínticos pasadizos.

Cada bocanada de aire arrastraba su aroma fresco y floral a mis pulmones en una tortura exquisita. Debería haberme repelido, pero, de una forma exasperante, conseguía que mi cuerpo respondiera a ella y me hiciera pensar en todas las posibilidades que existían cuando la atrapara. Posibilidades en las que no debería estar pensando. Posibilidades que iban más allá de mi misión de atraparla. Posibilidades oscuras y retorcidas que me ponían duro y me enfurecían por la debilidad humana que desataban en mí.

Su proximidad despertaba un deseo abrasador en mis venas. Una necesidad tan profunda e innegable como mi propia naturaleza depredadora. Tan letal como la sed misma si me atrevía a ignorarla. Aceleré el paso a regañadientes. Tal vez fuera mejor acabar con el juego del gato y el ratón antes de que sus tóxicos encantos me arrastraran a transgredir mis propios límites. Antes de que su cercanía me tentara a cruzar una línea de la que no habría retorno.

Dejarla escapar no era una opción. No esa noche. Mis sentidos ardían febriles, ávidos por captar el más mínimo rastro de su presencia. El eco distante de sus pisadas apresuradas, rebotaba junto con el jadeo entrecortado de su respiración agitada, en un arrullo tentador en las paredes de piedra, burlándose de mí con recuerdos de nuestro hambriento beso en los calabozos antes de que huyera y me expusiera a la ira del rey y las mofas de la corte. La memoria refrescó la furia y la humillación que sentí ante su traición, pero en lugar de dejarme llevar por ellas, las usé para alimentar mi determinación de dar por finalizada esa misma noche la persecución.

Por más que las migajas físicas que dejaba a modo de rastro tras de sí me facilitaban la persecución, era nuestro vínculo lo que realmente me guiaba hacia ella. El mismo hilo invisible e inquebrantable que nos ataba de un modo primordial, y que le permitió usarme a su antojo y traicionarme en el pasado, en ese momento era un lazo que palpitaba lleno de vida, anunciando

su cercanía y su inminente caída.

Su desesperación fluía a través de nuestro vínculo, su terror empapado en una capa de determinación férrea que me excitaba aún más. Sabía que no se rendiría con facilidad, que lucharía con uñas y dientes para escapar de mí. Y, por desgracia para ella, esa resistencia solo avivaba mi hambre por atraparla.

Andrea siempre había sido una presa formidable, escurridiza, ingeniosa y letal en su belleza. Una parte retorcida de mí admiraba su instinto de supervivencia y la voluntad indomable que la empujaba a aferrarse a la vida sin importar el precio. Era un desafío digno para un cazador como yo.

Era una lástima que mi juramento de lealtad al rey Azrael me obligara a capturarla y entregársela. La parte más oscura de mí me pedía atraparla para mí y conservarla para poseerla por completo. Ansiaba verla sometida y quebrada a mis pies. Quería hacerle pagar todos los pecados que había cometido, pero, sobre todo, por haberme traicionado. Anhelaba ver en sus ojos y en su rostro la misma traición con que me había sacrificado y hacerle vivir la agonía de nuestro vínculo, debilitándose y quebrándose, aunque a mí me tocara sufrir junto a ella.

Esa noche la cacería llegaba a su fin, y con ella nuestro juego. Era hora de que aprendiera quién de los dos era el verdadero depredador, y si eso significaba acorralarla hasta que no le quedase más remedio que rendirse ante mí, entonces que así fuera.

De repente, me detuve en seco y entrecerré los ojos. Algo no iba bien. El aire viciado seguía impregnado con el aroma de Andrea, pero algo había cambiado. Ya no era la esencia fresca y vibrante que había estado siguiendo, sino algo más tan tenue, una huella casi burlona que me desafiaba a encontrarla.

Avancé unos pasos para confirmar mis sospechas. La pista se enfriaba con cada metro que avanzaba por el túnel. La presencia de Andrea, antes tan intensa, se iba desvaneciendo hasta convertirse en un aroma espectral que apenas cosquilleaba mis sentidos. Sus pasos apresurados, su respiración agitada... Todo había quedado atrás, sepultado bajo el crepitar de las llamas y el crujir de las vigas de madera de la iglesia al derrumbarse.

¡La muy arpía me la había jugado! En lugar de ceder a la ira, dejé que la adrenalina me inundara. Estaba seguro de que no había tomado ninguno de los pasadizos laterales que se conectaban al laberinto de túneles, pero, de alguna manera, había logrado despistarme.

Maldije en silencio mi arrogancia anterior, mientras me llenaba una nueva determinación. Dando media vuelta, retomé el camino por el que había venido. Escruté cada grieta, cada saliente de las paredes rocosas, en busca del menor indicio que hubiera pasado por alto con anterioridad. Estaba tan cerca que podía sentirlo en mis huesos.

De repente, mi mirada se clavó en un símbolo antiguo y desgastado grabado en la pared. Fruncí el ceño. ¿Cómo no lo había visto antes? El dibujo me resultaba extrañamente familiar y estaba convencido de haberlo visto antes en alguna otra parte del mundo o, tal vez, en la otra dimensión. Como para confirmarme que no se trataba simplemente de un garabato humano dejado al azar, al acercar los dedos, un leve rastro de energía cosquilleó la punta de mis dedos.

No sabía si estrangular a Andrea por obligarme a enfrentarme a la magia de lo desconocido o darle las gracias por hacer la cacería más interesante. Puede que una mezcla de ambas. Hacía tiempo que no me sentía tan vivo. Con una profunda inspiración, apoyé la palma con cautela sobre el grabado y, casi al instante, en la pared se abrió un oscuro resquicio del que escapaba un sutil resplandor sobrenatural. El aire se cargó de una tensión eléctrica cuando me acerqué, como si la misma roca contuviera la respiración ante mi presencia. Sin plantearme el motivo, agaché la cabeza y di el primer paso al interior, ignorando el estremecimiento helado que me recorrió la

columna vertebral.

Como si estuviera esperándome, el rastro de Andrea explotó con una fuerza arrolladora, invadiendo mis sentidos, haciendo palpitar con renovada fuerza el vínculo y convirtiéndose en un canto de sirena que me empujaba a seguir adelante, aun cuando la entrada a mi espalda volvió a cerrarse y sabía a la perfección que ella se encontraba esperándome al final de aquel camino, preparada para enfrentarse de una vez por todas a mí.

Capítulo Seis

GABRIEL



El estrecho pasaje serpenteaba y se retorcía al bajar hacia las profundidades de la tierra. Al contrario de los pasadizos anteriores, trabajados por la mano humana, aquel era un producto de la naturaleza, lo que, a ratos, me hacía maldecir cuando me obligaba a avanzar de lado o agachado. Andrea probablemente había pasado sin demasiados problemas por allí, pero estaba cada vez más convencido de que aquellos túneles no estaban hechos para alguien de mi envergadura y temía que ella hubiera sabido a la perfección lo que se hacía al tomar aquella ruta y que, pronto, llegaría un tramo por el que no pudiera pasar. La simple idea de que eso sucediera ya me hacía soltar una ristra de profanidades.

Por si no bastara con la estrechez, el aire se tornó más denso, cargado de una humedad casi palpable e impregnado del aroma a tierra y moho. El olor, mustio e irrespirable, me recordaba a los vapores de una vieja tumba milenaria. Una idea que no hacía nada por aliviar la consciencia de que descendía más y más, aumentando los metros de tierra y roca sobre mi cabeza a medida que avanzaba. La idea de que todas aquellas capas podían desplomarse sobre mí, enterrándome vivo, resultaba tan sofocante que incluso mis brazos se habían cubierto de un sudor frío.

¿Sería Andrea capaz de sentir la creciente angustia a través de nuestro vínculo al igual que yo lo hacía con la suya? Estaba convencido de que, si era capaz de diferenciar mis sentimientos de los suyos, a esas alturas debía de estar partiéndose el culo a mi costa. Me daba igual. Si pensaba que tener que enfrentarme a mis miedos iba a detenerme, entonces no me conocía.

Agaché la cabeza para no abrirme el cráneo con uno de los picos que sobresalían del techo y avancé varios metros en esa postura. Una roca afilada me rozó el brazo, rajando mi manga y añadiendo otro arañazo a la colección que había acumulado desde que me adentrara en los malditos túneles. Cuando el techo se alzó de nuevo, me incorporé con un suspiro de alivio, solo para contener un jadeo de asombro.

Entré en la enorme cueva con cautela, mis sentidos en alerta máxima. El aire estaba cargado con un aroma a sulfúrico tan extraño como familiar, que me formó un nudo de inquietud en la boca del estómago y me cosquilleó de un modo desagradable en la nuca. Mi visión no tardó en ajustarse a la tenue luz verdosa que emanaba del musgo o lo que fuera aquello que cubría las paredes, que las hacía brillar con un resplandor fluorescente, revelando un escenario que parecía sacado de una película de ciencia ficción.

Estalactitas y estalagmitas adornaban el suelo y el techo, formando intrincados patrones que desafiaban la imaginación. En el ambiente se sentía un toque de magia oscura, que consiguió ponerme la carne de gallina.

Fue entonces cuando la vi y me quedé petrificado. Solitaria e inmóvil, ajena a mi presencia o al peligro que la acechaba, Andrea se encontraba ante el borde de un precipicio, mirándolo como

si estuviera fascinada por él. Se me secó la boca al observar su figura quieta y, lejos de la excitación que había sentido ante la perspectiva de que fuera a enfrentarse a mí, de repente me encontraba agitado en un sentido muy diferente.

Aunque se encontraba de espaldas a mí, su respiración era lenta y regular, como si estuviera sumida en un sueño profundo, y algo me decía que no estaba allí esperándome y, que su intención principal al llevarme hasta allí, nunca había sido la de enfrentarse a mí.

Me dominó una súbita urgencia por acercarme a ella, cargarla sobre mi hombro y alejarla de aquel precipicio. No lo hice. Me habría gustado justificarlo con el hecho de Andrea era una fugitiva, una amenaza que debía ser neutralizada, ya fuera por lanzarse hacia aquel abismo o por la condena a muerte que Azrael le impondría cuando se la entregara. Pero la pura verdad era que me encontraba paralizado.

Los minutos pasaron y ella siguió sin moverse. Su cabello cobrizo, recogido en una coleta, ondeaba con la brisa cargada de azufre que parecía emanar de las profundidades. ¿Me había equivocado al interpretar la escena? ¿La intención de Andrea no era la de acabar con su vida al tirarse hacia su posible final? Eso solo podía significar una cosa. Mis músculos se relajaron y una sonrisa de satisfacción cruzó mis labios. Después de toda aquella interminable cacería, al fin la tenía acorralada.

—Vaya, vaya, vaya... —mi voz burlona salió más áspera de lo que había pretendido—. Parece que el ratoncito se ha quedado atrapado en su propia madriguera. —Esperé alguna reacción por su parte, una respuesta desafiante o algún comentario mordaz, pero Andrea permaneció inmóvil, de espaldas a mí—. ¿Sin palabras? —me mofé—. No me digas que por fin te has rendido a la evidencia de que no tienes ningún sitio al que huir en el que no te encuentre.

Avancé unos pasos, despacio, cauteloso, preparado para reaccionar si me atacaba de repente. A pesar de su aparente calma, a través del vínculo me llegó una repentina agitación, era insignificante, apenas un aleteo. ¿Cómo era posible cuando antes había estado aterrorizada? ¿Qué estaba planificando? ¿Se me estaba escapando algo?

—Vamos, Andrea... Al menos concédeme el placer de escucharte suplicar por tu vida antes de entregarte al rey.

Nada. Ni un solo movimiento, ni un solo sonido, salvo su respiración lenta y acompasada. Una punzada de inquietud comenzó a formarse en mi estómago. Agucé mis sentidos, analizando cada detalle de la situación. El aire estaba cargado con una energía extraña, casi sobrenatural, que se deslizaba sobre mi piel en una danza electrizante. Había algo más en esa cueva, algo que se me estaba escapando.

—¿Qué estás tramando? —gruñí con la frustración tiñendo mi voz—. Sé que puedes escucharme. Deja de jugar a la muda y enfréntame. Eres una vampiresa. Compórtate con la dignidad de una mujer de tu especie.

Ella permaneció tan impasible como una estatua de mármol a la orilla del precipicio. Su falta de reacción comenzaba a perturbarme. ¿Dónde estaba la trampa?

La cueva pareció estremecerse a nuestro alrededor, como si respondiera a mis pensamientos turbulentos. Un rumor bajo, casi inaudible, reverberó a través de las paredes del abismo, erizándome los vellos de la nuca.

Mi avance se cortó a mitad de camino cuando ella finalmente se giró hacia mí. Por primera vez en meses, los ojos de la mujer que el destino me había elegido como *shangrile* se encontraron con los míos, y su impacto me golpeó con fuerza en el centro del pecho, robándome la capacidad de respirar.

Era una visión en sí misma, una mezcla letal de belleza y peligro. Su piel pálida parecía

brillar con un resplandor etéreo, realzado por el tenue brillo de la cueva. Los mechones cobrizos que se le habían escapado de la coleta le enmarcaban el rostro, pero no fue eso lo que me dejó congelado en el sitio, sino la intensidad en su mirada y la vulnerabilidad llena de angustia que se reflejaba en sus ojos.

¿La había visto alguna vez vulnerable? Andrea era conocida por su frialdad manipuladora, por su fiereza, capacidad y determinación. Jamás había escuchado a nadie afirmar lo contrario. ¿Estaba actuando para atraerme a su trampa? Era la explicación más plausible, pero reconocerlo no impidió que algo dentro de mí flaqueara, agrietando la coraza que había construido para protegerme de sus encantos.

Maldije para mis adentros con una mezcla de frustración y deseo reprimido y me obligué a permanecer quieto, aunque hasta la última célula de mi ser anhelaba acudir a su encuentro para besarla y prometerle que todo saldría bien.

¿Cómo era posible que, después de lo que había pasado, de todo lo que ella había hecho, aún sintiera la necesidad de protegerla? *Porque te llama su sangre y la necesidad de fundirte con ella. Porque quieres hacerla tuya por el resto de la eternidad.* Sacudí la cabeza para acallar los pensamientos indeseados.

Sin pretenderlo, retrocedí un paso cuando me percaté de la dirección que tomaban mis pensamientos. El simple hecho de que pasaran por mi cabeza me convertía en un traidor hacia todo aquello en lo que creía, incluido el juramento de lealtad que le había hecho a Azrael, mi rey.

Ignorando el aroma a sulfúrico, me obligué a respirar de nuevo, despacio y profundo. Como si ella también estuviera recuperándose de algún estupor, Andrea parpadeó y sus hombros se pusieron rígidos.

—Verme suplicar… ¿Es eso lo que quieres? —preguntó con suavidad.

Entrecerré los ojos al no detectar ninguna malicia o sarcasmo en su voz. ¿Estaba drogada?

—Puestos a ser honestos y para ser exactos —repliqué con frialdad—, te quiero de rodillas ante mí, dispuesta a hacer penitencia, mientras me suplicas clemencia.

—¿Me la darías si la pidiera?

—Con la misma certeza con la que me rajaría las venas para alimentarte si lo necesitaras y tu vida dependiera de ello —espeté con sequedad. Esperé a que sus ojos se abrieran con sorpresa para propinarle el golpe final—. O sea, nunca, ya que prefiero verte muerta.

Un sabor a hiel se extendió por mi paladar, aunque no habría sabido decir si se debía a mis palabras o al dolor y la sonrisa triste que me ofreció ella en respuesta. De repente, caí en la cuenta de que su mirada no reflejaba el pavor que había anticipado.

Esperaba descubrir miedo en sus ojos, terror ante la idea de ser entregada al rey Azrael. Pero en su lugar, encontré una calma absoluta, una aceptación serena de lo que estaba por venir y no parecía ser el de convertirse en una presa acorralada.

Observé con cautela cómo las emociones cruzaban su rostro en un caleidoscopio cambiante cuando cuadró los hombros y alzó la barbilla. La sombra de tristeza anterior que había suavizado sus facciones, como si lamentara las circunstancias que nos habían llevado a aquel punto, fue sustituida por una sosegada determinación.

—En ese caso, imagino que no queda nada más que hablar entre nosotros.

¿Esa sonrisa era de aceptación o de rendición ante lo inevitable? La inquietud en mi interior creció. Seguía sin dar señales de querer atacarme, pero, si no era ella, ¿quién o qué iba a intervenir para defenderla de mí?

La explicación me llegó en el mismo instante en que reconocí la procedencia del hedor a sulfuro que inundaba la cueva, en el mismo momento en que los elegantes brazos de Andrea se

extendieron como alas en el aire y su cuerpo se arqueó hacia atrás, entregándose al vacío en un movimiento fluido.

El tiempo se detuvo. La luz fluorescente de la cueva destacó la palidez de su piel y acentuó los ángulos de su rostro, convirtiéndola en una criatura de una belleza trágica y etérea que quedaría por siempre grabada en mi memoria.

—¡Nooo! ¡Andrea! —En algún rincón de mi mente reconocía que aquel grito desfigurado por el horror provenía de mi propia garganta, pero lo único que me importaba en aquel segundo, era llegar a tiempo hasta ella para sujetarla.

Frené en el mismo filo del precipicio y estiré la mano en un intento por atraparla, ignorando las piedras que caían y lo cerca que yo mismo estaba de seguirlas hasta las profundidades.

Llegué demasiado tarde.

El terror me paralizó mientras observaba impotente cómo Andrea caía hacia una negrura sin fondo. Nuestros ojos se encontraron una última vez y lo único que rompía su expresión de serenidad absoluta mientras avanzaba hacia su muerte fue la atormentada mezcla de aceptación y anhelo y su silenciosa súplica por perdón reflejada en sus ojos. Era como si una parte de ella deseara que la salvara, que la arrancara del abismo hacia el que se precipitaba para acogerla en mis brazos y sujetarla contra mi pecho.

Por un instante interminable, pareció flotar en el aire. De alguna forma, su coleta se había soltado y su cabello creó un halo rojizo alrededor de su rostro sereno, recordándome la belleza enigmática y cándida de las pinturas renacentistas.

Cada respiración, cada latido de mi corazón parecían resonar con una intensidad ensordecedora mientras observaba impotente su descenso. Era como si el mundo a nuestro alrededor se hubiera convertido en una pesadilla, dejándonos atrapados en aquel momento fugaz, suspendidos entre la vida y la muerte.

Mis músculos se negaban a responder, paralizados por el horror de lo que estaba presenciando. Quería gritar, lanzarme tras ella, hacer algo para detener aquella locura. Pero me encontraba encadenado por una fuerza invisible, condenado a observar cómo mi *shangrile* se precipitaba hacia su destino.

Había estado convencido de que sus traiciones del pasado me destrozarían y arruinarían. Me equivocaba. El dolor se intensificaba con cada milímetro que se alejaba de mí, desgarrándome por dentro con una agonía indescriptible. Podía sentir cómo mi corazón se contraía, luchando contra la realidad de lo que estaba ocurriendo mientras una fuerza invisible me estrujaba las entrañas, exprimiendo cada gota de aliento de mis pulmones.

Horrorizado, observé cómo la delicada figura de mi *shangrile* se desvanecía en la oscuridad del abismo. Sus contornos se difuminaron fundiéndose con las sombras hasta que lo único que quedó fue la negrura que la había devorado ante mis ojos.

Y entonces, el vínculo desapareció, quedando solo el vacío.

Andrea se había ido. Solo existían dos explicaciones para la desaparición del vínculo. La primera era que hubiera muerto y la segunda… La segunda era una posibilidad que ni siquiera quería contemplar, porque si era cierta, entonces el destino que la esperaba era mucho peor que morir.

Capítulo Siete

GABRIEL



9 MESES ANTES…

La tensión en el pasadizo secreto que se encontraba detrás del espejo falso, donde montábamos guardia, era tan densa que se podía cortar con una navaja. Los príncipes y yo observábamos al rey desde una distancia prudente. En su furia apenas contenida, parecía dispuesto a hacer añicos el palacio entero, aunque tuviera que destrozarlo piedra a piedra. Estaba decidido a encontrar y exponer al responsable de envenenar a su reina y a su hijo nonato. Alguien iba a pagar por llevarlos al umbral de la muerte y, a pesar de lo que había hecho el traidor, sentía lástima por el o la idiota que cometió la estupidez de provocar a la bestia de Azrael. Lo que le esperara en el más allá no tendría punto de comparación con el infierno que aún le quedaba por atravesar en esta vida.

Si era cierto que Andrea era la culpable, tal y como se sospechaba, entonces acabaría descuartizada antes de que tuviera la oportunidad de pestañear. El único motivo por el que sus fragmentos no estaban ya esparcidos por palacio era por la posibilidad, aunque mínima, de que fuera inocente y de que el verdadero culpable escapara. Azrael no era rey en vano y situaciones como esta demostraban por qué. Cualquier otro habría sucumbido a la locura al ver a su *shangrile* embarazada, retorcerse entre las sábanas de su alcoba en un duermevela intranquilo, consumida por el tóxico en sus venas. Pero él, aunque enloquecido a su manera, mantenía su propia agonía bajo control para poner fin al peligro que acechaba a la humana que se había convertido en parte de su alma.

Belén, la *shangrile* de Cael, roncaba con suavidad en el sillón junto a la cama de nuestra reina, ajena al peligro que las acechaba. Como era de esperar, Cael la estudió preocupado cuando no despertó ni siquiera con el fuerte crujido del hielo que estaba descongelándose y que sonaba como un trueno en el silencio del dormitorio. La reina, por el contrario, se sobresaltó y miró asustada a la puerta antes de echarle un vistazo a la mesita de noche. Mis ojos siguieron su mirada hacia la jarra, cuyo cristal estaba cubierto por pequeñas gotas de condensación. Una fina película amarillenta seguía flotando sobre su superficie, confirmando las alarmantes noticias que Cael le había llevado al rey hacía apenas un par de horas.

Cuando la humana se estremeció, Azrael crispó los puños. La revelación de que la sirvienta de Andrea, Celia, estaba detrás del envenenamiento nos dejó a todos conmocionados. Andrea siempre había sido una figura polémica en la corte, en especial a lo que concernía a su relación íntima con el rey. Los cuchicheos habían volado una vez que Azrael empezó a favorecer a una frágil humana sobre la que todos habían augurado que acabaría siendo la futura reina, pero dudaba mucho que alguien pudiera haberse esperado los niveles a los que había llegado por recuperarlo.

Presentía que el detalle de que la sospechosa fuera una persona tan cercana a él, formaba parte de la desbordada furia de Azrael. La culpabilidad y vergüenza de haber permitido que una mujer así compartiera su cama durante años sin percatarse jamás de su verdadera personalidad, y de lo dispuesta que estaba a traicionar su confianza y amistad, no sentaban nada bien a un hombre caracterizado por su desconfianza natural y su obsesión con las personas a las que les permitía acercarse a su círculo más íntimo.

Por mi parte no lo culpaba en absoluto. Si era honesto, ningún hombre que se hubiera cruzado alguna vez con la vampiresa pelirroja lo condenaría. Sí, era una víbora fría y despiadada y bastaban cinco minutos en su presencia para que a uno se le congelaran las pelotas si no le caías en gracia o te consideraba por debajo de su estatus o indigno de su atención. Sin embargo,

resultaba difícil ignorar el fuego que ardía en lo profundo de sus intensas pupilas, la pasión con la que se entregaba a lo que fuera que hacía, ya fuera una lucha o rellenar un aburrido documento administrativo, o la sensualidad con que impregnaba hasta los gestos más sencillos con los que se movía por el mundo.

¿Era capaz de matar a alguien por interponerse en el camino de sus ambiciones? Era una pregunta ridícula. ¿Cuál de los vampiros que vivían en la corte no eliminaría los obstáculos que le impidieran alcanzar sus objetivos? De hecho, mi trabajo consistía precisamente en cazar a los vampiros que se desmadraban y, por suerte o desgracia, no podía decir que me faltara el trabajo. No, esa parte no me llamaba la atención de Andrea. No podía culparla por seguir los instintos crueles de nuestra raza. Lo que me extrañaba y tanto me llamaba la atención de aquel asunto era que, a pesar de sus ademanes y desplantes, siempre la había considerado una persona fiel hacia los que le importaban, y Azrael le importaba. No porque lo amara. Jamás la había visto mirarlo con la adoración con la que lo hacía la pequeña humana que era su *shangrile*, más bien al contrario. En ocasiones me había parecido detectar en sus ojos algo cercano al miedo cuando la tocaba de forma íntima. Era algo que me inquietaba cuando sucedía. También era algo que no acababa de comprender. Azrael para ella representaba estabilidad, seguridad y estatus y, él y los príncipes, habían sido los únicos con los que la había visto relajarse de verdad y reír con sinceridad, algo que no hacía ni con su propia familia.

Nos pusimos rígidos cuando la puerta se abrió sin hacer ruido y Andrea irrumpió en el dormitorio con una expresión de despiadada determinación. Un escalofrío me recorrió la espalda. ¿Cómo una criatura tan exquisitamente hermosa podía albergar un alma tan retorcida y oscura? ¿Cómo alguien tan cercano a la familia real y a Azrael, podía planificar sin pestañear la muerte de un bebé nonato? Era algo que se me escapaba.

Nunca me había relacionado demasiado con ella. Era noble, mujer y la amante del rey. Razones más que suficientes para que un mero guerrero y cazador como yo mantuviera las distancias, por mucho que su belleza etérea, su férrea voluntad y su refinada elegancia me hubieran cautivado, convirtiéndome en uno de sus admiradores secretos. Había algo en ella, una seductora mezcla de delicada fragilidad y firme determinación, que me fascinaba, incluso cuando era consciente de que era un fruto prohibido del que era mejor mantenerse alejado.

Ahora, al verla avanzar con pasos firmes y con una mirada cargada de un amenazante desdén hacia la mujer debilitada y exhausta que la vigilaba con recelo desde su lecho, no podía más que preguntarme qué era lo que me había hecho fijarme alguna vez en Andrea.

Ninguno de nosotros hizo ni el más mínimo ruido en nuestro escondite, conscientes del miedo de la humana y su esfuerzo por mantenerse serena, a pesar del temblor en sus manos y los acelerados latidos de su corazón. Ella, al igual que nosotros, sabía que no tendría ninguna oportunidad si Andrea decidía atacarla.

Azrael dio un paso hacia el espejo, sus hombros tensos como las cuerdas de un violín y sus garras extendidas, mientras su examante se acercaba a la cama, donde su humana intentaba sostenerle la mirada y aparentar calma, a pesar de que desconocía que nos encontrábamos vigilando desde las sombras, dispuestos a intervenir en cualquier momento para protegerla. A pesar de su fragilidad, la reina tenía valor. Todo había que decirlo.

Como si hubiera escuchado mis pensamientos, Azrael gruñó por lo bajo. La acidez en mi estómago se intensificó. El plan era apresar a Andrea con vida, a ser posible, para interrogarla y hacer un ejemplo de ella ante la corte. Dudaba mucho que esas intenciones se mantuvieran con la bestia interior de Azrael asomando a la superficie, amenazando con hacer honor al apodo que le habían otorgado sus súbditos y enemigos.

Por más que Azrael se esforzaba en mantener el control, sus ojos dorados destellaban con un brillo mortífero, sus colmillos asomaban amenazadores entre sus labios y cada músculo de su cuerpo vibraba con la necesidad de atacar y de proteger a su familia de la traidora que una vez había sido su amante.

—Veo que sigues igual de enfermiza que de costumbre —espetó Andrea, sus palabras impregnadas de desprecio.

Una furia protectora se extendió en mis entrañas. ¿Cómo se atrevía a acusar a nuestra soberana de ser débil cuando era ella la que estaba envenenándola?

—¡Hola, Andrea! Hoy no te esperaba por aquí. —Me encogí por dentro ante el tinte histérico en la voz de la reina. Acaba de desvelarle a una depredadora que la había reconocido como tal. Nada bueno podía venir de eso.

Confirmando mis sospechas, Andrea se detuvo en el centro de la habitación y entrecerró los ojos. Incluso a través del espejo pude oír el dificultoso intento de la humana de tragar saliva. Los ojos de la reina se dirigieron hacia la puerta mientras ofrecía una media sonrisa en un patético intento por disimular cómo estaba calculando la distancia que la separaban de su única vía de escape.

Era un acto inútil. Jamás habría llegado a la puerta, ni siquiera estando sana y sin una pesada barriga distorsionándole el centro de gravedad.

—Apestas a miedo, humana. —Andrea alzó la nariz para inspirar con fuerza—. Cael ha estado aquí. ¿A dónde ha ido?

¡Mierda!

—No… no lo… sé —tartamudeó nuestra reina, escrutando la habitación mientras sus dedos se enredaban ansiosos en el edredón.

Cael tuvo que sujetar a Azrael para contenerlo cuando Andrea se detuvo junto a la mesita de noche. Por la inclinación de su cabeza, estaba reparando en la jarra de agua congelada. Hubo un sutil cambio en los hombros femeninos, confirmando mis sospechas de que comprendió que la habían descubierto.

—Aaah, ahora veo… ¿Cómo se ha congelado el agua?

A pesar de la situación y de estar preparado para intervenir en cualquier momento, no pude evitar admirar la tranquilidad con la que Andrea paseó tranquilamente hacia Belén y le clavó los dedos en los puntos de presión del frágil cuello humano. En cualquier otra situación habría admirado su precisión.

Esa vez fueron Azrael y Rafael los que detuvieron a Cael cuando avanzó con un gruñido bajo hacia el cristal que nos separaba de ellas.

—Si chillas, la mataré —avisó Andrea sin alterarse.

Por un momento, pensé que se dirigía a nosotros, pero entonces reparé en cómo estudiaba a la reina con una calma perturbadora. Sabía que habían descubierto el veneno y sus planes, pero desconocía que nosotros nos encontrábamos apenas a unos metros observándolo todo.

¿Cómo era posible? Debía de haber usado los pasadizos secretos las suficientes veces para sus citas con el rey como para saber que existía la posibilidad de que alguien la viera allí y, sin embargo, actuaba como si solo estuvieran ella y las dos humanas en la habitación.

Entrecerré los ojos. Algo no terminaba de encajar.

Nuestra reina cerró la boca de golpe. Su miedo y desesperación habrían resultado evidentes hasta para un ciego. Belén era su amiga y Andrea una experta en manipulación, educada para jugar con la mente de sus enemigos. Andrea soltó su presa después de cortarle el flujo de oxígeno al cerebro y la dejó caer con indiferencia a un lado.

Me preparé para intervenir. Dudaba que Azrael fuera a esperar mucho más.

—¿Qué le has hecho? —preguntó Anabel con voz temblorosa.

Andrea se miró las uñas con indiferencia.

—Asegurarme de que no despertará hasta dentro de un buen rato —respondió Andrea usando un tono despectivo.

Cael se relajó lo suficiente como para que sus hermanos pudieran soltarlo, pero sus puños seguían crispados. A ese paso, dudaba que fuera capaz de respetar los deseos de Azrael de mantenerla viva.

—¿Y por qué lo has hecho? —preguntó la reina, cansada.

Cael maldijo por lo bajo.

—¿Qué demonios está haciendo, provocando a una loca capaz de matarlas a ambas con una sola mano?

—Está ganando tiempo —masculló Azrael con la mandíbula apretada, poniéndole voz a mis pensamientos—. Está esperando a que alguien entre y se den cuenta de lo que está ocurriendo o que regrese con ayuda.

—Para matarte, por supuesto —dijo Andrea con una sonrisa cruel al coger un cojín de uno de los sillones y acercarse a la cama—. Te avisé de que te deshicieras de ese bastardo, pero no pudiste hacerme caso, ¿verdad?

Con un rugido bajo, Azrael alzó la mano para abrir la entrada secreta al dormitorio. Era una suerte que el espejo tuviera un hechizo que hacía que el sonido fuera unidireccional y que ellas no pudieran oírnos y estropear la sorpresa.

Con los ojos desorbitados, la humana se arrastró con torpeza hacia atrás.

—Déjame escapar, Andrea, déjame regresar a mi mundo —ante el ruego desesperado de su *shangrile*, Azrael se quedó petrificado—. Te juro que jamás regresaré aquí, que jamás volverás a saber de mí.

Andrea se carcajeó.

—¿Y arriesgarme a que un posible heredero al trono ande suelto por ahí y que pueda reclamarlo y vengarse el día de mañana?

Anabel parpadeó confundida, creo que todos lo hicimos. ¿El objetivo de Andrea no era simplemente deshacerse del obstáculo que le impedía convertirse en la reina de Azrael?

—No te entiendo. ¿Qué quieres decir? Ya tienes a Azrael, podéis tener vuestros propios hijos. El mío jamás sabrá nada de esta dimensión.

Andrea bufó.

—De verdad que no entiendo qué es lo que vio Azrael en una humana tan estúpida como tú. —Andrea cabeceó considerándola con desprecio—. Es demasiado tarde para Azrael. Tuvo su oportunidad de gobernar ambos mundos a mi lado y lo desperdició. Ahora seré yo sola quien gobierne.

—¿Quieres matar a Azrael para hacerte con su trono? —Anabel dejó de arrastrarse para escapar—. ¿Y piensas invadir mi mundo también?

—Yo iré a por mi *shangrile*, vosotros id a por esa víbora —siseó Azrael, más animal que persona—. Cogedla viva para que yo mismo pueda ocuparme de ella.

Rafael y yo intercambiamos una mirada sorprendida. Supongo que yo no era el único que había esperado que el rey se hiciera cargo él mismo de atrapar a la traidora, y puede que hasta de decapitarla allí mismo. ¿Tanto cambiaban las prioridades de un hombre con *shangrile*?

—Vaya, eres lenta, pero sabes sumar dos más dos. Ahora dejémonos de chácharas. Tengo mejores cosas que hacer que quedarme aquí esperando a que me…

Azrael abrió el espejo con tal sigilo que no me quedó ninguna duda de que solía usar aquellos pasadizos a menudo.

—¿Y esa invasión no estará por casualidad relacionada con los magos humanos? —preguntó con una helada calma que no hacía nada por ocultar su ira.

Andrea se giró sobresaltada hacia él, ignorando el grito de la humana al escuchar su voz. No hubo ningún otro aviso. Azrael irrumpió en la habitación, lanzándose a por su reina para cogerla en brazos y alejarse con ella a un rincón del dormitorio, protegiéndola con su cuerpo. Rafael se situó delante de ellos para protegerlos de cualquier ataque, al igual que hicieron algunos de los guardias que entraron por la otra puerta y formaron un muro frente a la pareja real.

Cael, por su parte, hacía lo mismo con Belén al lado de la ventana. Fuimos Malael y yo los que nos enfrentamos con Andrea, quien aulló como una fiera atrapada cuando nos vio ir a por ella. Sus colmillos se extendieron y sus pupilas se dilataron con una mezcla de furia y adrenalina, pero fue difícil no reparar también en el miedo oculto en sus ojos cuando fui a por ella. Por un instante, su máscara de desprecio se resquebrajó y creí ver a la auténtica mujer que se escondía bajo su capa de traidora, pero la impresión se esfumó con la misma rapidez con la que apareció.

Andrea fue más fuerte y ágil de lo que esperaba. Los movimientos con los que nos mantuvo a raya eran precisos y llenos de una furia salvaje que la hacían aún más peligrosa. Maldije por lo bajo al darme cuenta de que subestimarla había sido un error. Lo que nosotros ganábamos en fuerza, ella lo compensaba con su agilidad. Cada golpe que lanzábamos, ella lo esquivaba o lo desviaba con una velocidad impresionante.

Un guardia intentó inmovilizarla desde un lado, pero Andrea lo derribó con un giro rápido de su cuerpo, enviándolo contra la pared. Malael y yo atacamos simultáneamente, tratando de aprovechar la distracción, pero ella giró sobre sí misma y aprovechó nuestra inercia para marcarnos con sus uñas afiladas como cuchillas. Fue tan rápida que no me di cuenta de que había alcanzado su objetivo, hasta que sentí la quemazón en mi bíceps y percibí el dulce olor ferroso de mi propia sangre.

¡Maldita arpía! ¿Quería sangre? Pues iba a tenerla, aunque no le iba a gustar que la próxima vez fuera la suya.

La mitad de los guardias tuvo que salir de la habitación cuando quedó claro que se estaban convirtiendo más en un obstáculo que en una ayuda. Cael consiguió sacar a su humana inconsciente, evitándonos a duras penas a nosotros y a los muebles que volaban por el aire.

Rafael consiguió inmovilizarla por un total de veinte segundos, o puede que menos. Andrea se revolvió con la ferocidad de una pantera acorralada. Su hermoso rostro se contrajo en una mueca de rabia, mostrándonos sus colmillos y su disposición a despedazarnos con ellos. Habría sido un honor luchar al lado de una guerrera tan fiera en una batalla si no fuera una arpía traicionera con las entrañas podridas y dispuesta a matarnos.

Se retorció y pateó con tal ferocidad que consiguió tomar a Rafael desprevenido. Sus uñas encontraron carne, arrancando jirones de tela y sangre, justo antes de que él la soltara maldiciéndola.

En un intento por evitar que volviera a escapar, me abalancé hacia ella por la espalda y hundí mis colmillos en la aterciopelada piel de su cuello hasta que alcanzaron su torrente sanguíneo. Esperaba un sabor acre, tan malevolente y amargo como la traición que impregnaba su alma. Me equivoqué. Mi boca se inundó con el espeso dulzor de un whisky irlandés, afrutado, misterioso y seductor. Un estremecimiento me recorrió de la cabeza a los pies cuando su maldita esencia inundó mis sentidos.

Era como si de repente el mundo a nuestro alrededor se ralentizara y mi capacidad de

saciarme desapareció. Podría haberme pasado el resto de mi vida bebiendo de ella, llenándome de su esencia, sin hartarme jamás. Su delicioso aroma a flores silvestres y frutas del bosque hizo que mi cabeza diera vueltas y que mi succión se volviera más intensa. ¡Diosa! ¿Cómo podía aquella criatura saber tan bien? Ni siquiera el delicado roce de su sedosa piel contra mis antebrazos o la forma en la que arqueaba la espalda con un débil gemido de placer, consiguieron bajarme de la algodonosa nube en la que estaba flotando.

De repente, una parte dormida de mi alma despertó, inundándome de una plenitud tan arrasadora que me dejó sin aliento. Una calidez reconfortante floreció en mi pecho, derritiéndose por mis venas como lava fundida. Era... anhelo, hambre, pertenencia. Era el lazo invisible e indestructible que me ataba a ella y que me condenaba por el resto de la eternidad.

Con un gruñido de agonía separé mis colmillos de su cuello. Tuve que apretar los dientes cuando mi alma se resquebrajó y mi pecho se llenó de un desolador vacío que amenazaba con extenderse y consumirme. La fiera salvaje en mi interior aulló lastimera, implorándome que cogiera a su *shangrile* y escapara con ella para ponerla a salvo del peligro que suponía quedarse allí. Tuve que apoyar la frente en su hombro para no desmoronarme y aferrarme con uñas y dientes a los restos de mi cordura.

La mayor traidora al reino era mi *shangrile*. La única mujer a la que no iba a poder tener y mucho menos salvar de su destino. Aquella era la peor de las traiciones que había cometido Andrea, pero su sangre en mi boca era la droga más dulce. La amaba. La odiaba. La necesitaba.

Ya nada tenía sentido.

Capítulo Ocho

ANDREA



La áspera y dura superficie de la roca se clavó en mi mejilla mientras me retorcía entre torturados quejidos sobre mí misma. Si una enfurecida horda de centauros me hubiera arrollado, pasándome por encima sin piedad, no habría podido sentirme peor. No había ni un solo músculo u órgano interno que no estuviera en agonía mientras tenía la sensación de estar abrasándome desde el interior. Y no solo desde dentro. El viento caliente, cargado de cortantes granos de arena, me embestía como si quisiera arrastrarme con él, raspándome la piel de la cara y las manos, al igual que lo habría hecho un papel de lija.

Una repentina punzada me taladró las sienes, arrancándome un alarido. ¿Quién diantres se había puesto a jugar a los dardos y estaba usando mi cerebro de diana? ¡Por la gracia de la Diosa! Si no estaba muerta ya, que alguien se apiadara de mí y me clavara una estaca en el corazón para acabar con mi suplicio.

Debería haberme enfrentado a Gabriel, aunque eso significara dejar que me arrancara la vida. Nada podía ser peor que aquello, y yo no era precisamente de las que se quejaban por nimiedades. Con un sollozo ahogado, me llevé la temblorosa mano a la cabeza. Hasta mis brazos pesaban como si estuvieran hechos de plomo.

¿Qué demonios estaba pasando? Aquello no era un simple golpe o el efecto de mis heridas. Pestañeé contra el molesto resplandor escarlata que se filtraba a través de la fina membrana de mis párpados, irritándome los ojos. Fruncí el ceño, tratando de enfocar mis pensamientos. ¿Rojizo? La noche no era… Mis ojos se abrieron de golpe al caer en la cuenta de que debía de ser el alba. Si no me movía y encontraba un refugio pronto, el sol me calcinaría viva, reduciéndome a cenizas.

En lugar del sol del amanecer, me encontré con un cielo carmesí, teñido por las llamas eternas del Inframundo. ¡Por la Diosa! ¡El Inframundo! ¡Lo había logrado! Parpadeé incrédula. Mis probabilidades de llegar a aquella dimensión al arrojarme al abismo habían sido prácticamente nulas. Era mucho más probable acabar hecha añicos al estamparme contra el fondo del precipicio que poder admirar aquel extraordinario cielo rojo, sin abrasarme.

Las antiguas escrituras que encontré cubiertas de polvo en la biblioteca de mi padre no habían mentido. Justo allí, en aquellas cuevas irlandesas, olvidadas por humanos y seres nocturnos por igual, se encontraba uno de los afluentes subterráneos del río Styx. Tal y como predijeron las instrucciones, era uno de los trece portales que existían hacia esa dimensión. Al lanzarme, me había transportado a la dimensión prohibida, el Inframundo, o el infierno, como les gustaba llamarlo a los dramáticos humanos.

Una leve chispa de esperanza se incendió en mi interior a pesar del fuego interno que me consumía las entrañas. ¿Significaba eso que me había librado de los cazadores? ¿Había dejado

atrás a Gabriel? Busqué el vínculo en mi interior. Nada. La idea de no volver a verlo me creó una presión en el pecho, como siempre ocurría al pensar en él. Pero, por más que el vínculo me jugara una de las suyas, mi parte racional sabía que no cruzarme más con él era la única opción para seguir con la cabeza sobre los hombros y respirando.

Con un esfuerzo hercúleo, giré la cabeza. Mis esperanzas se esfumaron con la misma rapidez con que habían aparecido. Donde a mi izquierda se alzaba una escarpada pared de roca volcánica; a mi derecha, más allá de las aguas turbias y densas del río Styx, se extendía hasta donde alcanzaba la vista un desierto árido y desolado de arena negruzca y esqueletos blanquecinos.

Encogí la nariz ante el nauseabundo hedor a azufre y podredumbre que el viento arrastraba desde el río. Era un olor fétido, a muerte y descomposición, que te asaltaba las fosas nasales y se aferraba a tu piel como una maldición. Las náuseas me revolvieron las entrañas al caer en la cuenta de lo que significaba que mi ropa estuviera empapada y se adhiriera a mi tembloroso cuerpo como una segunda piel. ¡Diosa! Estaba cubierta por esas aguas pestilentes y, con toda seguridad, había tragado algo mientras flotaba a la deriva hasta que la corriente me había llevado hasta la orilla como un despojo más.

Aquella idea fue más de lo que pude soportar y, con apenas tiempo de voltearme hacia un lado, mi cuerpo se vació en tortuosas arcadas. ¡Genial! No me extrañaba encontrarme así de mal. El fuego ácido que me abrasó la garganta fue un recordatorio suficiente de que, aunque era un vampiro, ni siquiera nosotros éramos inmunes a los horrores de aquel lugar.

En cuanto acabé de vomitar, me dejé caer de nuevo exhausta sobre la espalda, cubriéndome la cara con las manos para protegerla de la arena que arañaba mi tez. Estudié fascinada el extraño cielo. Era hipnótica la forma en que se entremezclaban los colores rosados y rojizos, convirtiéndolo en un llamativo lienzo. No se parecía en nada al firmamento estrellado de Nocturna y no podía más que preguntarme si era así como se vería el amanecer en nuestra dimensión. Algunos vampiros, los más viejos, soportaban un rato bajo los primeros rayos del sol, yo, por desgracia, no era uno de ellos.

Sin apartar la mirada del hermoso espectáculo, solté un profundo suspiro. Estaba donde había querido estar, lejos de Gabriel y del resto de los cazadores, quienes dudosamente me seguirían hasta el infierno. Ni siquiera la generosa recompensa que Azrael había ofrecido por mi cabeza compensaba enfrentarse a los peligros del Inframundo. Todos conocíamos las leyendas que se contaban sobre él y los seres infernales que lo habitaban. Aquel había sido mi principal motivo de que acudir allí hubiera sido siempre mi última opción, de hecho, ni siquiera la había considerado hasta que no me quedó más remedio.

Esa realidad me dejaba con otro problema por resolver. ¿Qué iba a hacer ahora sin un lugar al que ir ni una dirección clara que seguir? No tenía fuerzas para trepar por la ladera, y mucho menos para cruzar de nuevo el pestilente río y enfrentarme a un desierto sin las más mínimas provisiones. Por la agudeza de la roca clavándose en mi espalda, mi mochila se había perdido en el trayecto, lo que significaba que no tenía agua, alimentos y, desde luego, ningún mapa.

Como si el universo hubiera leído mis pensamientos, una nueva corriente de viento abrasador me alcanzó desde el desierto, arrastrando consigo un inquietante murmullo de gritos y lamentos, como si miles de almas condenadas estuvieran chillando en un ruego torturado a unas millas de distancia. Se me heló la sangre en las venas. No pensaba ni por casualidad acercarme a ese desierto solo para terminar como esas almas perdidas.

Con un profundo suspiro, hice el intento de sentarme. Gemí ante el calvario y la resistencia de mis músculos a obedecerme. En serio, ¿qué demonios me pasaba? Mi mirada cayó sobre los

pantalones rotos, dejando a la vista profundos cortes ensangrentados, los arañazos en mis brazos, los nudillos raspados y los moretones que me salpicaban la piel en un esperpéntico patrón. Recordaba cómo me había hecho algunos de ellos durante mi frenética huida por los túneles, pero esa no era la verdadera cuestión, sino, ¿por qué no se habían curado ya? ¿Y por qué la sangre fresca seguía manando de las heridas más profundas? No sabía cuánto tiempo había estado inconsciente, pero a aquellas alturas ya deberían haber sanado y desaparecido por completo.

Mi respiración se aceleró con jadeos entrecortados cuando el pánico me dejó sin aire en los pulmones. ¡No podía ser! ¡No, no, no! ¡No podía permitirme el lujo de que mis sospechas se hicieran realidad! Petrificada, observé cómo la sangre del largo corte en mi muslo caía en una fina línea sobre una mancha húmeda y oscura que se había formado en el suelo, desapareciendo de inmediato como si la roca la absorbiera sedienta.

Quise sollozar, gritar y exigirle al destino que me explicara de una vez por todas por qué se ensañaba tanto conmigo y no podía darme ni una pizca de paz y descanso. Pero tenía la boca demasiado reseca y sabía que no serviría de nada. No era la primera vez que lo intentaba, pero el cabrón de mi destino solo me hacía caso cuando tenía ganas de arruinarme la vida; para todo lo demás, me ignoraba por completo.

¡Diosa! Me tapé la cara con ambas manos y cerré impotente los ojos. ¡Las leyendas eran ciertas! Había perdido mi inmortalidad.

Mis pulmones se constriñeron un poco más. Sin la capacidad de regeneración de mi especie, sin mi fuerza sobrenatural… ¡¿Cómo iba a sobrevivir en el infierno? No solo estaba plagado de demonios y monstruos, que por sí solos ya eran toda una amenaza, sino de brujas que practicaban la magia negra, seres juzgados por sus acciones y expulsados por su propia gente a aquel lugar inhóspito donde la muerte parecía ser una bendición más que una condena. ¿Cómo se suponía que iba a luchar contra esas criaturas si me había convertido en poco más que una frágil humana con colmillos y sed de sangre?

Pensar en sangre bastó para que mi estómago se encogiera de hambre y me hizo salivar. ¿Y de qué iba a alimentarme mientras estaba allí? La simple idea de tener que morder a un repugnante demonio o a un practicante de magia negra ya me hacía querer vomitar de nuevo. ¡Era una locura! ¡Me había dejado llevar por un impulso, todo por evitar enfrentarme a Gabriel! ¡Maldita fuera él y el maldito vínculo que nos unía!

Recuerdos de conversaciones susurradas sobre la maldición de los vampiros en el Inframundo y las ominosas advertencias que nuestros tutores y profesores nos habían hecho durante nuestra juventud inundaron mi mente. Las historias sobre el desprecio de los habitantes del Inframundo hacia los vampiros resonaron en mis oídos. Se nos consideraba inferiores, demasiado humanos para ser verdaderos demonios y demasiado monstruosos para ser aceptados por los mortales.

Aquellas historias nunca me habían parecido demasiado imponentes o creíbles. Siempre las había considerado meras leyendas para asustar a los vampiros más jóvenes. ¿Por qué alguien perdería el tiempo en maldecir a los vampiros por entrar al infierno en lugar de exterminarnos directamente o impedirnos la entrada? ¿Y por qué los vampiros querrían ir de forma voluntaria a un mundo como ese cuando nuestra dimensión era un paraíso y la humana un festín interminable? No tenía ni pies ni cabeza.

Hasta ahora.

La imagen del viejo vampiro que visitó nuestra corte años atrás se materializó en mi mente y sus palabras resonaron con una nueva y terrible claridad. Nos habló de los peligros que

acechaban a los de nuestra especie en el Inframundo, de los demonios despiadados que nos despreciaban y odiaban. «Nos ven como abominaciones», había advertido, con los ojos embrujados por las atrocidades que había presenciado. «Para ellos, no somos más que una presa que cazar y atormentar para su retorcida diversión». Sus ojos, atormentados por los horrores que había presenciado, me perseguían ahora.

Había descartado sus palabras como las divagaciones de un viejo loco. Lo había considerado una bonita historia para distraer a la corte de su eterno aburrimiento. Ahora, habría podido reírme de mi propia estupidez e inocencia si no me dolieran tanto las costillas. ¡Diosa! ¡Qué ingenua había sido! Había sido una maldita y estúpida idiota, e iba a pagar por ello el precio de mi ignorancia.

Estudié mis manos temblorosas, los cortes aún frescos y la suciedad bajo mis uñas. Las apreté en puños, en un intento por reunir la fuerza y la determinación que siempre me habían servido en el pasado. No podía permitir que el miedo me consumiera, no si quería sobrevivir. Tenía que concentrarme justo en eso: mantener la cordura y usarla para mantenerme viva.

Respirando hondo, ignoré el dolor y me arrastré con esfuerzo hacia una roca cercana. Al sentarme y apoyar la espalda contra ella, me obligué a mantener los ojos abiertos para estudiar el entorno. Quedarme allí, a orillas del río Styx quedaba descartado. No solo no podía beber de aquellas aguas podridas, sino que no era un lugar seguro.

Mis hombros se desinflaron al comprobar que no había ni rastro de mi mochila y su contenido. El último recurso que me quedaba eran las dagas que conservaba sujetas a mi cinturón y tobillos. Necesitaba encontrar una cueva, un refugio donde recobrar fuerzas y trazar un plan. Quizás, con un poco de suerte, podría recuperarme algo antes de buscar una población cercana o alguna criatura o bayas silvestres con las que alimentarme. A partir de ahí, intentaría idear otros planes. Esperaba que Gabriel me hubiera dado por muerta, pero, aunque no lo hiciera, un año era tiempo más que suficiente para que se olvidasen de mí y para que el precio que le habían puesto a mi cabeza se desvaneciera.

Podía sobrevivir un año. O eso esperaba. No iba a ser fácil.

Arrancándome un par de tiras de la camiseta, me vendé los cortes más profundos de los muslos. Conté hasta cinco hacia atrás, siguiendo un método que había aprendido de un vídeo de motivación de YouTube durante una de mis visitas a la dimensión humana, inhalé con fuerza y me impulsé hacia arriba para ponerme en pie. Maldije para mis adentros cuando mi visión se tornó negra y solté un grito al caerme de nuevo. O al menos creo que fui yo quien lo soltó.

Cuando volví a abrir los párpados, deseé no haberlo hecho. A solo un palmo de mi nariz me esperaban un par de botas masculinas desgastadas con las puntas dirigidas hacia mí.

¡Estaba jodida!

Capítulo Nueve

ANDREA



Las enormes hebillas doradas de las botas que se alzaban frente a mí, tintinearon cuando su dueño arrastró los pies unos centímetros a la derecha. No eran las únicas. Otro par de botas, algo más pequeñas, pero con la misma pátina grisácea, mezcla de polvo y cenizas, se encontraban situadas justo al lado.

El hedor a sulfuro y muerte me recordó dónde estaba y dejó claro que no estaba soñando. Que mi corazón latiera con fuerza contra las costillas magulladas solo lo confirmaba.

Cerré los párpados con fuerza para tratar de frenar las vueltas que me daba la cabeza. Una voz extrañamente familiar, que parecía provenir de algún rincón de mi mente, me gritaba que me espabilara y abriera de inmediato los ojos y sacase la daga para defenderme. Tenía razón, era lo que debería haber hecho, pero estaba tan cansada y adolorida que no me quedaba voluntad para que me importara.

¿Querían matarme? Que lo hicieran. Si me hubieran quedado fuerzas, probablemente hasta les habría dado las gracias por hacerlo. Solo esperaba que fueran rápidos y no añadieran más dolor a aquella agonía.

«¿Te has vuelto loca? ¡Deja de autocompadecerte! ¡Tienes que defenderte!», insistió la voz en mi mente. Era profunda y aterciopelada. Habría podido gustarme de no estar ladrándome enfadado.

«Eres gracioso. Siento no poder reírme, pero me duelen demasiado las costillas», respondí.

«¡Andrea, ni se te ocurra ponerte a dormir!».

Ignoré la voz masculina que seguía chillándome y gritándome como si quisiera estrangularme y despedazarme por ignorarlo.

Quienes fueran los que me habían encontrado y me observaban, se mantuvieron callados. Puede que me dieran por muerta y me dejaran allí tirada, abandonándome a mi suerte. Eso sí que tenía gracia. Con la suerte que tenía, ¿cómo se me ocurría siquiera semejante estupidez?

Aunque, pensándolo bien, ¿me convenía que me dejaran en aquel páramo abandonado por la mano de la Diosa? Ahora era mortal. Si no conseguía salir de allí, mi muerte estaba garantizada.

Con esfuerzo, volví a entreabrir los párpados para examinar los dos pares de botas. Alguien debería haberle hecho saber al de la piel de escamas de un marrón rojizo que se trataba de un color poco favorecedor y que, además, tampoco causaba una buena impresión si pensaba utilizar su calzado como tarjeta de presentación. Era difícil de adivinar con certeza si aquel ecléctico color se debía al tono natural del animal al que habían pertenecido aquellas escamas, o si estaba teñido con la sangre reseca que las había salpicado con posterioridad.

No sabía si junto a mi inmortalidad también se había esfumado la sensibilidad de mis sentidos, o si la pestilencia que me rodeaba los tenía anestesiados, pero mi olfato tampoco me

ayudó a discernir de cuál de las dos opciones se trataba. Que el otro par de botas pareciera estar hecho de un tipo de piel beige, fina, con algunos pelillos negros sobresaliendo, casi como si fuera vello humano después de un afeitado mal hecho, hizo sonar una alerta completamente diferente en mi mente.

«Tienes que escapar y alejarte de ahí como sea», me urgió de nuevo la voz.

«No me digas», pensé con sarcasmo, esperando que se diera cuenta de que estaba empezando a irritarme.

«Si te enfadas, al menos significa que sigues viva. Ahora usa ese genio para actuar. Sabes lo que tienes que hacer. Estudia a tu enemigo y busca sus puntos débiles».

¡Por el amor de la Diosa! ¿Es que no podía una ni siquiera morir en paz? A pesar de mis pensamientos, subí despacio la mirada. El ritmo de mi corazón se aceleró al ascender por las piernas musculosas, algo torcidas, enfundadas en unos pantalones de cuero negro que habían visto épocas mejores (varias de hecho, a deducir por los roces en las rodillas y los muslos).

«¡Andrea, céntrate!».

Por la eternidad que me llevó llegar al brillo apagado de su cinturón, el tipo que tenía ante mí no solo era fuerte, sino también alto. Muy alto, para ser exacta. Tanto que incluso antes de intentarlo sabía que no tenía ni la más mínima posibilidad de derrotarlo en un enfrentamiento directo.

«Pues no te enfrentes a él de forma directa. Eres una especialista en jugar sucio. ¡Usa tu ingenio!».

«¿De dónde has sacado tanta gracia? ¿Has visto lo armado que va? Debe de llevar una tonelada de metal encima. Con ese machete probablemente podría cortarme por la mitad antes de que me diera tiempo a parpadear».

«Eres rápida y ágil. Salte del camino del machete».

Esa vez se me escapó el aire de la nariz. ¿Rápida y ágil? Un oso perezoso me habría ganado en ese momento. Seguía sintiéndome como si un equipo de ogros me hubiera usado como pelota para jugar al críquet.

«No seas ridícula. Los ogros no juegan al críquet», masculló la voz exasperada.

Que le dieran. Entre los miles de ogros que habitaban Nocturna, seguro que alguno sabía jugar.

«¡Por todo lo que es santo, ¿podrías centrarte de una vez en salvar tu puto cuello?!».

Mis ojos se abrieron al llegar a un torso desnudo cubierto por un intrincado dibujo geométrico de llamativas cicatrices blancas que contrastaban con el ébano del resto de su piel. Aquellos cortes debieron de escocer como ácido y, sin embargo, su perfección milimétrica señalaba que fueron hechas por motivos estéticos más que tratarse del resultado de batallas o castigos. Y por la forma en que el tipo hinchó el pecho al ver mi mirada detenida sobre ellas, debía de estar muy orgulloso de su ornamentación.

En lugar de soltarme otra vez su opinión, la voz en mi mente se limitó a gruñir.

Mi corazón acelerado se frenó de golpe al llegar a los ojos que me contemplaban sin pestañear. Eran tan negros que parecían absorber la luz a su alrededor. No había pupilas ni iris, solo aquella negrura llena de vacío.

«¡Maldita sea, Andrea! ¡Es un demonio! ¡Tienes que largarte de ahí a la de ya!», la urgencia de la voz se incrementó.

Me recorrió un escalofrío. No era que no me hubiera topado con todo tipo de criaturas monstruosas a lo largo de mi existencia, pero podía contar con los dedos de una sola mano las veces que me había encontrado con unos ojos tan muertos como aquellos.

«Andrea, sé que me escuchas. ¡Muévete!».

Parpadeé. Una, dos, tres veces. Los ojos seguían fijos sobre mí. Los vampiros podíamos pasarnos una eternidad sin pestañear, pero incluso nosotros teníamos que hacerlo cuando se nos resecaba la córnea. Hacía un calor de mil infiernos, el viento nos azotaba sin parar, partículas de cortante arena se estrellaban contra nuestra piel y… nada. Los ojos negros seguían sin parpadear. Se encontraban tan fijos sobre mí que no pude más que preguntarme si podrían ver más allá de mi carne y huesos, o tal vez… ¿Querría cortarme para descubrir qué era lo que se encontraba debajo de mi piel o incluso en mi cráneo?

La voz en mi mente gimió como si acabara de encogerse allá de donde provenía.

—Sigue viva —constató el demonio de los ojos negros con un tono tan vacío como la expresión de su rostro, dejándome con la duda de si el hecho de que yo siquiera respirando era algo que lo decepcionaba o alegraba. Dudaba mucho que ninguna de aquellas opciones me beneficiara.

—Mejor. —El demonio apostado a su lado, algo más bajo, con barriga cervecera y los cuernos más retorcidos, llamó mi atención sobre él—. Nos la llevaremos. Estoy seguro de que *Madame* Salomé nos pagará una buena pasta por una chupasangre. Se precia de poder ofrecerle a sus clientes la oferta más exótica y exclusiva de la ciudad.

—Es mortal.

El demonio bajo ignoró la sequedad de su amigo y se frotó las palmas.

—Sí. ¿No es genial? Una piel blanca y perfecta que conservará los moretones. Hay clientes a los que les ponen esas cosas. Deberías saberlo.

«¡Piensan venderte a un burdel!», gritó de nuevo la voz de mi mente, sobresaltándome.

«¡No me des esos sustos! Y no soy tonta, por si no te has dado cuenta».

«¿Estás segura? Sigues ahí sin hacer nada por salvar tu puto culo».

—Para eso están las sanadoras —continuó el demonio de los ojos muertos, ajeno a mi diatriba interior con la voz imaginaria—. Todo el mundo sabe lo fácil que es marcarlas y romperlas.

Aquello debería haberme hecho tragar saliva y encogerme por dentro, pero, mientras resonaba una lista de maldiciones en el recién descubierto rincón de mi mente, la parte más racional de mi cerebro repasaba las posibilidades que aquella situación podía representar.

—Las ninfas están demasiado vistas, una vampiresa, por el contrario, es una fruta exótica en comparación. —Los pequeños ojos brillantes del demonio bajito se posaron sobre mí, recordándome a una rata con un trozo de queso a la vista—. Además, mírala bien. Es una belleza. Seguro que *Madame* nos da un pastón por ella.

El demonio alto frunció el ceño. Creo que era la primera expresión real que había conseguido discernir en su rostro.

—Yo solo veo una masa patética de carne y hueso que apesta. Mírala. Está tan débil que ni siquiera se ha puesto a chillar todavía.

El demonio bajito chasqueó con su lengua.

—Tienes que ver más allá de las capas de mierda. Tú confía en mí, que yo para eso tengo una vista excelente.

Su compañero gruñó en respuesta casi al mismo tiempo que lo hizo la voz en mi mente. Uhmm… ¿Estaban relacionadas de alguna forma?

«Soy muchas cosas, pero un demonio no es una de ellas», masculló el susodicho.

«Suenas como un hombre».

«¿Y?».

«Que has aparecido justo cuando ha aparecido él».

«Pura casualidad. Y ahora deja de centrarte en mí y presta atención. Podrían atacarte de un momento a otro. ¿Tienes tus armas a mano?».

Revisé la colocación de mis dagas, dejando caer mi peso sobre mis caderas. A duras penas, conseguí refrenar un aullido cuando se me clavaron en la carne ya magullada. ¡Mierda! Ni de casualidad iba a servirme de algo tener armas. Hasta el más mínimo movimiento era pura agonía.

Al darme cuenta de que los dos demonios estaban estudiándome en silencio, les mantuve la mirada. ¿Qué era lo último que habían dicho? Ah, sí, que no me había puesto a chillar. ¿Esperaban que por haberlo mencionado fuera a hacerlo ahora?

—¿Y crees que sobrevivirá el camino? —preguntó el más alto de ellos.

El bajo encogió los hombros.

—¿Qué perdemos por intentarlo? Solo tenemos que tirarla en la parte trasera del carro.

—Víveres —señaló su compañero.

El demonio bajito pareció considerarlo antes de encoger un hombro.

—Nadie dijo que tuviéramos que darle de comer.

No estaba segura de que lo que fuera que tuvieran esos demonios realmente era comestible para mí, pero mi estómago se encogió en protesta ante la idea de que lo pusieran a dieta.

—Es mortal, necesitará sustento —insistió el alto.

El bajo rodó los ojos.

—Vale, lo que sea. Lo recuperaremos con creces cuando *Madame* Salomé nos pague.

—Si sobrevive —señaló el lumbreras alto.

—Si sobrevive —coincidió el bajito.

El demonio de los ojos muertos arrastró sus pies tres centímetros hacia mí y se inclinó una cuarta.

—Tienes dos opciones —parpadeé al darme cuenta de que me hablaba a mí—: Cooperar y acompañarnos por voluntad propia y a cambio recibir una ración de agua y un trozo de pan, o causar problemas que nos obliguen a tomar medidas que harán que el viaje no sea demasiado agradable.

El más bajo de ellos lo empujó fuera de su camino, se acuclilló a mi lado y me miró de cerca.

—Zicki realmente no es de los que hacen bromas, cariño. Deberías hacerle caso. Además, no pareces haber llegado aquí con demasiados planes puestos en marcha y, si no tienes las llaves de uno de los portales, te resultará realmente difícil marcharte de esta dimensión. La vida te será más fácil vendiendo tu cuerpo con *Madame* Salomé que quedándote aquí y tener que buscarte la vida como puedas.

«¡Ahora! ¡Ahora es el momento! Clávale la daga en el costado izquierdo, hacia atrás, justo debajo de la tercera costilla. Si le alcanzas uno de sus corazones, lo habrás inmovilizado por un buen rato».

Ignoré las instrucciones de la voz. La oferta de los demonios era buena. Mejor de lo que me había esperado.

«¡No puedes estar hablando en serio!».

«¿Por qué no?».

«¡Pretenden venderte a un burdel como prostituta!».

«Para hacerlo, tienen que llevarme con ellos a una ciudad. Tienen un carro. ¿Sabes lo que significa eso? Civilización, tiempo para recuperarme y comida gratis».

La voz pareció titubear un momento.

«Es peligroso. Son demonios. ¿Y si tratan de atacarte cuando menos te lo esperas? ¿Y si

pretenden aprovecharse de ti antes de venderte?».

Solté un suspiro cansado.

«Puede que para entonces esté lo bastante recuperada como para tener una oportunidad de defenderme».

Su suspiro de rendición pareció un eco del mío.

«No me gusta».

«¿Crees que a mí sí?», me mofé. «Solo trato de hacer lo mejor con las cartas que me han tocado. ¿Qué más puedo hacer?».

Su respuesta tardó en llegar:

«Está bien».

Bufé. ¿Quién coño se creía que era? Podía tener su origen en algún sitio oscuro de mi mente, pero eso no significaba que tuviera la potestad de darme permiso para hacer lo que fuera que decidiera hacer. No hubo comentario esta vez.

—¿Y bien? —preguntó el demonio bajito.

Vacilé. La voz tenía razón. Era un riesgo, pero también era mi ruta de escape. La única que tenía si no quería acabar convirtiéndome en la comida de los buitres que volaban en círculos sobre nosotros.

Una vez que estuviéramos cerca de la ciudad, tendría la oportunidad de escapar. Si eso fallaba, aún podía demostrar mis habilidades de lucha. Puede que para entonces ya me hubiera superado los efectos del viaje,el río y mi reciente fragilidad como mortal.

De modo que me limité a hacer lo único que podía: asentir con debilidad.

—¿Tie… tiene agua, por favor? —grazné con la boca pastosa.

Si mi padre me hubiera visto en ese momento, rogandole a una criatura inmunda como aquella por algo tan simple, cualquiera habría sabido cuál podría ser su reacción. Quizás me hubiera propinado una patada en el estómago mientras me chillaba lo débil y patética que era, o tal vez me hubiera premiado con una palmadita en el hombro por mi excelente interpretación. También era posible que ambas. Cuando de mi padre se trataba, una opción no excluía a la otra. Pocas personas lo sabían mejor que yo.

El demonio alto soltó un resoplido irritado.

—Ya empieza con las exigencias.

Apreté los labios. Puede que recordarle que se lo había pedido por favor no fuese una buena idea. El tipo tenía toda la pinta de que le importaba una mierda lo hecha polvo que estaba. Lo último que necesitaba era que me diera una paliza y me rompiera otra costilla.

Su compañero bajito lo ignoró.

—Sé buena, acompáñanos hasta el carro y te daré unos buches de agua, cariño.

Diosa, esperaba ser capaz de recuperarme pronto para enseñarle a ese imbécil condescendiente dónde podía meterse su «cariño».

—No voy a darle de mi agua —gruñó el otro capullo, Zicki lo había llamado el bajo. ¿Qué clase de madre le ponía a su hijo un nombre tan ridículo, y más a un gigante así? Estropeaba parte de la imagen terrorífica que proyectaba. Bueno, puede que no, decidí cuando rodó los hombros.

—No seas idiota —escupió el demonio bajo empezando a perder la paciencia con él—. ¿Prefieres tocarla con lo que apesta? Huele como un tonel de pescado zombi.

¡Mierda! ¿En el Inframundo existía pescado zombi? Tenía sentido si se consideraba que era la tierra de los demonios, las almas condenadas y la magia negra.

—¿Y qué crees que hará *Madame* Salomé con ella entonces? Sus clientes tampoco querrán

una ramera apestosa. Su local es el más selecto de la ciudad. No creo que a nadie le produzca morbo una cosa así.

Esa vez fue el turno del bajito de soltar un resoplido exasperado.

—No seas idiota. Bastará que le dé un buen baño y que le eche colonia cuando acabe. En el nombre del Devorador de Almas, ¿a ti en qué clase de burdel barato te parieron?

Me eché hacia atrás. ¿Devorador de Almas? Me recorrió un escalofrío. Por la madre de todos los dioses, que alguien me dijera que el Devorador de Almas era un mito, o uno de esos dioses ausentes al que los habitantes del Inframundo solo le rezaban de tanto en tanto y no alguien real.

Por su nombre estaba segura de que no quería llegar a conocerlo en persona, y mucho menos en uno de los burdeles que parecían abundar en aquel lugar, a juzgar por la conversación de esos dos imbéciles.

—Zeze, no te pases, a ti te parieron en un establo. Yo al menos nací en una cama y rodeado de tetas.

¿Zicki y Zeze? ¿Seguía dormida y estaba teniendo uno de esos sueños ridículos de los que iba a reírme cuando despertara? Tenía que ser eso. La conversación… ¡Diablos! La situación entera era demasiado surrealista como para que pudiera ser real.

—Lo sé —suspiró Zeze—. Eso siempre te lo he envidiado. Mira lo grande que eres y lo bajo que he salido yo. O mi madre me mintió sobre padre o a ti te dieron más leche que a mí.

¡Se acabó! Ni de casualidad iba a seguir escuchando esas ridiculeces. Tragándome un gemido de dolor, me senté y usé una roca para equilibrarme y levantarme.

Tan pronto como conseguí ponerme de pie y dar dos pasos, mi visión se volvió oscura y me tambaleé.

«¡Andrea!».

Alguien soltó un ridículo alarido cuando caí en lo que parecía un abismo formado por una negrura absoluta. No había sido yo, ¿verdad? Antes de que pudiera responderme yo misma, la negrura me tragó.

Parecía que después de todo me había quedado sin agua.

Capítulo Diez

ANDREA



Durante el siguiente par de semanas viajé en un estado casi permanente de duermevela, acurrucada en la parte trasera de un viejo carro de madera, en un estrecho espacio entre cajas y sacos de mercancías. Pasé de estar miserable a fingirlo para que los demonios me dejaran en paz.

Zeze se tragaba mi continuo malestar, achacándolo a que era prácticamente humana y prefería mantenerse alejado de una criatura quejumbrosa, apestosa y susceptible de ponerse a llorar o vomitar, cuando podía elegir confundirme con otro bulto más de mercancía.

Zicki, por el contrario, me dedicaba ojeadas entrecerradas llenas de sospecha y, de cuando en cuando, compartía esos recelos sobre mí con su hermano Zeze, algo que el demonio más bajo descartaba de inmediato. Donde el problema de Zeze parecía ser su engreimiento y condescendencia, el de Zicki, por lo que había concluido de sus conversaciones, se debía básicamente a su aversión por el género femenino.

Fuera cual fuera la causa, se olvidaban de mí la mayor parte del tiempo y, en las ocasiones en las que Zeze mostraba el característico brillo de lujuria al mirarme, me bastaba con ponerme a dar arcadas o lloriquear para que huyera despavorido. Podían haberme tocado peores demonios como secuestradores, no podía quejarme.

No es que las cosas fueran fáciles. El perpetuo tono rojizo del cielo, inmutable y sin variación entre el día y la noche, resultaba tan monótono que se volvía opresivo. Era como si el mundo siempre estuviera sumido en la bruma y que los colores estuviesen contaminados y enfermizos. El blanco nunca había sido uno de mis colores favoritos, pero comenzaba a echarlo de menos entre tantos tonos de rojos, rosas y naranjas, que en lugar de levantarme el ánimo y energizarme, me deprimían.

Encontrarme en un sitio donde no deseaba estar, a solas y sin nadie en quien apoyarme, tampoco ayudaba. Mis heridas habían sanado en su mayor parte y las más profundas habían comenzado a cicatrizar. Zeze o Zicki me las cosieron y cubrieron con un apestoso mejunje mientras me encontraba inconsciente y, aunque sospechaba que iban a dejarme mis primeras cicatrices, habían hecho un buen trabajo.

Echaba de menos a mi madre y a mi hermana y hasta al *shangrile* que jamás llegué a tener de verdad. Creo que eso debió de ser el motivo por el que había llegado a tal punto de depresión que me había creado un *shangrile* ficticio con el que conversaba varias veces al día en mi mente.

Su voz se parecía a la de Gabriel, pero con un matiz más oscuro y hasta una pizca de afecto de cuando en cuando. Una pizca, no más, porque la mayor parte del tiempo se encontraba ocupado dándome órdenes y azuzándome, obligándome a seguir respirando y a mantener la guardia. Habría preferido que fuera la voz de mi hermana o de mi madre la que me hablara, pero

no, parecía que lo mío era ser masoquista. No contenta con haber perdido la inmortalidad y encontrarme en la peor dimensión conocida, también me torturaba conversando con un hombre imaginario que me odiaba, o al menos lo hacía en la vida real.

«Deberías dejar de compadecerte tanto de ti misma y pensar más en cómo vas a escaparte de esos dos idiotas».

Y ahí estaba mi martirio autoinfligido. ¿Tanto me había acostumbrado a que me persiguiera que ahora necesitaba tenerlo conmigo a todas horas?

«Y tú deberías estar haciendo algo más productivo que pasarte el día en mi cabeza. ¿No deberías estar trabajando?».

«Lo hago. Mi trabajo es torturarte. Deberías saberlo a estas alturas».

«¡Uuuf!».

«¿Alguna vez piensas dejar de quejarte?».

«Tengo hambre, sed y me duele la espalda. Además, apesto como una mofeta y me pica la piel. Tengo todo el derecho del mundo a quejarme».

«Anoche hicisteis campamento al lado de unas brujas. ¿Por qué no te alimentaste de ellas? Beber sangre te ayudaría a sanar mejor».

Bufé.

«¿De brujas que practican magia negra?». Me estremecí, esperando que no lo captara. Había secretos que aún no estaba preparada para compartir con él, ni siquiera aunque fuera un producto de mi imaginación. «¿Te has vuelto loco? Si me cogen, me convertirían un sapo lleno de verrugas. Gracias, pero paso».

«¿Qué hay de sus familiares? Incluso las que practican magia negra suelen tener alguno de esos bichos a su lado».

«Estás en mi cabeza. ¿No deberías conocer la respuesta?».

«No puedo estar las veinticuatro horas del día en tu cabeza, yo también necesito descansar de cuando en cuando».

Rodé los ojos. Solo a mí se me ocurría crear un enemigo imaginario que aparecía y desaparecía a su antojo.

«Uno de los familiares era un *hellhound*. ¿Sabías que los perros del infierno pueden rodearse de una capa de fuego y que tienen púas tóxicas en la cola? La gata tenía más garras que yo y me ha dejado el brazo hecho trizas». Para confirmarlo, me estudié los antebrazos, los cuales conservaban las largas marcas ensangrentadas. Había perdido más sangre intentando alimentarme que la que había conseguido probar. Cada día odiaba más ser una mortal y haber perdido mi fuerza y rapidez en el dichoso río. ¡Diosa! Me había vuelto patética. «Y la serpiente era como una anguila que me electrificaba cada vez que trataba de cogerla. ¿Conforme?», espeté.

«No. Nunca te tuve por alguien que se rindiera con tanta facilidad».

Sus palabras se sintieron como una daga en mi autoestima.

«Prueba a pasarte una semana sin apenas comer ni beber», mascullé. «¡Estoy cansada! ¿Tan difícil es de entender?».

«Ese es un lujo que no te puedes permitir. Estarás aún más exhausta si no te alimentas pronto».

«¿*Ainsss*, mi Gabi está preocupado por mí?», me mofé irritada. Si era mi voz y mi imaginación, ¿por qué no podía apoyarme en vez de tirarme por tierra?

«No me llames Gabi, es un nombre ridículo. Y no estoy preocupado, lo único que quiero es que sobrevivas».

«¿Para qué? ¿Qué sentido tiene que siga viva? Todo el mundo me quiere muerta. ¿Para qué

seguir viviendo si ni siquiera me queda nada por lo que vivir?».

Era una pataleta infantil, lo sabía. Por mí que me denunciara por ello.

«La falta de alimentos te está afectando», observó manteniendo su maldita calma. Era irritante a más no poder.

«¡Pues claro que me está afectando! ¿A quién no le afectaría? Intenta mantenerte de buen humor comiendo solo un trozo de bacalao reseco en salmuera y un pedazo de pan duro al día».

«He comido cosas peores. Si no te gusta, haz algo para remediarlo».

¿Se creía que no lo había intentado? Hasta le había mordido a Zeze el dedo gordo del pie mientras dormía, solo para acabar escupiéndolo todo. Su sangre no solo era negra, sino que sabía a mejunje de bruja elaborada con cenizas de muertos vivientes.

«¡¿Para qué?!», exigí alterada, negándome a admitir hasta qué punto me había rebajado para poder comer. Yo, la candidata a ser la mujer más importante de la corte de los vampiros, había acabado rebajada a chuparle el sucio pie a un demonio. ¿Podía existir algo más humillante?

«Para vivir».

«¡Quiero morir!».

No, no quería morir, aunque a veces me lo planteaba.

«¡Tienes prohibido morir!».

Su exabrupto era como una pomada para mi alma destrozada. Vivía para momentos así desde que su voz estaba en mi vida. Debería haberlo creado mucho antes. Quizás, de haberlo hecho, no me hallaría atrapada en ese infierno.

«¿Quién me lo prohíbe?» seguí provocándolo.

«Yo».

«¿Y quién te crees que eres para decidir algo así sobre mi vida?».

Hubo una vacilación antes de responder.

«El hombre imaginario que has creado para no sentirte sola».

«¿Y por qué no puedes simplemente cumplir con tu función y limitarte a hacerme compañía mientras me muero?».

Esa vez la pausa fue más larga.

«No puedo hacer eso» murmuró como si fuera una confesión difícil de hacer.

«¿Por qué no?».

«Porque el único con derecho a matarte soy yo».

Tuve que taparme la boca para retener la risa histérica que me brotó de la garganta.

«Genial», dije con sequedad. «Te pareces tanto a tu contraparte real que podríais ser hermanos gemelos».

Su resoplido fue tan real que casi pude sentir su aliento sobre mi piel. En realidad, fue algo que Zeze lanzó a la parte trasera del carro, pero prefería mi fantasía a la realidad.

«No tengo ningún hermano gemelo».

«Gracias a la Diosa. Ya me sobra contigo. Sigo preguntándome cómo el destino pudo emparejarme con alguien como tú. Debió saber desde el principio que nunca acabaríamos juntos. Pretendía partirse el culo a mi costa o, quizá, castigarme por algo».

«¿Me consideras un castigo?». Su tono parecía ofendido. ¿Acababa de ofender el ego de un hombre imaginario?

Me pasé la mano por la cara, procurando no meterme suciedad en los ojos.

«Me has perseguido durante meses, me has prometido torturarme y hasta me has especificado las formas con las que fantaseabas con matarme. Incluso ahora, que solo eres una voz en mi cabeza, sigues martirizándome a pesar de que ya no puedo caer más bajo de lo que estoy.

¿Cómo, exactamente, debería verte?».

El silencio que se produjo fue tan largo que pensé que se había retirado.

«¿Qué habrías esperado de tu *shangrile* si solo pudieras comunicarte con él en tu cabeza?».

Fue mi turno de pensar en qué contestar.

«¿Si te confieso la verdad, me prometes no reírte de mí?».

«Te lo prometo».

Me mordí los labios.

«Me habría gustado que… que me abrazaras, me hicieras sentir protegida y me prometieras que, por una vez en mi vida, todo iba a salir bien».

Me limpié una lágrima antes de que pudiera caer por mi mejilla mientras esperaba su respuesta.

«Sabes que no puedo prometerte eso», dijo al fin con una suavidad que resultaba extraña en él. «Sería mentira y solo haría que bajaras la guardia. Deberías dormir para que, cuando esos demonios imbéciles se acuesten, tengas energía para despertarte y robarles algo de las provisiones».

Con una mueca de dolor, me giré sobre las irregulares lascas de maderas y solté un suspiro cuando me clavé el duro suelo en las caderas.

«¿Puedes al menos fingir por un rato que no me odias?». Dejé de respirar a la espera de su reacción.

«¿Cómo podría hacer eso?».

«Podrías contarme algo sobre ti hasta que me duerma».

Por el silencio que se produjo, debió de pensarse la respuesta.

«Cierra los ojos. ¿Qué te gustaría saber sobre mí?».

«Cualquier cosa», admití con sinceridad. «Algo bonito», me corregí. Si mi *shangrile* imaginario iba a contarme algo sobre su vida, entonces quería que fuera algo que me trajera sueños agradables.

«No tengo muchas historias bonitas que contar».

Probablemente, esa era una de las pocas cosas en las que estábamos de acuerdo.

«Puedes inventártela, no es como si fuera real y me conformo con oír tu voz. Cuando no me estás gritando y ordenando cosas, me relaja», confesé.

«Tengo una pequeña cabaña en el bosque», empezó despacio, como si esperara comprobar si de verdad estaba dispuesta a oírlo o si iba a ridiculizarlo por ello. «Está ubicada en un pequeño claro, junto a un arroyo. La construí yo solo en una época oscura en la que necesitaba empujarme a mí mismo a seguir viviendo». Su confesión me tomó por sorpresa. Sabía que su historia no era real, pero era lo último que habría esperado que me contara. No cuando siempre evitaba hablar de sí mismo y prefería darme respuestas vagas sobre su vida. «Quería estar solo, lejos de la gente, y necesitaba ocuparme en algo que me impidiera pensar demasiado y aferrarme a una ilusión que me permitiera seguir adelante».

¿Tendría el Gabriel verdadero un lado tan humano como su yo de fantasía? Era algo que jamás iba a averiguar.

«Construirte una cabaña parece un proyecto bonito. ¿Conseguiste tu objetivo? ¿Fue la ilusión que necesitabas para seguir adelante?».

Titubeó por un momento, pero cuando habló lo hizo con calma.

«No fue la cabaña lo que me hacía ilusión, sino el crear un pequeño paraíso al que llevar a mi *shangrile* cuando la encontrara».

A pesar del silencio, lo sentí tan cerca que casi podía percibir su pecho pegado a mi espalda y

sus brazos rodeándome.

«Si no… Si…». Me detuve y tomé una inspiración profunda antes de preguntar: «¿Me habrías llevado a visitar tu cabaña alguna vez si las cosas entre nosotros hubieran sido diferentes?».

«Sigo soñando con llevarte allí y hacerte el amor bajo la luz de las estrellas, para llevarte a mi cama antes de que llegue el amanecer».

La leve ronquera en su voz baja se combinó con una añoranza que era infecciosa. Me recorrió un estremecimiento que pareció llegarme hasta el alma con su suave vibración.

«Por favor, sigue hablando», supliqué en un susurro.

Si hubiera podido elegir, ese mundo imaginario que había descrito era justo el lugar donde habría elegido vivir con él.

Capítulo Once

ANDREA



Diecisiete días después de despertar en el infierno y de atravesar páramos desiertos de arenas rojizas y cenizas, uno detrás de otro, la primera ciudad se alzó ante nosotros; coronada por la imponente silueta de un castillo, cuyas innumerables torres puntiagudas se recortaban ominosas contra el sempiterno cielo rojo anaranjado que parecía perseguirnos a todas partes. Las torres eran tan puntiagudas y afiladas que me recordaban navajas, y tan altas que parecían ser ellas las que sostenían las nubes.

Sus exquisitas vidrieras, de elaborados motivos vegetales, prometían que sus moradores eran algo más que simples bestias salvajes dominadas por sus instintos. Si podían apreciar el arte y la belleza, para mí era indicio suficiente de que eran civilizados o, al menos, lo más que se podía esperar de alguien que habitaba en esa dimensión infernal.



A pesar del hambre que me había carcomido durante el trayecto y de que los demonios me habían reducido a la categoría de simple mercancía, en especial Zicki, mi decisión de dejarme secuestrar por ellos había sido acertada. Jamás habría llegado tan lejos por mi cuenta sin un mapa para guiarme ni las provisiones básicas con las que mantenerme con vida. No con lo débil y desorientada que había estado durante los primeros días de mi recién adquirida mortalidad y cubierta de heridas.

Me aferré al baúl sobre el que estaba sentada para no salir despedida con el traqueteo de las ruedas de madera sobre los deformes y desiguales adoquines, mientras atravesábamos el portón de entrada a la ciudad amurallada y dejamos atrás los robustos muros cubiertos de musgos venenosos y plantas carnívoras que escalaban amenazantes por sus paredes grises.

Al cruzar la plaza mayor con sus señoriales mansiones de cinco y hasta seis plantas, en cuyos lóbregos tejados se posaban las gárgolas más grotescas y perturbadoras que había visto jamás, no pude evitar compararla con la más elegante y refinada de Nocturna.

Me froté el pecho en un intento de aliviar la repentina presión que trajeron consigo los recuerdos. Era muy probable que jamás volviera a visitar Nocturna, no a menos que fuera para enfrentarme a mi condena por traición y acabara en manos del verdugo. Un sabor amargo se extendió por mi boca. Nocturna albergaba algunos de los escasos momentos felices que atesoraba.

No me importaba demasiado que mi relación con Azrael se hubiera roto. Si era sincera conmigo misma, convertirme en su reina me habría condenado a un futuro de soledad y secreta

humillación, algo que nunca había aguardado con demasiada ilusión. Si eso hubiera sido lo único que perdí cuando la bruja me utilizó para hacer de las suyas, me habría considerado afortunada, pero había dejado atrás algo mucho más importante.

Cuando la presión en mi caja torácica aumentó y las primeras gotas de sangre cayeron de mis palmas debido a la fuerza con la que me había clavado las uñas, sacudí la cabeza. Compadecerme de mí misma no iba a servirme de nada. Era mejor mantenerme en el presente y centrarme en lo que de verdad importaba.

Cubriéndome el rostro con una máscara de indiferencia, estudié con atención el desconocido entorno en busca de pistas que me permitieran comprenderlo mejor. Si pretendía sobrevivir en el infierno, necesitaba hacer algo más que escapar del burdel al que nos dirigíamos, necesitaba adaptarme y aprender cómo funcionaba aquel nuevo mundo, donde la ausencia de leyes parecía ser una ley por sí misma. Fue el sonido arrítmico de los cascos de los caballos zombis, más esqueletos que carne y piel, que Zicki dirigía con experiencia por las aglomeradas calles, lo que me permitió recuperar la calma.

Cada pocos segundos, Zeze, que se encontraba sentado junto a Zicki en la parte delantera del carro, lanzaba miradas furtivas por encima del hombro para asegurarse de que yo seguía allí. No sé qué esperaba exactamente: ¿que me lanzara del carro y que alguien se abalanzara sobre mí para secuestrarme o comerme viva? Si no me hubiera hecho pasar tanta hambre y no me hubiera tratado como poco más que una mascota, le habría confesado que podía tranquilizarse y ahorrarse la preocupación.

No pensaba largarme hasta que no me hubieran dejado disfrutar del baño prometido, a que tuviera ropa limpia que me permitiera mimetizarme con aquella sociedad sin llamar demasiado la atención, y comida decente. Sobre todo, eso último. Estaba hasta las narices de comer raciones enanas de bacalao en salmuera y pan mohoso. A esas alturas, estaba dispuesta a matar por unos huevos pasados por agua, algo de queso o fruta. En especial por fruta, una cuyo jugo dulce me humedeciera la garganta y arrastrara consigo la sequedad, la ceniza y la arenilla del viaje, que mantenían mi boca reseca e irritada.

¡Y sangre! Necesitaba sangre. Mucha sangre. Roja. Al menos dos litros, pero mejor si eran cuatro o cinco. De no haber estado tan deshidratada se me habría hecho la boca agua solo de pensar en ello.

Aquello era justo lo que Zeze no había alcanzado a comprender sobre mí. ¿Por qué iba a complicarme la vida luchando por sobrevivir de mala manera, cuando podía conseguir lo que necesitaba gratis y sin esfuerzo gracias a él? Cuando llegásemos a nuestro destino, todo lo que ansiaba iba a ser mío. ¡Diosa! Esperaba que no faltara demasiado y que en el burdel hubiera clientes humanos a los que hincarles los colmillos. ¿No querían a una vampiresa para su catálogo de rameras? Pues eso era justo lo que iba a darles: una vampiresa hambrienta e irritada.

Al igual que en Nocturna, en el Inframundo el tiempo parecía haberse detenido en algún punto del pasado. La ciudad estaba formada por un laberinto de callejuelas estrechas y edificios sombríos, por cuyas calles transitaban demonios con piel escamosa y cuernos retorcidos, brujas y hechiceros con ropajes oscuros que les llegaban hasta los tobillos y seres tan deformados y monstruosos que desafiaban cualquier clasificación posible. No todos iban vestidos, en especial los demonios y los monstruos, que eran proclives a mostrar los tatuajes y marcas sobre sus torsos como si fueran medallas o símbolos de su estatus. Los atuendos del resto de los ciudadanos que nos cruzábamos me recordaban a los de un viejo libro de cuentos, no de los modernos, sino de aquellos de antes de que se impusiera la estúpida creencia entre los humanos de proteger las delicadas mentes de los jóvenes de la oscuridad, en vez de mostrarles la maldad que los rodeaba

para que estuvieran preparados y pudieran aprender a defenderse.



Llegué a la conclusión de que en Nocturna éramos algo más modernos que en aquella ciudad. Al menos a primera vista. Nos habíamos quedado anclados en algún punto de la Ilustración, una época que nos brindaba ciertos lujos, debates filosóficos, arte, bailes fastuosos y, en general, todo aquello de lo que disfrutábamos los vampiros. Nos habíamos habituado a usar la grandiosidad, la sofisticación y los espectáculos para romper la monotonía y el hastío que solían corrompernos después de nuestro primer centenario de vida.

Como raza, los vampiros nos jactábamos de conocer nuestras debilidades, y la mayor de todas ellas, sin lugar a dudas, era el aburrimiento. Este nos llevaba a cometer locuras y atrocidades con tal de volver a revivir la intensidad de las emociones que experimentábamos durante las primeras décadas de nuestra juventud. Era fácil decirlo, pero recuperar nuestra capacidad de sorprendernos y maravillarnos ante la vida, en ocasiones, resultaba una misión imposible.

Los moradores del Inframundo, al contrario que nosotros, aparentaban encontrar confort en lo simple y lo mundano, a deducir por la sobriedad de las austeras fachadas de piedra gris y la sencillez de sus ropajes. Dudaba que la Edad Media fuera su época predilecta y, sospechaba, que su elección se debía más bien a que no les agradaban los cambios. Estaban demasiado ocupados en satisfacer sus apetitos y placeres más básicos como para aspirar a algo más elevado, algo de lo que, por otro lado, podían prescindir.

Las casas de piedra, con sus tejados a dos aguas y vigas de madera ennegrecidas por el tiempo, me recordaban a algunas de las ciudades europeas que había visitado durante mis incursiones en la dimensión humana durante mi trabajo como diplomática al servicio de Azrael.

El parecido con las poblaciones humanas era alucinante, aunque, al mismo tiempo, el ambiente revelaba un completo contraste entre ambas. En lugar de los coloridos puestos de flores y frutas o los animados mercadillos de ropa, artesanía y abalorios, atestados de personas, aquí las moscas se habían convertido en los principales clientes de los malolientes puestos de pescado y carne, donde zumbaban con un apetito voraz alrededor de las piezas en descomposición.

El entorno era tan desconsolador que afectaba incluso a sus habitantes. Los vendedores que atendían los puestos mostraban en su mayoría figuras encorvadas y demacradas, con delantales manchados de sangre negruzca y restos de vísceras, mientras les lanzaban a los transeúntes miradas llenas de malevolente suspicacia desde sus ojos hundidos.

Una de aquellas miradas cayó sobre mí y me siguió con tanta insistencia que no me atreví ni a moverme. ¿Estaba calculando mi peso y las monedas de oro que podía embolsarse si me vendía a piezas? Me estremecí, pero en vez de ocultarme, alcé la barbilla. No quería aquellos ojos sobre mí, y mucho menos aquellas manos huesudas con sus uñas negras y cubiertas de mugre, pero si se atrevía a acercarse a mí, que se hiciera a la idea de que sería él quien acabaría descuartizado en trocitos de carne, no yo.

En cuanto llegamos a otro tramo del mercadillo y perdimos de vista el de los carniceros, suspiré aliviada. Los nuevos puestos, destartalados y cubiertos de hollín, ofrecían un muestrario de objetos siniestros y perturbadores: amuletos tallados en huesos humanos o de seres mitológicos (aunque sospechaba que seguían siendo huesos humanos), frascos con líquidos burbujeantes, cuyo hedor nauseabundo superaba el del azufre del ambiente, sapos de colores venenosos, llenos de verrugas supurantes, en jaulas oxidadas, toda clase de insectos repugnantes, ya fueran voladores o de los que se arrastraban; y escalofriantes plantas medicinales de aspecto sospechoso, con espinas venenosas y flores que imitaban bocas abiertas dispuestas a devorar a quien se atreviera a acercarse demasiado a ellas.

Aunque, si hubiera tenido que elegir el ganador al puesto más horripilante del lugar, entonces habría escogido sin dudarlo el que exhibía una amplia colección de herramientas de tortura, con nombres tan curiosos como «Abrazo del Demonio», que con sus largos y afilados pinchos auguraba un manantial de sangre al pobre desgraciado que se dejara abrazar, y el «Beso de la Arpía», que no era ni más ni menos que una máscara con púas, que prometía un retoque facial radical e inmediato. Sin embargo, por más que aquellos artilugios me causaban escalofríos con solo echarles un vistazo, lo que de verdad me daba miedo eran aquellos que, además de hacer daño, usaban la magia negra para hacerlo, como el «Susurro del Espectro», consistente en una aguja encantada que se clavaba en el oído de alguien para extraerle sus secretos más oscuros, y el «Desgarrador de Almas», un precioso látigo con garfios que prometía desgarrar la carne y el espíritu y que, por algún motivo, el vendedor lo exhibía manchado de sangre seca.

Era imposible que hubiera algo peor que lo que se exponía en aquel puesto, o eso era lo pensé hasta que giramos por una esquina y descubrí qué otra clase de mercancías se encontraban a la venta allí.

«¿Qué ocurre?». La voz de Gabriel en mi mente sonó preocupada, sobresaltada, casi como si acabara de asustarlo mientras estaba concentrado en otra cosa.

«Yo…». Me froté los brazos para contrarrestar el repentino frío que me invadió a pesar del persistente calor húmedo que apenas me dejaba respirar. «Un mercado de esclavos».

«¿Qué hacéis ahí?». Aunque no podía verle la cara, prácticamente podía imaginarme su ceño fruncido.

«Nada, solo vamos a…». Cualquier pensamiento racional se cortó con brusquedad cuando Zicki frenó los caballos en seco y, para mi horror, se detuvo ante uno de aquellos puestos.

¡Zeze había dicho que me venderían a un burdel! Un burdel tenía habitaciones, sitios en los que esconderme, en los que podía enfrentarme a mis captores de uno en uno o en grupos pequeños, pero aquello… No había forma de que pudiera enfrentarme a tantos demonios a la vez si decidían cazarme por una calle por la que apenas quedaba sitio para moverse.

«¡Andrea! ¿Qué ocurre?».

«¡Aquí no hay burdeles! ¡Son traficantes de esclavos! ¡Van a venderme a un traficante de esclavos!». Mis palabras fueron tan caóticas como mis pensamientos. Gabriel pareció captar la idea de todos modos, aunque solo fuera por la urgencia de su tono.

«¿Tienes tus dagas a mano?».

«Sí».

«Entonces sal de ahí antes de que puedan ponerte los grilletes. Los traficantes del Inframundo usan grilletes que debilitan y ofuscan el cerebro de sus esclavos, dejándolos tan atontados y obedientes como zombis. No quieren que sus cautivos puedan sentir la tentación de desobedecer o huir».

Ni siquiera hice el intento de preguntarle cómo lo sabía. Me limité a tocar mis tobillos, mi espalda y los muslos para palpar el duro metal de mis armas y me preparé para desatarme del carro mientras estudiaba las posibles vías de escape.

Mi única oportunidad de huir era pillar a todo el mundo por sorpresa, correr como una desquiciada y encontrar un sitio en el que esconderme, mientras una horda de demonios y monstruos sin duda me perseguiría.

«¿Andrea?».

«¡Estoy en ello!», espeté alterada, tratando de deshacer el nudo con el que me habían atado las muñecas al travesaño del carro.

Siempre había sido buena liberándome de cuerdas, pero comprobé en ese momento que la vida real no podía compararse con unos simples entrenamientos. O tal vez se debiese a mi reciente condición de mortal lo que hacía que mis dedos fueran inestables y me sudaran las palmas.

«Vamos, sé que puedes hacerlo. Eras famosa en tu época de recluta por cómo conseguías escapar de las situaciones más inverosímiles».

Siseé. ¿En serio quería darme clases de autoestima en un momento así?

Justo en ese instante, el carro volvió a ponerse en marcha.

«Nos estamos moviendo. Creo que nos estamos marchando. Un esclavo viejo se había caído en medio de la calle», añadí aliviada cuando vi a un monstruo empujando sin delicadeza a un duende con las rodillas ensangrentadas, quien apenas podía andar con las pesadas cadenas de hierro que arrastraba tras de sí. Su expresión y su porte eran tan descorazonadores que, a pesar de que se me habían extendido los colmillos ante el aroma metálico de su sangre, no habría sido capaz de morderlo aunque me lo hubieran ofrecido en bandeja. Vale, quizás sí, solo un poquito. Un pequeño sorbito no le hacía daño a nadie, ¿verdad? Aunque puede que fuera una suerte para él que nadie fuera a ofrecérmelo.

No relajé los hombros hasta que nos acercamos al final del mercado. Por más que me hubiera concienciado de la intención de los demonios de venderme, lo último que quería era acabar en medio de una calle en la que los esclavos se encontraban desnudos, con pesados collares de hierro alrededor del cuello, grilletes en las manos y tobillos y un cubo en una esquina del puesto para que pudieran hacer sus necesidades en público como animales.

«¿Te encuentras bien?», preguntó Gabriel.

«¿La verdad? No», admití, demasiado conmocionada como para mentir. «Los tratantes les estaban permitiendo a los clientes examinar y explorar a los esclavos. Tendrías que haber visto lo que les hacían, allí, delante de todos. Había algunos transeúntes que hasta se detenían para presenciarlo y disfrutaban de la humillación y el dolor de esas criaturas. Una de las ancianas debía de ser milenaria y aun así la estaban…». Cerré los ojos en un intento por olvidar lo que había visto, pero resultaba difícil cuando algunos de los clientes habían sido demonios

gigantescos con… No, mejor no ir ahí. Si lo hubieran intentado conmigo les habría arrancado las extremidades y sus genitales (con puyas y protuberancias o sin ellas). No pensaba permitir que uno de esos monstruos se acercara a mí para comprobar si era lo bastante estrecha para su gusto, cuán agudos o graves eran mis gritos si me penetraban por el sitio equivocado o si era verdad que no tenía reflejos en la garganta, tal y como anunciaban los cartelitos que llevaban colgados algunos de los esclavos del cuello.

Mi dimensión no era perfecta, nunca lo había sido. Por algo los vampiros teníamos la fama que teníamos y, la búsqueda de nuevas emociones nos hacía ser un poco extremos a veces. Sin embargo, no todo estaba permitido y, en las últimas décadas, se habían notado los cambios producidos por las políticas que Azrael había implementado poco a poco. Los vampiros podíamos hacer casi cualquier cosa cuando de erótica y sexo se trataba y la mayoría habíamos perfeccionado el arte de la tortura y el placer hasta extremos insospechados, pero había cierta clase de juegos y prácticas que debían de ser consentidas o, como mínimo, remuneradas con generosidad.

Ni siquiera me había dado cuenta de cuánto tiempo se había pasado mi Gabriel imaginario en silencio hasta que volvió a hablar:

«Pensé que sería algo con lo que disfrutarías», dijo despacio, con cautela.

«¡¿Qué?!». Jadeé. «¿De dónde has sacado semejante estupidez?».

Si lo hubiera tenido delante le habría partido el cráneo con la sartén quemada que se encontraba colgada en una esquina del carro. ¿Cómo se atrevía a acusarme de semejante barbaridad?

«Hay rumores sobre ti», explicó con un tono extraño. «Sobre el morbo que te daba el torturar y castigar a los sirvientes y algunos prisioneros».

«¿De qué…?». Me detuve en seco al comprender de dónde podían haber salido aquellos rumores. Sacudí la cabeza como si con ello pudiera sacar las malditas escenas que de repente inundaron mi cabeza de cuando la bruja... ¡No! ¡Aquella no había sido yo, sino ella! «No tienes ni idea de lo que me da morbo y lo que no», repliqué con aspereza.

Se hizo otra pausa.

«¿Por qué me mientes?».

Habría podido ponerme a reír. Era más fácil conseguir que la gente te creyera cuando mentías que cuando les contabas la verdad.

«No tengo por qué mentirte, eres un simple producto de mi imaginación», afirmé con frialdad mientras trataba de convencer a mi corazón que lo que pensara una voz imaginaria sobre mí no tenía ni la más mínima importancia.

«¿Entonces por qué…?».

«¡Basta ya!», lo corté enfadada. «No quiero hablar de ese tema. Déjame en paz».

Capítulo Doce

ANDREA



Aquella fue la primera vez que el Gabriel imaginario me obedeció desde que me había invadido la mente. Seguía sintiendo su presencia en el fondo de mis pensamientos, pero no hubo más preguntas, insultos, ni presiones. Era extraño que en vez de aliviarme, como debería haber hecho, me resultase incómodo.

Pronto llegamos a una zona donde las calles se estrecharon hasta el punto de que temí que nuestro carro acabara atascándose entre las sucias paredes torcidas, convirtiéndonos en el blanco fácil de los dueños cuyos ojos nos acechaban desde la oscuridad. Por cómo me picaba la piel, habría apostado a que la mayoría de aquellas miradas se encontraban puestas sobre mí. Por fortuna, Zicki era bueno conduciendo y los caballos zombis sabían cuándo obedecer (al menos cuando querían).

Entre las nubes de ceniza gris que parecían perseguirnos por el cielo y las intensas sombras que proyectaban las edificaciones cada vez más angostas por las que pasábamos, los callejones se encontraban tan oscuros que daba la impresión de que estaba anocheciendo, y eso cuando la diferencia entre el día y la noche en aquella dimensión era apenas perceptible y era más una convención social que un verdadero fenómeno natural.

Algunas de las casas de apartamentos estaban tan inclinadas que parecían desafiar la ley de la gravedad de una manera surrealista, lo que me hacía preguntarme si las habitaciones en el interior estarían igual de desniveladas.

Era un silencio opresivo el que reinaba en aquel suburbio, roto solo por el constante goteo de agua desde algún canalón roto y el chillido de alguna rata o bicho, que seguramente tenía más valor que sesos para exponerse a las amenazas que poblaban aquellos tenebrosos rincones y, encima, señalizar su existencia a los hambrientos monstruos.

Los pocos habitantes que se atrevían a aventurarse a la calle se movían con un cauteloso sigilo y mantenían sus rostros ocultos bajo capas sucias y deshilachadas. A veces, resultaba hasta tétrica la forma en que se fundían con los soportales de las casas a nuestro paso.

Zicki y Zeze estaban familiarizados con la barriada, ya que, poco antes de llegar, habían sacado sus armas para tenerlas a mano y estudiaban el entorno con los hombros cuadrados y expresiones adustas. No me extrañaba.

A pesar de las sombras que lo cubrían todo como un manto, el aire rancio y caliente era denso y estaba cargado con la tensión ansiosa que solía anunciar un peligro inminente. Incluso la presencia muda de Gabriel en mi mente se había vuelto más tangible, como si también él estuviera preparándose para algo.

Sin dejar de escrutar los alrededores, copié a mis secuestradores: enderecé la espalda y posé la mano con disimulo sobre las dagas que llevaba ocultas bajo la ropa. Era una suerte que a Zicki

y Zeze nunca se les ocurriera revisarme. Cómo se les pasaron por alto cuando me cosieron las heridas era un misterio, pero estaba segura de que, de haberlas visto, se las habrían quedado. Resultaba dudoso que Zeze pudiera resistirse a unas dagas con aleación de titanio, con los mangos de plata labrada y dos esmeraldas en cada uno, cuando podía haberlas vendido por un buen dinero.

En realidad, más que preocuparme por las posibles amenazas de aquel suburbio, me interesaba su promesa de anonimato. Solo los más fuertes y los que mejor sabían agachar la cabeza solían sobrevivir en sitios como aquel, en los que pasar desapercibidos era un requisito y los secretos una moneda de cambio habitual. En un barrio así, en el que nadie quería que se le encontrara o reconociera, era mucho más fácil volverse invisible y fundirse en el entorno. Y eso era justo lo que yo necesitaba durante los próximos doce meses.

A medida que avanzábamos, el paisaje se tornó cada vez más desolador. Los edificios ennegrecidos se alzaban sombríos a nuestro alrededor, la mayoría con ventanas rotas y algunos con puertas tapiadas con tablones desvencijados. Los escombros se acumulaban por las calles y crujían bajo las ruedas a nuestro paso, haciéndome rechinar los dientes. Hasta los charcos de agua putrefacta rodeados por cucarachas aportaban su granito de arena al macabro paisaje. Al reflejar el cielo rojizo parecían portales dimensionales a otros infiernos dentro de Infierno.

Como para confirmar la existencia de esos infiernos alternativos, de las grietas en el pavimento brotaban pequeñas llamas que lamían el aire con lenguas famélicas e iluminaban los rostros demacrados de mendigos y criaturas monstruosas, acurrucados en los rellanos, mientras trataban de plegarse sobre sí mismos y hacerse más pequeños en un esfuerzo por pasar desapercibidos.

De repente, como si al cruzar de una calle a otra hubiésemos atravesado un umbral y entrado en otra dimensión, la tenebrosa ambientación cambió de un modo drástico. El silencio opresivo dio paso a desafinadas melodías musicales, risas ebrias y alegres gritos soeces. El hedor de cerveza rancia, vino barato, carne chamuscada y orina, se sobreponían al del azufre y las aguas estancadas creando una atmósfera asfixiante pero extrañamente festiva, que me hizo encoger la nariz con una mueca y removerme incómoda en mi asiento.

Fue fácil adivinar el motivo de tanta algarabía al vislumbrar las luces de colores que parpadeaban desde las ventanas de los locales abarrotados, invitando a los incautos a adentrarse en sus fauces.

Por si los grupos de borrachos tambaleándose por las calles y las mujeres vestidas con chillones colores y escotes vertiginosos no hubieran sido suficiente indicio de dónde nos encontrábamos, sobre la puerta de los establecimientos colgaban carteles con nombres tan creativos como La taberna del abismo, El caldero de los condenados, La posada del fuego eterno, El refugio del diablo o El templo de la lujuria. Quien no se daba cuenta de que eran tabernas, burdeles y posadas o las tres a la vez, o era tonto o acababa de salir de un monasterio.

Las rameras que interactuaban con los transeúntes no tenían ningún pudor en exhibir la mercancía que ofertaban, dejando asomar sus pezones por encima de apretados corsés que habían visto tiempos mejores. La mayoría de ellas se habían recogido las largas faldas en la cintura para ofrecerle a su público una generosa vista de sus piernas y el inicio de la ropa interior que les llegaba a las rodillas.

De no ser por lo acostumbrada que estaba al mundo humano y su vestimenta casi inexistente, o al sofisticado exhibicionismo en la corte de Azrael, donde «mostrar sin enseñar» se había convertido en un arte, probablemente me habría escandalizado.

Sonreí para mis adentros al recordar la primera vez que Malael y Cael me habían llevado con

ellos a la dimensión humana como parte de mi entrenamiento de diplomática y espía real. Casi se me salieron los ojos de las órbitas de la conmoción al asistir a una fiesta junto a una piscina, donde las mujeres no solo bailaban prácticamente desnudas, sino que se lanzaban al agua con lo que, en aquel entonces, me había parecido una escandalosa ropa interior (aunque después me explicaran que se llamaban bañadores o bikinis y que estaban diseñados de forma específica para bañarse y tomar el sol). Creo que habría seguido sin poder respirar si Cael no me hubiera dado unas buenas palmadas en la espalda mientras se partía el culo a mi costa, incluso con lágrimas en los ojos. Hasta Malael, que era bastante más cohibido y serio que su hermano, había estado riéndose por lo bajo. ¡Malditos imbéciles! Echaba de menos su presencia en mi vida y el compañerismo que teníamos por aquel entonces. Cuando empezaron a quemarme las córneas, regresé al presente y me obligué a prestar atención.

No importaba que fueran diablesas, enanas, mujeres licántropas con vello en el pecho y más pezones de los que era capaz de contar, cada una de aquellas prostitutas apelaba a su propia clientela con gustos particulares, a deducir por cómo las devoraban con la mirada los hombres desde las tabernas.

Zicki detuvo sus caballos zombis al final de una animada callejuela empedrada, justo debajo de un cartel dorado de madera tallada que anunciaba «La cueva del pecado» y que ondeaba con un inexistente viento sobre la entrada del establecimiento.

Antes de que a Zeze le diera tiempo de saltar al suelo, tres exuberantes rameras se acercaron contoneando sus tentadoras curvas con enormes sonrisas que dejaban entrever puntiagudos dientes tintados de tinto.

—¡Zicki! —Una rubia tetona con una voz ronca y un matiz masculino repartió codazos hasta adelantar a las demás y escaló el carro para lanzarse sobre el grueso cuello del demonio—. ¡Has vuelto! Te había echado de menos. ¿Cómo se te ocurre dejar pasar tanto tiempo sin venir a verme?

¿Eran imaginaciones mías o el gruñón demonio gigante acababa de sonrojarse? Mis ojos se abrieron de par en par cuando descubrí que Zeze no compartía la timidez de su socio y hermano, y saltó al suelo con un guiño, que imagino pretendía ser pícaro, aunque a mí me hizo estremecer de asco.

Antes de que pudiera parpadear, Zeze estaba haciéndole una limpieza de paladar a una ogra de piel verdosa mientras sus manos se incursionaban debajo de la falda de una venus llena de curvas, mitad sirena y mitad demonio como él, que rodaba los ojos al mismo ritmo que sus exagerados gritos abandonaban su garganta.

Aquello… daba miedo. La verdad.

«¿Qué está pasando?», preguntó Gabriel, recordándome que seguía allí conmigo.

«Hemos llegado al burdel», musité. «Creo que voy a potar».

«¿Estás ansiosa?». Gabriel sonaba preocupado.

«¿Qué? ¿Por el burdel?». Parpadeé. ¿De dónde había sacado semejante ridiculez? «No. No creo que el local pueda ser mucho peor que un club de estriptis o uno de intercambio de parejas en la dimensión humana. Además, todavía no hemos entrado, seguimos en la puerta».

¿Desde cuándo las voces en tu cabeza tosían como si se hubieran atragantado con algo? O mi imaginación estaba empezando a desbordarse o tanto tiempo en el inframundo comenzaba a pasarme factura.

«¿Necesitas una palmada imaginaria en la espalda?», le ofrecí con sequedad.

Gabriel me ignoró.

«¿Has estado en un club de sexo? ¿En uno de esos donde la gente practica sexo?».

Uhmmm…

«¿De qué otra clase hay? Creo que el nombre es lo bastante aclaratorio».

Se me escapó una carcajada real antes de que pudiera evitarlo y Zeze me lanzó una mirada ladeada con su lengua grisácea todavía dentro de la boca de la prostituta y un hilillo de baba amarillenta colgándole por la comisura.

¡Ufff! Menos mal que no había intentado nada conmigo mientras viajábamos.

«¿Estás pasando de mí?», gruñó Gabriel.

«¿Qué? Perdón. ¿Qué decías?».

«Te he preguntado para qué fuiste a esos sitios».

«¿En serio?».

«¡Sí, en serio!».

Resoplé.

«Si fuera un hombre, ¿le harías la misma pregunta?».

«¡Sé a lo que van los hombres a ese tipo de lugares!».

No sabía si reírme o enfadarme con la estúpida voz en mi mente.

«Bien, pues las mujeres vamos por casi las mismas razones», espeté. «Ya eres mayorcito, deberías saberlo».

«¿Casi? ¿Qué significa casi?».

«¡Por la madre de la Diosa! Para empezar no necesitas gritarme. Estás metido en mi cabeza, te oigo a la perfección. Y segundo, ¿en serio eres tan obtuso?».

«Andrea, contéstame».

Alguien necesitaba darle a ese hombre una pequeña lección y enseñarle habilidades sociales.

«Vosotros vais a meterla y nosotras a que nos las metan», solté irritada. «¿Necesitas un gráfico explícito de *qué* se mete *dónde*? Si quieres te encargo un manual de instrucciones».

«¿Las?». No tenía muy claro si aquel sonido gutural pretendía ser una pregunta, un gruñido animal o algún tipo de clave secreta, pero sonaba como si Gabriel estuviera a punto de abalanzarse sobre mí para estrangularme. Imagino que era una suerte que no tuviera una forma corpórea.

«Escucha», le advertí empezando a hartarme, «puede que tú no tengas las necesidades de una persona de verdad, porque solo eres una voz que ha creado mi mente enferma y necesitada de compañía. Una voz que, por cierto, se está sobrepasando. La cuestión es que soy una mujer de carne y hueso, tengo mis necesidades y los mismos derechos que cualquier hombre a satisfacerlas. Me importa un pepino si eso te gusta o no. ¿Te ha quedado claro?».

En lugar del griterío enfurecido que me había esperado, me replicó con un tono tan bajo y peligroso que alguien debería haber sacado una ley para prohibirlo.

«Puedes estar absolutamente segura de lo claras que me han quedado tus necesidades y de lo que necesitas para satisfacerlas», ronroneó despacio en algo que sonaba tanto a amenaza como a promesa.

Por puro instinto, posé la mano sobre mi bajo vientre. ¡Diosa! ¿Cómo podía una voz ser tan sexi?

Si no hubiera aparecido Zeze a mi lado, dándole tirones a la cuerda para aflojarla y soltarme del travesaño al que me habían atado, le habría pedido a Gabriel que volviera a ronronearme.

—Vamos, baja del carro —exigió el demonio, tirando con impaciencia de mis cuerdas para arrastrarme tras él. Mis piernas, rígidas por las horas de viaje y las dos semanas en que apenas había andado, temblaron inestables—. Tengo cosas mejores que hacer que cuidar de una chupasangre mortal.

Una de mis rodillas cedió al bajar del carro y por poco no acabé estampada en un charco que olía a pis añejo. ¡Maldito imbécil! Mi irritación solo creció cuando Zicki arrancó el carro, con la prostituta rubia sentada sobre su regazo, y me salpicó el pantalón con algunas gotas del apestoso charco.

¿Por qué demonios no podían terminar mis desgracias de una puta vez?

«Andrea, concéntrate. Tienes que estar alerta», me advirtió Gabriel con una repentina sobriedad.

«Interesante», mascullé. «¿Los hombres no pensáis cuando estáis alerta?».

«Ponte seria o, la próxima vez que te vea, te pongo sobre mi regazo y te doy unas buenas nalgadas».

Maldije para mis adentros cuando me trastabillé.

«Tsss, debo de tener las hormonas alteradas cuando los murmullos en mi cabeza empiezan a hablar sucio. De todos modos, y solo a efectos de que no te hagas ilusiones con respecto a eso, la única de los dos que va a darle azotes al otro soy yo. Si eso te pone, por mí bien, si no, tenlo presente la próxima vez que pretendas amenazarme».

«¡Andrea!».

«Tranquilo grandullón. Lo tengo todo controlado. ¿Por qué crees que estoy tan calmada?», mentí.

Zeze tiró de mí como si fuera un perro amaestrado que le debiera obediencia y se adelantó con una prostituta de cada brazo, morreándose con una y amasándole las tetas con descaro a la otra. Me faltó poco para lanzarme sobre su espalda y usar la misma cuerda con la que me retenía para asfixiarlo.

«¿Qué clase de idiota le da la espalda a su prisionera?», siseé mosqueada en mi mente.

Era insultante lo poco peligrosa y capaz que me consideraba. «Empiezo a plantearme que lo del baño, después de todo, está sobrevalorado. Además, debería matarlo antes de bañarme, no después. Es mucho más limpio».

«Contrólate. Es bueno que te infravalore. Eso te facilitará el escape».

Fruncí el ceño.

«Pensé que querías que me escapara antes de entrar en el burdel».

¿Hubo un titubeo o eran imaginaciones mías?

«Las circunstancias han cambiado».

«¿Qué es lo que ha cambiado?», indagué, poniéndome alerta.

«Que ahora me consta que tienes recursos para salir de ahí antes de que puedan ponerte una mano encima».

Si Zeze no hubiera estado tirando de mí, me habría parado en seco.

«¿Me estás tomando el pelo?».

«¿Por qué iba a hacer eso?».

Me pasé una mano por los ojos.

«Debe de ser el cansancio y el hambre. No tiene lógica que de buenas a primeras seas tan amable y considerado conmigo».

«Puede que yo también esté cansado. O, a lo mejor, simplemente prefiero no alterarte para que no pierdas la cabeza y cometas alguna locura».

«¡¿Ves?! El Gabriel real nunca admitiría una debilidad y tampoco habría perdido la oportunidad de machacarme».

«¿Estás segura de que conoces al Gabriel real?».

Debería haberme puesto a reír de lo ridícula que era aquella conversación.

«El único Gabriel *real* que tú conoces es el que tengo en mi cabeza, deberías saber más que de sobra cómo se comportaría si me viera en esta situación», me mofé. «¿No será que estás empezando a perder el norte y a confundirlo a él contigo?».

No hubo respuesta.

Capítulo Trece

ANDREA



Cinco linternas de cálidas luces rojas flotaban frente a la entrada del burdel en un lento baile, más como un reclamo para los clientes que para iluminar la sucia acera, cubierta de mugre y paja. Tenía que admitir que el toque de magia le daba al establecimiento una pizca de gracia femenina del que carecían el resto de los locales por los que habíamos pasado. Si eso significaba que estaba dirigido a una clientela más distinguida era algo que no sabría afirmar con certeza.

La pesada puerta de madera, sin embargo, era impresionante. Estaba cubierta por intrincados diseños tallados de criaturas fantásticas en toda clase de posturas sexuales, que se movían y contorsionaban con expresiones de concentración, como si fueran ajenos a los visitantes o a quien pudiera estar observándolos.

¡Por la Diosa! ¿Aquello era una sirena con un centauro? Si alguien me hubiera preguntado, hasta ese momento ni siquiera habría podido imaginarme la logística de semejante unión. Y… Un momento… ¿Qué hacían esas gnomos sentadas sobre los dedos del pie del gigant…? ¡Ufff!

Corrí tras Zeze, antes de que la puerta pudiera hacerle un daño irreparable a mi *inocencia* y me causara pesadillas durante las próximas semanas. ¡Y yo que pensaba que tenía experiencia! Estaba claro que, cada día, una aprendía algo nuevo, incluso cosas que preferiría seguir ignorando.

Dos estatuas de piedra de demonios en posturas sugerentes y genitales expuestos con extraordinario detalle flanqueaban la entrada al vestíbulo. Eran tan reales y estaban tan bien hechas que llegué a alzar la mano para rozarle los marcados pectorales a una de ellas.

«¿Qué estás haciendo?».

Gemí para mis adentros. De entre todas las voces que podría haberme imaginado, ¿por qué tenía que elegir la de un Gabriel gruñón y malhumorado? Mi hermana me habría retado a tocar los demonios entre las piernas. Conociéndola, hasta me habría incitado a medirle los atributos y nos habríamos reído juntas. Podía imaginarme su cara si, además, le contaba que no solo tenía un pene, sino dos, uno más largo y fino y otro más corto y ancho. ¡Lo que nos habríamos divertido!

Solté un resoplido de resignación. Lo mío era masoquismo puro y duro. No cabía otra.

«He tocado una estatua de piedra para comprobar que era real».

«¿Y para eso tenías que tocarle los pectorales en lugar del brazo? ¿Qué crees que habría pasado si hubiera sido real?».

«¿Cómo es que unas veces sabes lo que hago o veo y otras me lo tienes que preguntar?».

Gabriel soltó un bufido irritado.

«Porque a veces lo sé y otras no. No cambies de tema».

«¡Por el amor de la Diosa, ¿qué demonios es ese olor?!». Me llevé una mano a la nariz,

arrugándola con disgusto cuando el intenso humo a incienso del vestíbulo dio paso de golpe a un hedor acre a sudor y sexo, que se entremezclaba con el dulzón y empalagoso aroma de los aceites florales y el especiado vapor que desprendían los calientes brebajes alcohólicos que varias camareras, ataviadas solo con joyas, corsés y enaguas, servían en jarras de peltre a los clientes del local.

En un amplio salón oscuro de tonalidades rojas y negras, varias lámparas mágicas flotaban sobre mesas redondas, proyectando una luz anaranjada y cálida sobre ellas, lo que proporcionaba una cierta sensación de intimidad a la gente que se encontraba sentada, reclinada o directamente tendida sobre divanes y enormes cojines.

Mujeres ligeras de ropa reían y flirteaban con hombres y monstruos por igual, haciéndoles creer que eran más importantes de lo que eran en realidad. Los clientes, algunos sin camisa, fumaban opio de sus pipas y se dejaban agasajar por ellas como si no tuvieran nada más importante que hacer con sus vidas.

Al fondo del local, un enano barbudo con un taparrabos tocaba una estridente gaita, mientras una ninfa cubierta por un velo transparente contoneaba las caderas en una sensual danza, tratando de captar la atención de los pocos hombres que no estaban ya ocupados con las otras rameras. Por las risas, murmullos, gemidos, jadeos y gruñidos que llenaban el local, pocos eran los que les prestaban atención, al menos a lo que a la música se refería.

No le había mentido a Gabriel. Había estado en clubs nocturnos y de estriptis, clubs de BDSM en los que miraba más que participaba, e incluso había usado en alguna ocasión una página de contactos para una cita de una sola noche, pero esa era la primera vez que pisaba un burdel de verdad.

Parpadeé despacio cuando un demonio fornido me cogió de la cintura y me sentó sobre su regazo sin hacer ni siquiera el intento de pedirme permiso o tratar de ganarse mi favor.

—Pelirroja y con fuego en la mirada. —Sus ojos se agrandaron cuando mis colmillos se extendieron, y no fue porque quisiera probar su sangre negra y amarga, sino porque tenía toda la intención de desgarrarle la garganta—. ¡Y tienes colmillos! —gritó tan alto que varios de sus compañeros dejaron lo que estaban haciendo y se giraron interesados hacia mí.

—Lástima que no tenga un poco más de tetas —intervino con un farfullo ebrio uno de sus compañeros—, pero lo de los colmillos no me importaría probarlo. ¿Eres una chupasangre de verdad? ¿Es cierto que con la toxina que lleváis en los colmillos podéis hacer que un hombre se corra varias veces seguidas sin perder su erección? ¿Me morderías antes o después de que te folle? Creo que me vendría bien antes. Ya me he corrido y le está costando levantarse otra vez. —El demonio de ojos rojos, señaló a la ramera arrodillada entre sus piernas, la cual me echó una mirada de ruego, no sé si para que le arrancara la cabeza a su cliente, o la ayudara a terminar aquel trabajo y poder largarse.

Mi gruñido se fundió con otro más profundo y masculino que reverberaba en mi mente.

«Sonríe, levántate despacio y lárgate. Hay al menos veinte de ellos con el mismo escudo bordado en su capa. Lleva los dos dragones y el ojo sangrante de la casa dirigente local».

Me tomó toda mi fuerza de voluntad no fruncir el ceño al ver las capas descartadas con descuido sobre el respaldo del sofá. Gabriel tenía razón en que había muchos hombres con el mismo tipo de pantalones y botas, veintidós distribuidos por el local para ser exacta, pero hasta que él no lo había señalado, ni siquiera había reparado en las capas.

«Se merecen que les corte las lenguas y las manos», siseé enfadada de que Gabriel se atreviera a pedirme que me controlara, a pesar de que supiera cómo acababan de denigrarme. Aunque puede que me enfadara más el hecho de que él se hubiera percatado antes que yo de que

seguramente se trataban de militares o guardias. Había deslices que eran imperdonables si quería sobrevivir y aquel era uno de ellos.

«Nadie te está pidiendo que no lo hagas, solo que reserves tu necesidad de venganza para un momento más propicio en el que ellos no cuenten con la ventaja de luchar en grupo y no esté en juego la posibilidad de que la casa dirigente vaya a por ti».

Le lancé otro siseo mental, aunque solo fuera para hacerme oír. Por desgracia, su lógica era impecable. Apenas habían pasado dos semanas desde que escapé de los cazadores de Azrael, y no quería volver a formar parte de otra lista negra en el Inframundo. Si también le ponían precio a mi cabeza allí, ya no me quedaría ningún otro sitio al que huir.

Retuve mis ansias por clavarle una de mis dagas en los ojos al demonio que me había sentado sobre su regazo y me limité a arquear la espalda y echarme atrás cuando me llegó su aliento a vino rancio.

La ramera morena que estaba montando a otro de los amigotes me lanzó una malévola mirada de advertencia a través de sus ojos entrecerrados. La ignoré. Costaba trabajo tomarla en serio cuando sus pechos descubiertos rebotaban como yoyós con sus enérgicos movimientos y su cliente, a pesar de tener gotitas de sudor recorriéndole la frente y el torso, estaba más centrado en mí y en que le rellenaran la copa que en ella.

—¡Por el Señor Devorador de Almas, ¿qué es ese olor a pescado podrido y mierda?! —chilló, olvidándose por un momento de mantener el ritmo de sus exagerados gemidos.

«¿Sabes algo sobre ese Devorador de Almas del que todo el mundo habla?», le pregunté a Gabriel que, a pesar de vivir en mi mente, parecía saber más que yo sobre aquel mundo.

«Que es mejor que no lo conozcas», replicó con aspereza.

«¿Es real?».

«Tan real como nosotros».

Traté de ignorar al tipo que me tenía sentada sobre su regazo cuando me olisqueó el cuello y encogió los hombros.

—Las he tenido peores.

Se me revolvió el estómago. Que estuviera acostumbrada a mi propio hedor no significaba que no pudiera imaginarme lo que debió de ser eso. Alrededor de la mesa, algunos hombres rieron, incluso el tipo que tenía a la morena montándolo como si fuera una pelota de pilates.

«¿Sabes, Gabi?, cada día me resultas más gracioso. ¿Desde cuándo te crees real?».

«Te he dicho que no me llames así», gruñó en lugar de responderme.

—Si conocieras a su mujer, ni te lo plantearías —dijo el demonio de la morena, llevándose su copa a los labios y vaciándola de un solo trago. Había que reconocerlo, se necesitaba mucho arte para poder hacer eso sin derramar una sola gota mientras una amazona te montaba como si fueras un toro mecánico de una feria humana.

«Si fuera la esposa de este capullo, no me lavaría, solo para que mantuviera sus manazas apartadas de mí», le confesé a Gabriel. «Apuesto a que eso es justo lo que esté haciendo la mujer», agregué con sequedad.

«Es un demonio muerto, no necesitas preocuparte de lo que harías si fueras su esposa. Jamás lo serás. Ahora levántate y aléjate antes de que no haya vuelta atrás».

«¿A qué te refieres con eso de que es un demonio muer…?».

—Me gustan las mujeres que huelen a hembra —se defendió el demonio sobre el que me encontraba sentada.

«Vaya, eso hasta habría sido romántico si se hubiera referido solo a su esposa», me mofé.

La carcajada reseca se perdió en mi garganta cuando Zeze me agarró con brusquedad del

brazo y tiró con tal fuerza que chillé de dolor cuando mi rodilla impactó contra el suelo.

—Señores, me temo que para probar a esta ramera tendrán que esperar a que nuestra querida *Madame* Salomé la adquiera. —Sin esperar la respuesta de los capullos, Zeze me arrastró tras él murmurando maldiciones—. Nada de hacer dinero por tu cuenta. Voy a darte un consejo. *Madame* Salomé no es de las que se andan con chiquitas. Si te pesca birlando sus ganancias, lo menos que hará será cortarte un dedo. Pregúntale a la Silvana, a la que ya le faltan tres dedos del pie porque no aprendió la lección a la primera.

Tras cruzar un arco de piedra cubierto de intrincados signos arcanos, Zeze se detuvo ante un tipo moreno apoyado con cara de aburrimiento contra una columna.

—Tengo algo que creo que a *Madame* Salomé podría interesarle.

El tipo me repasó sin prisas de arriba abajo.

—Ya tenemos bastantes pelirrojas, y esta es canija. Ni siquiera tiene tetas. ¿Por qué le iba a interesar a *Madame* Salomé?

«¡Maldito cabrón hijo de puta! ¿Has escuchado eso?». No sabía por qué compartía mi indignación con Gabriel. Supongo que necesitaba hacerlo con alguien y él era el único al que no le quedaba más remedio que escucharme.

«Bueno, en eso de que eres canija tiene razón».

«¿Por qué esperaría que fueras a apoyarme?», mascullé irritada ante la diversión en su tono. «Este es justo el Gabriel al que conozco. Solo te falta hacer un comentario despectivo sobre mis pechos. ¡Adelante! No te reprimas».

«Creo que son perfectos».

—¿Qué? —Estaba tan sorprendida por su respuesta que se me escapó en alto, y el tipo del burdel y Zeze me miraron con las cejas alzadas.

«Me caben en las manos, son redondas, turgentes y le pertenecen a mi *shangrile*, y por tanto a mí. ¿Qué más podría desear de unos pechos femeninos?».

Abrí la boca y volví a cerrarla, sin saber qué replicar a eso.

—Es una vampiresa mortal —soltó Zeze apresurado, apartando la atención de mi extraño comportamiento—. No es algo que se pueda encontrar en cualquier parte.

El aburrimiento del tipo fue sustituido por interés cuando volvió a revisarme como si fuera una mercancía a la que estuviera buscándole alguna tara. Preferí centrarme en la presencia de Gabriel en mi mente.

«Gracias».

—¿Cuántos años tiene? —preguntó el desconocido, del que aún no tenía claro a qué especie pertenecía.

—Mil doscientos años —mintió Zeze.

¿Mil doscientos? Reprimí una carcajada. Ni siquiera había cumplido aún los quinientos.

El tipo se despegó de la columna y se acercó a nosotros. Siseé cuando me alzó los labios para inspeccionarme los colmillos y Zeze reforzó su agarre sobre las cuerdas con las que me tenía atadas las muñecas.

—Se conserva bien, y con tantos años ha tenido que aprender una cosa o dos.

¿Con tantos años? Con cuatrocientos veintiuno era considerada una benjamina por los de mi especie. De hecho, era una de las más jóvenes de la corte. ¡Idiota!

—Ya te digo —replicó entusiasmado Zeze—. Ya sabes lo exigente que soy.

El tipo asintió como si no hubiera nada más que preguntar y se fiara de lo que le había contado el mentiroso de Zeze.

—Veré si *Madame* está disponible.

«¿Desde cuándo necesitas que alguien te reafirme lo hermosa que eres?». La pregunta de Gabriel me tomó por sorpresa.

«¿No lo necesitamos todos alguna vez?».

«Se te conoce en la corte por lo soberbia y engreída que eres».

Fue difícil no sentirme insultada por su comentario. ¿Era así como me veía? ¿Soberbia y engreída?

«Se me conoce por muchas cosas, lo que no necesariamente significa que sean ciertas», repliqué con frialdad.

—¿Todos los hombres de esta dimensión son tan imbéciles como ese tipo? —le pregunté a Zeze antes de que Gabriel pudiera seguir hablándome.

Los ojos rojos de Zeze se entrecerraron, pero acabó por soltar algunas carcajadas.

—Si eres lista, puedes convertirte en una de las favoritas de este lugar. Las mujeres como tú saben cómo manipular a los hombres.

—¿Y de qué me serviría convertirme en una de las favoritas? —pregunté con sarcasmo.

No tenía ni la más mínima intención de intentarlo, pero no podía decir que no me interesara descubrir el porqué de esa sugerencia, además de que, mientras siguiera conversando con Zeze, Gabriel no podía seguir interrogándome.

—*Madame* Salomé cuida de las chicas que han sabido ganarse sus favores. Mejores habitaciones, camas más grandes, comida suficiente para manteneros sanas y, a veces, hasta os deja conservar los regalos que os hagan los hombres.

La repentina ráfaga de aire apenas fue anuncio suficiente para el estruendo con que se cerró una puerta de golpe. El ambiente cambió al instante.

«Andrea, compórtate. No cometas ninguna locura ahora», me avisó Gabriel alarmado.

Mi espalda se puso rígida. Supe quién había llegado, incluso antes de verla, y no fue por el intenso perfume oriental que la precedía, sino por cómo Zeze se irguió, echando los hombros atrás, y todo rastro de sarcasmo o burla desapareció de su rostro.

Me giré despacio, preparándome para lo que estaba a punto de encontrarme. Para mi sorpresa, en lugar del monstruo deformado y horrendo con el que había esperado toparme, la mujer que se acercaba, con ademanes determinados y postura regia, era una belleza elegante y sofisticada, ataviada con un vestido de terciopelo negro que rozaba el suelo, y tenía el cuello adornado con joyas de pedrería roja que tintineaban con suavidad mientras se deslizaba sobre el suelo de una forma casi etérea. Al fin comprendí qué era lo que inspiraba aquel respeto que rayaba el miedo en la gente que se había cruzado con ella. Eran las gafas negras que ocultaban sus ojos y las decenas de pequeñas serpientes que conformaban su cabello y se retorcían y susurraban como si tuvieran vida propia lo que despertaba el terror en su presencia.

Los demonios de piedra en el vestíbulo adquirieron un sentido completamente diferente. ¿Y no había visto también algunas estatuas de piedra en el salón? Me costó trabajo suprimir el escalofrío que me recorrió la nuca, pero lo último que quería era que ella se percatara de ello.

Sus labios fruncidos en una mueca de desdén auguraban su mal genio y, cuando finalmente posó su mirada sobre mí, incluso sin poder verle los ojos, podía sentirlos inquisitivos y calculadores.

«¿Estás ahí?», llamé en mi mente.

«Sabes que sí». La profunda voz de Gabriel me devolvió de inmediato la calma. «Agacha la mirada. Evita mirarla a los ojos. Salomé es conocida por su temperamento volátil. No aguantará a otra mujer manteniéndole la mirada. Si no la provocas, todo irá bien».

Sospechaba que ni él mismo confiaba al cien por cien en su consejo, pero supongo que tenía

razón.

—Bueno, bueno, ¿qué tenemos aquí? —canturreó Salomé con una tonalidad extrañamente melodiosa a pesar de la cualidad algo áspera de su voz.

Como si las palabras de Gabriel me hubieran condicionado a hacer exactamente lo contrario a lo que me indicaba, mi barbilla permaneció alta y mis ojos fijos en la gorgona.

Zeze se limpió agitado las palmas en su camisa. En las dos semanas que llevaba con él, jamás lo había visto así de ansioso. Tragué saliva cuando *Madame* Salomé se detuvo frente a mí. Ignorando a Zeze, me levantó la barbilla con un dedo frío, largo y delgado que me provocó un escalofrío.

No me moví mientras me inspeccionaba de cerca. No era la primera vez que alguien lo hacía. Odiaba que me evaluaran como si no fuera más que una mercancía. Era como mi padre y sus socios solían mirarme. Como Azrael me había contemplado en más de una ocasión.

«¡Andrea, baja la mirada!».

No lo hice. Tampoco apreté la mandíbula o los puños como solía hacer cuando un hombre me evaluaba como si fuera una yegua o ganado. Por el contrario, me distraje estudiándola a ella. Tenía algunas arrugas finas bajo su capa de maquillaje, revelando que tenía más edad de la que aparentaba a primera vista. Aun así, conservaba su hermosura y no dejaba ninguna duda sobre cuán perfecta debió de ser su piel en el pasado.

Sus dedos repasaron mi rostro, bajando por mi cuello y hombros, en lo que casi podría haberse confundido con una caricia de no ser por su precisión clínica. Era minuciosa hasta un punto incómodo y, para mi bochorno, me arrancó un estremecimiento tras otro bajo su escrutinio, en especial, cuando me abrió la boca para revisar mis colmillos y me dejó saborear una gota de su sangre.

Mis ojos se cerraron por voluntad propia y ni siquiera traté de liberarme cuando dos brazos fuertes me sujetaron desde atrás mientras chupaba el dedo tratando de extraerle más de aquel delicioso y adictivo néctar.

No me di cuenta de que era yo quien estaba gimiendo hasta que me encontré con la curvatura de su sonrisa cruel frente a mí.

—De modo que es verdad —soltó *Madame* Salomé despacio, ladeando la cabeza mientras me estudiaba con renovado interés—. Eres una vampiresa mortal. Lo que solo puede significar que tu presencia aquí se debe a que, eres tonta, o has caído en desgracia en alguna de las otras dimensiones. —Mi estómago gruñó hambriento al observar cómo se limpiaba los dedos con los que me había tocado con un pañuelo de encaje, dejando un rastro rojizo sobre el inmaculado blanco. Gemí para mis adentros ante tanto desperdicio. Su sangre era lo más exquisito que había probado en meses. Una parte de mí quiso rogarle que me dejara chupar de nuevo su dedo, otra me advertía que, si me rebajaba a ello, acabaría atrapada en una red de la que sería difícil escapar —. Y, además, eres una mujer que tiene el valor de mirarme a los ojos. Aunque hay quien diría que eso confirma que eres estúpida.

«¡Andrea, no lo hagas!».

Arqueé una ceja, ignoré a Gabriel y le mantuve la mirada a *Madame* Salomé.

—¿Y usted? ¿Cree que soy estúpida?

Capítulo Catorce

ANDREA



Resulta que, si le mantienes la mirada a una mujer capaz de convertirte en una estatua de piedra con solo bajarse las gafas, no solo eres estúpida, sino también una gema de un extraordinario valor a la que ella está más que dispuesta a sacarle un buen rendimiento económico.

Suspiré feliz cuando una sirvienta le echó otro cubo de agua a la rudimentaria bañera de madera. Si alguien me hubiera arrancado el corazón en ese instante y me hubiera dejado morir, habría sido feliz. Después de elegir una fresa de la bandeja que me habían colocado sobre una mesita cercana, la inspeccioné para comprobar que no estaba mordisqueada y me la metí entera en la boca. No era tonta, sabía que las frutas, quesos y pan que me habían dado solo eran las sobras de los clientes que podía escuchar abajo en el salón principal del burdel, pero, después de mi experiencia con Zicki y Zeze y la dieta diaria a base de pan duro y bacalao, que apenas me llenaba el estómago una vez al día, cualquier remilgo que pudiera tener de mi época en la corte había desaparecido. Además, quien me había elegido las sobras lo había hecho con cuidado, escogiendo solo la comida intacta.

Con el dulzor fresco explotando sobre mi paladar, sumergí la cabeza en el agua caliente con un largo «mmm» y resistí la tentación de seguir respirando bajo el agua para que mis fosas nasales también se limpiaran y se inundaran del delicioso aroma a aceites de lavanda y esencia de miel que flotaba en la superficie de la bañera. Después de aguantar el hedor del río Styx sobre mi piel y ropa durante las últimas dos semanas, los ricos aromas del vapor que me envolvía no parecían ni de lejos suficientes para que arrastraran consigo un olor que parecía haberse estampado en mi memoria de forma indeleble.

Dos veces habían tenido que vaciar la bañera las viejas rameras que me había asignado la *Madame* para que me ayudaran. Aunque sospechaba que el auténtico motivo de su presencia era que Salomé me quería tener vigilada, asegurándose de que la nueva estrella de su negocio saliera a la venta con el brillo que creía haber vislumbrado bajo tanta mugre. Por mi parte no había problema. Si sacarme ese brillo implicaba tener agua limpia y caliente y comida para llenarme el estómago, por mí podía asignarme otras diez rameras más.

Ni siquiera me había quejado cuando había tenido que pasar por la sádica tortura de que me restregaran la piel hasta dejarla irritada y sensible e inmaculadamente limpia, antes de que por fin pudiera sumergirme en una nueva bañera y relajarme de verdad.

Al emerger, una de mis guardianas me echó agua templada sobre la cabeza para arrastrar consigo los aceites esenciales y me envolvió la cabeza con una toalla de lino. Con otra toalla enrollada colocada en el borde de la bañera, eché la cabeza atrás y cerré los ojos. Me daba igual cuáles habían sido las intenciones de *Madame* Salomé al asignarme a aquellas mujeres, una

muda y sin lengua y la otra extranjera e incapaz de entenderme. Aquello era gloria, pura e indescriptible gloria.

No me había dado cuenta de cuánto había echado de menos tener sirvientas a mi alrededor para que me ayudaran y me hicieran la vida más fácil, hasta que las manos arrugadas de la ramera muda me masajearan el cuero cabelludo y me cubrieran las puntas con un espeso mejunje para hidratarlas, mientras la otra me eliminaba las durezas de los pies con una piedra volcánica. Mi mente voló hacia Celia y Pedro, mis sirvientes en el palacio. Esperaba que ambos se encontraran bien y que no los hubieran castigado después de que los dejara atrás. Me sentí culpable. Si alguna vez volvía a verlos, les explicaría la verdad de lo que pasó y les pediría disculpas por haberles fallado. Ojalá pudieran perdonarme. Cerré los ojos con un pesado suspiro.

No quería trabajar en un burdel y someterme a más cabrones misóginos y sedientos de poder que me usaran para sus propios fines y caprichos. Ya había tenido bastantes de esos en mi vida. Y, por si eso no hubiera sido suficiente, durante el rato que había pasado sentada sobre el regazo de aquel demonio gilipollas con manos de pulpo en el salón principal, había tenido oportunidad de sobra de comprobar la clase de clientes imbéciles y guarros acudían allí. No, no quería ser una ramera, pero con otro tipo de trabajo… Podría estar tentada a quedarme y replantearme mi futuro en el Inframundo incluso más allá del año que necesitaba para que me olvidaran en las otras dimensiones. El empezar de cero y olvidarme de mi pasado resultaba mucho más tentador de lo que nunca antes me había imaginado.

Mi ceño se frunció y, como cada vez que pensaba en la posibilidad de que Gabriel me olvidara, una pesada sensación de vacío me invadió el pecho. ¿Me habría dado ya por muerta? ¿Se lo habría comunicado a Azrael para que cesaran la inútil tarea de buscarme? Y si lo había hecho, ¿sentiría Gabriel el mismo hueco vacío que yo en el lugar donde debería encontrarse nuestro vínculo? O, por el contrario, ¿se habría sentido liberado y estaba rehaciendo su vida en la corte, con otras mujeres… Con otras amantes…? Frotándome el pecho en un intento por deshacer el dolor, abrí los ojos, solo para descubrir que me encontraba a solas en la habitación.

«¿Gabriel?».

«*Shangrile*».

«Me gusta que me llames así», admití.

Mis palabras parecieron tomarlo por sorpresa, porque tardó unos segundos en responder.

«Por extraño que parezca, se siente correcto llamarte así».

«Tsss… Muy romántico», espeté con sequedad ante la sorpresa en su tono. Al menos podría haberla ocultado o haberlo dicho de otro modo.

«¿Habrías preferido que te confesara que me gusta llamarte así para recordarnos a ambos que me perteneces?».

Con un gemido interno, apreté los muslos y resistí la tentación de tocarme. Por qué semejante despliegue de posesividad me provocaba un cosquilleo en el bajo vientre era una incógnita.

«No te pertenezco ni a ti ni a nadie», dije más por no dejar que se le subiera a la cabeza que porque realmente me importara que pensara así.

«Las leyes y la tradición dicen que sí lo haces».

«Si te basas en ellas, tú también me perteneces», le recordé.

«Lo sé».

Retuve la respiración a la espera de su respuesta, pero para mi decepción cambió de tema.

«¿Estás sola?».

«Sí».

«¿Y no estás intentando escapar porque…?».

Tomé un par de profundas inspiraciones mientras me recordaba que el Gabriel con el que hablaba no dejaba de ser un producto de mi imaginación y escogí una uva violeta y un trozo de queso de quimera. Dejé que el suave y ácido sabor de una se mezclara con el especiado y picante del otro sobre mi paladar, y sonreí.

«Porque estoy disfrutando mi baño yyy… porque es una trampa. *Madame* Salomé está poniéndome a prueba».

«Haces honor a tu fama de estratega y a tu inteligencia».

El orgullo se expandió en mi pecho, pero era algo que no iba a confesarle.

«Imagino que algunas de las cosas que dicen sobre mí *sí* que son verdad».

Me habían instruido en las artes de la estrategia y las guerras. Había adivinado, incluso antes de pisar el burdel, que me harían una prueba para comprobar mi complacencia y sumisión, así como para establecer cuáles eran los riesgos de que tratara de escaparme.

Seguí llenándome el estómago mientras estudiaba con tranquilidad las velas que flotaban en el aire.

«¿Sabes algo que me llama la atención de este sitio?», comenté.

«¿Mmm?».

«La cantidad de magia que se desperdicia aquí en el Inframundo».

En el mundo humano estaba prácticamente prohibida; en Nocturna se administraba con cautela y siempre se usaban alternativas naturales como las piedras fuego para iluminar las estancias; pero en aquel lugar, el uso de la magia parecía puro capricho. Incluso las llamas en la chimenea eran mágicas y estaban más enfocadas a crear ambiente que a calentar la habitación, algo que no hacían en realidad, ni era necesario con el bochornoso calor que solía hacer en esa dimensión.

«No es en el Inframundo, sino en esta región. El dirigente es un brujo y la comunidad mágica que lo rodea es fuerte. Que existan tantos brujos y hechiceros hace que el precio de la magia baje».

Aquello tenía sentido.

«¿Crees que el burdel tiene algún tipo de hechizo para conservar las temperaturas agradables y mantener el hedor a azufre fuera de sus puertas?».

«Es posible».

¿Para eso servían las runas que se repetían de habitación en habitación? Me fijé con más atención en las que encontré sobre la chimenea y al lado de la puerta. Los símbolos aquí eran diferentes a los que se usaban en Nocturna: más enrevesados y con más puntas, más agresivos, si podía decirse algo así de un simple dibujo hecho a base de círculos y líneas. Podía ser un recurso útil si debía permanecer en esa dimensión, y, también, algo con lo que entretenerme durante los próximos meses. Me lo apunté en mi lista mental y me sentí un poco más ligera al tener un propósito a la vista.

«Acabo de decidir que voy a aprender a usar las runas del Inframundo», compartí con Gabriel.

Siempre me había gustado aprender, aunque era algo que mi padre rara vez valoraba si no se trataba de entrenamiento militar, estratégico y todas las cosas que una mujer debía saber para convertirse en reina o, lo que era lo mismo, en la puta del rey. Bufé. Imaginaba que eso era algo que podía agradecerle a la bruja del Este; nunca había querido ser reina y los pocos momentos íntimos reales que había compartido con Azrael no compensaban los cientos de veces que me había usado a su antojo, ni el constante miedo a que se cansara de mí, o que su vena psicótica saliera a la luz en mi presencia y que me convirtiera en su chivo expiatorio.

Hubo una vez en que Azrael y yo habíamos sido amigos, al igual que lo habían sido Cael, Malael y Zadquiel, pero aquello se acabó el día en que mi padre me ordenó seducirlo y convertirme en su amante. La actitud de Azrael conmigo cambió y así lo hizo la de sus hermanos. Incluso Rafael, con quien nunca había tenido una cercanía especial, comenzó a tratarme con frialdad. No sé si era porque veían la falsedad en aquella relación o porque yo me sentía demasiado culpable por mentir y fingir algo que no sentía.

Sí, en parte le estaba agradecida a la bruja por haber acabado aquella relación que nunca llegaría a ningún lado, dándome una excusa por la que mi padre no podía culparme. Sin embargo, habría preferido no acabar convirtiéndome durante el proceso en el enemigo número uno de Azrael.

«¿En lugar de planificar lo que harás con tu vida una vez que seas libre, no deberías centrarte más bien en escapar primero?».

Con un bostezo fingido, reajusté la toalla enrollada en mi nuca y entrecerré los ojos hasta que solo quedó una fina ranura entre mis pestañas. Inspeccioné con atención las paredes, revestidas con paneles de madera de roble tallada, que representaban escenas de bosques encantados y criaturas míticas en toda clase de posturas sexuales, algunas de las cuales requerían tanta flexibilidad y equilibrio que me hacían preguntarme si eran físicamente posibles sin partirse las extremidades o el cuello.

Tapices de seda, bordados con hilos de oro y plata, colgaban de los muros, añadiendo una textura rica y cálida al ambiente. Desviaban la atención del cuadro de la esquina, desde donde ojos inquisitivos me espiaban con disimulo, creyendo que no me percataba de su presencia.

«Lo de escapar tendrá que esperar. Me están vigilando».

«¿Ya has localizado al espía?».

«Sí, detrás de un cuadro. Lo que significa que hay pasajes secretos en el edificio».

«¿Necesitas deshacerte de él?».

Con un suspiro de placer, hundí el paño en el agua, lo escurrí y me lo coloqué sobre la frente.

«Para nada. Al menos no por ahora. Los pasadizos me vendrán bien para largarme sin llamar la atención. Prefiero no hacer saltar las alarmas antes de tiempo».

Hacía rato que me había dado cuenta de que las vidrieras emplomadas, que representaban escenas de guerreros demoníacos y doncellas, y bañaban la habitación en un arco iris de colores suaves y cambiantes, no podían dar al exterior. Debían de dar al salón del burdel o alguna otra estancia interior. La luz del Inframundo era demasiado rojiza para que produjera aquella luz tan cálida. Lo cual había sido un inconveniente para mis planes de escape. Me cubrí la cara entera con el paño y sonreí.

«Tengo una pregunta», le dije a Gabriel con una secreta anticipación.

«¿Solo una?».

«Sí, después estaré demasiado ocupada para hacer más».

«Vaya, por fin vas a escapar. Ya era hora».

«Eso no es lo que he dicho».

«Suelta la pregunta de una vez y vamos al grano», masculló Gabriel ignorándome de nuevo. Cada vez que algo no le gustaba o no iba a su ritmo, me hacía lo mismo.

«De acuerdo, ahí va». Hice una pausa para irritarlo un poco más.

«¡Andrea!».

¡Diosa, lo que me gustaba ponerlo de los nervios!

«Verás, me pregunto… Si entablo contigo sexo telepático mientras me toco y el espía sigue ahí mirando… Y yo me corro, aunque no me influya para nada su presencia, sino la tuya en mi

mente, ¿sigue convirtiéndome eso en una exhibicionista?

La sonrisa me llegó prácticamente de oreja a oreja cuando no contestó. Estaba segura de que, si hubiera tenido cuerpo, en ese momento le estaría saliendo vapor por las orejas.

«Tócate mientras ese u otro hombre te observan, y me aseguraré personalmente de que…».

«¡Eh! Nada de azotes, ¿recuerdas?», lo avisé antes de que pudiera terminar su amenaza.

Por el gruñido que resonó, cualquiera lo hubiera confundido con un dragón en vez de tomarlo por un vampiro.

«Créeme, puedo castigarte sin necesidad de tocarte».

«Bueno, eso es justo lo que tendrás que hacer, ya que no tienes manos reales», me mofé de él sin el más mínimo arrepentimiento. «Por cierto, ahora que lo pienso. ¿Por qué ibas a castigarme a mí en lugar de a ese tipo? Es él quien está observándome a escondidas».

«Ese tipo, como lo llamas, estará muerto para entonces».

Abrí la boca y volví a cerrarla.

«Cuando nos hayamos largado, recuérdame que pregunte si hay psicólogos en esta dimensión. Eres entretenido, pero empieza a preocuparme la forma en la que estás perdiendo el contacto con la realidad».

Como había esperado, el silencio se extendió de forma indefinida. Empecé a canturrear por lo bajo. Me gustaba cuando Gabriel perdía los estribos, lo hacía más imperfecto y real. Y sí, era plenamente consciente de que, si él desvariaba, yo también lo hacía.

Capítulo Quince

ANDREA



Mis dedos habían comenzado a arrugarse del tiempo que pasé en el agua cuando al fin la puerta se abrió y las sirvientas regresaron junto a *Madame* Salomé y el tipo al que Zeze se había dirigido a nuestra llegada. Donde las viejas rameras mantuvieron las miradas bajas y soltaron de inmediato la ropa limpia y las toallas que habían traído, el rostro de *Madame* Salomé portaba una débil mueca satisfecha. Su lacayo era el único que no ocultaba lo que pensaba. Me escrutaba sin el más mínimo pudor y ni siquiera trataba de disimular sus hambrientas miradas a mis pechos o el notorio bulto en sus pantalones.

Debió de percatarse de que mi mirada había descendido por debajo de su cintura, porque se pasó la mano sobre del contorno de sus genitales en un gesto burdo y se apretó con la suficiente fuerza como para dejar patente que la silueta que había atisbado no era ningún engaño. Me clavé las uñas en los muslos por debajo del agua, procurando no hacerme sangre. ¿Había sido él quien me había estado vigilando desde detrás de la pared? Sospechaba que sí. ¡Imbécil!

—Espero que hayas disfrutado de tu baño —dijo *Madame*, mirando a su alrededor como si buscara algo y no lo encontrara.

—Lo necesitaba, gracias —admití con sinceridad.

Si algo había aprendido en la corte de Azrael era que no hacía daño ser educada incluso con tus peores enemigos. En el mejor de los casos, les hacía confiarse y relajarse, y en el peor, podía resultar que en el futuro te devolvieran algo de esa cortesía si te cogían desprevenida. Habría estado genial que la maldita bruja no hubiera destrozado en solo unos meses el trabajo de toda una vida ganándome favores tanto de amigos como de enemigos. Con sus caprichosos trapicheos y traiciones, había logrado que incluso la gente más cercana a mí se hubiera puesto en mi contra.

No pude evitar que se me resecara la boca cuando *Ma*dame Salomé se acercó peligrosamente a la extraña alfombra de piel verde ubicada delante de la chimenea. En un despiste de las sirvientas había escondido mis dagas allí. Lo último que quería era que alguien las encontrara antes de que pudiera recuperarlas. Tragué saliva cuando su zapato bordado con hilos de oro se detuvo justo al lado del bulto que indicaba la existencia de una de mis armas. Dos centímetros más a la derecha e iba a pisarla. Si lo hacía, iba a ser imposible que no se diera cuenta de que había algo oculto allí.

—Te tomarán medidas antes de acompañarte a tu habitación. Necesitarás ropa para trabajar. Nuestros clientes, aunque no lo parezcan a primera vista, tienen unos gustos muy refinados. A partir de hoy, formarás parte de la imagen de mi negocio, por lo que, además de la ropa, cuidarás en todo momento de tu apariencia. Incluso el más mínimo detalle es importante. Si hay algo que se pueda mejorar, lo harás antes de que te puedan llamar la atención sobre ello. ¿Entendido?

¡Maldición! Estaba a punto de darle un puntapié a la daga. Carraspeé.

—Por supuesto, Madame. —Solté un suspiro aliviado cuando se acercó al montoncito de tela que habían traído las sirvientas y lo inspeccionó, dejando atrás la chimenea y la alfombra.

El alivio me duró lo que ella tardó en desplegar la ligera tela. Se me hundió el estómago al darme cuenta de que la vestimenta que me habían traído no era más que un camisón transparente.

Fue un reto mantener la serenidad cuando lo que quería hacer era soltar un rugido de batalla y lanzarme sobre sus cuellos hasta vaciarlos y dejarlos hechos unas carcasas. ¡Diosa! Se me estaba acabando la paciencia. Me había pasado una hora esperando en la bañera sin quejarme, con el único fin de que me trajeran algo de ropa que me sirviera para salir a la calle.

«Cálmate», me advirtió Gabriel. «¿Qué esperabas? Estás en un burdel».

«Las prostitutas de abajo llevan más ropa que eso», mascullé.

El gruñido que soltó Gabriel en mi mente fue como un bálsamo. ¡Justo así era como debería actuar cada vez que me encontraba alterada!

—¿Me has oído? —preguntó Madame Salomé con frialdad.

—Por supuesto, Madame —repetí como la buena ramera que se esperaba que fuera, aunque no me había enterado de una sola palabra de lo que había dicho.

Ella me estudió como si no se fiara de mí, pero acabó por asentir y dirigirse al espejo.

—Comenzarás mañana. Esta noche, Riguel te mostrará lo que se espera de ti y evaluará si necesitas algún tipo de… —Madame se giró hacia mí y, aunque no podía verle los ojos tras sus lentes oscuras, el modo en que las serpientes de su cabeza me recorrieron con sus pupilas rasgadas y me mostraron sus afiladas lenguas bífidas y colmillos bastó para ponerme la piel de gallina—, *lección*—finalizó, pronunciando la palabra con un énfasis que dejó claro qué tipo de lección recibiría si no ponía de mi parte para satisfacer a su lacayo o no sabía cómo hacerlo.

—¿Riguel? —pregunté con un gesto interrogante hacia el hombre, quien me mostró una sonrisa peligrosa, confirmando así su nombre.

Lejos de acobardarme, lo escruté de abajo arriba, como él había hecho conmigo a mi llegada al burdel. Al cruzarme con su mirada, le devolví la sonrisa y me relamí los labios. Luego me levanté y salí de la bañera, ignorando el agua que resbalaba por mi piel y mojaba la alfombrilla a mis pies.

Odiaba que se creyera con derecho a mirarme o que por su cabeza ya estuvieran pasando un listado completo de las cosas que pensaba hacerme en cuanto nos quedásemos solos. Por suerte, hacía mucho que había aprendido que el cuerpo de una mujer no era más que una de sus mayores armas y, en este caso, pensaba usar hasta la última de las que tenía a mi disposición.

Dejé que las sirvientas me envolvieran con una toalla mientras le mantenía la vista a Riguel, procurando no mostrar mi mueca cuando se reajustó una segunda vez la entrepierna y prácticamente se puso a babear.

—Pues sí que ha mejorado la cosa con un poco de agua y jabón —murmuró con lo que imagino que pretendía de ser una sonrisa apreciativa, pero no era más que un gesto borde, sin clase ni sensualidad.

Madame Salomé debía de haber llegado a la misma conclusión que él, pues comentó:

—Mmm… Sí, creo que encajarás bien aquí.

Dejé que las sirvientas me ayudasen a ponerme el camisón transparente y, a pesar de mi rechazo a hacerlo y los recuerdos que me traía, me senté obediente en la silla frente al espejo para que pudieran peinarme. Apreté los dientes al contemplar mi reflejo. Si tuviera la potestad, haría que destruyeran hasta el último de ellos y que enterraran las lascas a sesenta metros bajo tierra. Iba a odiar los espejos por el resto de mis días, sin importar los muchos o pocos que me quedaban, porque cada vez que pasaba por delante de uno, tenía la sensación de que la bruja del

Este me seguía espiando, esperando el momento de regresar a mi vida para acabar de destrozar lo poco que me quedaba de ella.

Antes de marcharse, *Madame* Salomé se acercó a mí y se inclinó hasta que nuestros rostros quedaron reflejados el uno junto al otro en el espejo. Tuve que usar los últimos restos de la fuerza de voluntad que me quedaba para no moverme cuando sus serpientes se restregaron contra mi mejilla como si fueran unos cachorrillos cariñosos.

¡Awww! Esperé rígida a que ella soltara lo que tuviera que decir.

—Comprendo que tu naturaleza va a pedirte que satisfagas ciertas… *necesidades* —dijo despacio—. No me interpondré en tus hábitos alimenticios siempre que los clientes consientan o que lo hagas de forma que nadie lo descubra. Pero… —Una de sus serpientes me siseó amenazadora en el oído, poniéndome la piel de gallina, mientras otra me empujaba la barbilla hacia arriba y me rodeaba el cuello con una creciente presión—. No quiero accidentes, ni escándalos.

—Por supuesto, *Madame* —murmuré sin apenas poder respirar mientras la sangre comenzaba a acumularse en mi rostro.

La culebra que me apretaba el cuello aflojó despacio su agarre y se deslizó sin prisas por mis hombros, dejando tras de sí la necesidad de volver a lavarme para quitarme su rastro.

No me moví.

—En cuanto a si consigues sacarle algún provecho a un cliente o encuentras algún objeto o dinero que se le haya quedado atrás a alguno de ellos, en especial si están ebrios —especificó con indiferencia—, deberás saber tres cosas. La primera, que el sesenta por ciento de las ganancias extras son mías; un cinco se lo lleva Riguel por encargarse de la venta; otro cinco, la sirvienta o ramera que te ayude si se da el caso, y el resto te lo puedes quedar tú. La segunda, que no tolero las mentiras ni engaños. No necesitas ni dedos, ni pies, ni orejas para hacer tu trabajo. Tenlo en cuenta antes de tratar de engañarme.

—No se me pasaría por la cabeza robar a un cliente y ocultárselo a usted, *Madame* —musité.

Tres serpientes flotaron alrededor de mi cara durante varios segundos antes de retirarse con un leve siseo. Me alegré de haberme atenido a la verdad. No me habría extrañado ni lo más mínimo que Salomé usara a las serpientes para detectar si alguien le mentía.

Ladeando un poco la cabeza, continuó:

—La tercera cosa que te recomiendo es que no olvides jamás que, si te pescan o el cliente pone una reclamación, tu castigo será público y severo. Probablemente varios dedos cortados, unos latigazos y una humillación ante testigos, muchos testigos. No puedo dejar que el renombre y la reputación de mi local sufran por tu incompetencia.

A duras penas, conseguí retener mi resoplido. Por un lado, me invitaba a robar a sus clientes, prácticamente sobornándome a hacerlo, y por el otro, me advertía de lo que pasaría si me pillaban haciéndolo. Sí, *Madame* sabía cómo manejar sus negocios, de eso no cabía la menor duda.

—Entendido, *Madame*.

Con total nitidez, además. No iba a castigarme por robar, sino por hacerlo mal. Imagino que era algo con lo que podía vivir. Claro que, lo que no sabía Madame, era que mi primera víctima iba a ser ella.

«¿Quiero saber lo que estás planificando?», preguntó Gabriel en mi mente.

Le ofrecí al espejo y a Salomé la mejor y más cándida de mis sonrisas.

«Lo dudo».

Capítulo Dieciséis

ANDREA



Hay una duda que ha sido una constante en mi vida. ¿Por qué todos los hombres dan por supuesto que las mujeres somos más débiles e indefensas que ellos? Es como si existiera una ley universal que determinase que somos criaturas frágiles y carentes de fuerza y, por si eso no bastara, ellos le añaden una cláusula extra que les otorga el derecho a manipularnos y dominarnos a su antojo.

¿Ninguno de ellos llega a plantearse nunca que una mujer pueda haberse entrenado para sicaria o soldado especializado? ¿Es tan difícil entender que la astucia y el conocimiento de la anatomía humana pueden ser armas tan poderosas, o incluso más, que la fuerza bruta? Basta conocer unos simples puntos clave de su cuerpo para dejarlos inconscientes. ¿De verdad les resulta tan inverosímil que una mujer pueda poseer ese conocimiento?

Con los brazos en jarra, estudié al corpulento Riguel desparramado inerte con las piernas y brazos en cruz sobre las sábanas de satén rojo de la cama de dosel, que parecía demasiado delicada para soportar a un tipo tan robusto como él.

Solté un bufido. Imagino que, al igual que con las mujeres, la apariencia de las camas también puede ser engañosa. Dudaba mucho que un burdel pudiera permitirse el lujo de tener lechos que no soportasen el ajetreo diario al que sin duda estaban expuestos.

La suave respiración que escapaba de los labios de Riguel en un débil silbido contrastaba con la tensión que seguía manifiesta en sus facciones. Su piel bronceada lucía rojiza y enfebrecida bajo la luz carmesí que se filtraba por la ventana, y diminutas gotas de sudor perlaban su frente. El muy cabrón probablemente había estado excitado por la perspectiva de poder hacer conmigo lo que quisiera, e incluso habría planificado a qué clase de perversiones y vejaciones someterme. Todo bajo la excusa de ponerme a prueba y entrenarme para su estimada *Madame* Salomé.

¡Idiota! Resultaba mucho más fácil dejar a un tipo como él fuera de combate que desvestirlos cuando pesaban como un muerto y no se movían. La prueba era que seguía vestido. ¡Y ni siquiera había tenido que usar una de mis dagas para dejarlo fuera de comisión!

«¿Lo has matado?». La voz de Gabriel resonó en mi mente con una claridad inquietante.

Estos últimos días, cuando me hablaba, era como si me susurrara directamente al oído. Solo me faltaba sentir su aliento sobre la piel para que fuera más real. Había sido una evolución constante desde mi llegada al inframundo. Cuanto más conversaba con él, más nítida se volvía su voz. Me quedaba por decidir si eso era algo bueno o malo.

Sí, claro que me hacía compañía y me ayudaba a desahogarme, pero ¿por qué no podía ser la voz de mi madre o de mi hermana? ¡Joder, cualquier otra persona, real o imaginaria, habría sido mejor opción! Estaba acostumbrándome a él de una forma que empezaba a preocuparme. Se había vuelto tan familiar, tan cercano, que a veces olvidaba que era un producto de mi

imaginación. Y eso, no solo era peligroso para mi salud mental, sino que podía hacerme bajar la guardia si el verdadero Gabriel llegase a encontrarme.

«Sigue vivo, pero dormirá hasta el próximo milenio a juzgar por cómo ha caído», refunfuñé mientras forcejeaba con las perneras de su pantalón en un intento por hacerme con él.

La maldita prenda no bajó más de un par de centímetros. ¡Genial! De todos los hombres a los que podía robar la ropa, ¿tenía que ser un gigante con la masa muscular de un ogro salvaje? ¡Mierda! ¡Echaba de menos las fuerzas que tenía cuando era una inmortal! Es irónico cómo uno no valora lo que tiene hasta que lo pierde.

—¡Vamos, imbécil, muévete! —gruñí, dándole un empujón inútil.

Nada. Lo había dejado tan cao que ni se inmutaba.

Por desgracia, no podía huir del burdel y aventurarme en las calles con un camisón que parecía estar tejido de telarañas, por cómo se transparentaban mis pezones y otras partes en las que prefería no pensar.

Después de revisar dos veces los armarios y cajones del dormitorio que me había asignado *Madame* Salomé, mis únicas opciones eran la ropa del capullo que se encontraba inconsciente en la cama, las cortinas de terciopelo que pesaban un quintal y eran demasiado largas, o las sábanas. Dudaba mucho que con su llamativo color y la forma en la que se me ajustaba el fino tejido a las curvas pudiera pasar desapercibida en público. Al menos, no en un lugar donde las mujeres solían llevar cuatro capas de ropa solo debajo de la falda. La única opción real que me quedaba era el atuendo de Riguel.

«No hagas ruido. No puedes permitirte el lujo de despertarlo», advirtió Gabriel, como si realmente pudiera oírme. «El establecimiento está infestado de soldados. Tendrás que esperar a que se despeje. No quieres que te pillen mientras merodean por los alrededores».

Se me escapó un gemido y mi estómago rugió en simpatía. A pesar de lo que había picado durante el baño, la sed me consumía y me nublaba el juicio.

«¿Qué ocurre?». Su voz mental se tensó.

«No aguanto más», mascullé. «La sed me está matando».

«Resistirás», ordenó, como si estuviera teniendo una pataleta infantil y no estuviera dispuesto a permitirlo. «Podrás empacharte cuanto quieras cuando estés lejos de aquí. Un par de horas más o menos no hacen ninguna diferencia».

¡Diosa! ¡Qué ganas tenía de que tuviera un cuerpo físico para poder estrangularlo!

«Claro, para ti es fácil decirlo», lo acusé con amargura. «Tú no estás a punto de convertirte en un monstruo sediento y descontrolado. ¿Qué tal se siente no tener que depender de la sangre para sobrevivir y mantener la cordura? Apuesto a que es genial».

No replicó a mi provocación ni a mi risa forzada. Estaba segura de que podía sospechar lo cerca que me encontraba del precipicio. A ningún vampiro le gustaba llegar a ese punto. No solo dejaba indefensa la bestia que llevábamos en nuestro interior, sino que perdíamos la conciencia de lo que hacíamos. Lo normal era que despertásemos en medio de un baño de destrucción y sangre, pero eso solo ocurría cuando las criaturas que se encontraban en nuestro entorno eran más débiles y desconocían cómo defenderse. Dudaba que fuera el caso en ese mundo tan inhóspito y peligroso, por lo que ceder al impulso de dejar que mi sed me dominara podía equivaler muy bien a entregarme a la muerte.

«¿Y tienes idea de cuánto tiempo llevo sin dormir en una cama decente con colchón y sábanas limpias? ¿Has visto la que tienen aquí? ¡Ni siquiera hay cucarachas ni hadas tocapelotas que tratan de robarte los dientes o usarte como bloc de notas con los suyos!». Traté de aligerar la gravedad del asunto, aunque la burla no bastó para cubrir las señales de agotamiento que había

tratado de ignorar y que se estaban acumulando ahora que había llegado a mi destino, en especial después del relajante baño.

«Andrea…».

«¿Y cuántas semanas llevo sin dormir más de tres horas seguidas mientras trato de sobrevivir a cazadores, demonios y monstruos?». Mis ojos se posaron con anhelo sobre la cama. Podía imaginar el tacto de las sedosas sábanas contra mi piel y el mullido de plumas de las almohadas ajustándose a mi cabeza. ¿Qué probabilidades existían de despertarme a tiempo si cedía a la tentación de echarme una pequeña siesta? Sabía que eran mínimas. El cansancio me pesaba como una losa, y la falta de sangre…

Cerré los ojos y apreté los puños. Riguel seguía durmiendo como un bendito sobre las sábanas rojo sangre que deberían haber sido mías.

Sangre.

La palabra resonó en mi mente como un murmullo lleno de promesas, despertando un ansia que amenazaba con consumirlo todo. Mis colmillos se extendieron, afilados y listos para atacar, y el pulso rítmico de los dos corazones de Riguel retumbó en mis oídos, al son de un tambor de guerra que me azuzaba a acudir a su llamada.

Me tomó un esfuerzo sobrehumano no abalanzarme sobre él, hundir mis dientes en la cálida piel de su cuello y vaciarlo hasta la última gota, sin pensar en las consecuencias. Gabriel debió de percibir mi repentino frenesí.

«Si lo matas, no saldrás viva de la ciudad», advirtió alarmado. «Salomé tiene negocios en las altas esferas y no dudará en tirar de hilos con tal de hacerte pagar por ello. Está muy unida a Riguel».

«¡Tengo sed!».

«Lo sé, pero eres fuerte. Tienes que controlarte».

Mis piernas apenas me sostenían al acercarme temblorosa a la cama. Control. Eso era lo único que necesitaba recordar. Tenía que dominar mis impulsos y la dolorosa agonía que se extendía por mi interior. Con una garra extendida, tracé una inestable línea en la parte interna del codo de Riguel y esperé a que la sangre brotara oscura y viscosa. Mis ojos se llenaron de lágrimas al verla.

Negra.

La sangre de Riguel era tan oscura como el carbón líquido y poseía ese trasfondo de azufre que me hacía encoger la nariz y me cerraba el estómago, al igual que la de Zicki y su amigo Zeze. A pesar de su apariencia humana, debía de ser un demonio como ellos o como mínimo un mestizo.

«¿Andrea?». La suave voz de Gabriel me arrancó de mi estupor, pero solo sirvió para que aumentara la presión en mi pecho.

Me alejé de la cama, frotándome los brazos en un intento inútil de aplacar el repentino frío que parecía estar infiltrándose en mis huesos.

«No puedo alimentarme de él. Su sangre es negra y tóxica como la de los demonios».

No importaba que hiciera el esfuerzo de ignorar el intenso sabor a ceniza que seguro tendría. La imagen de Zeze, con su piel cenicienta y sus ronquidos, me inundó la mente. Recordé el sabor acre de su sangre y la agonía que me retorció el estómago durante horas tras apenas un sorbo. Un escalofrío me atravesó las venas.

Hubo otra pausa por parte de Gabriel. Mejor. No tenía ganas de hablar con él. Ni con él ni con nadie en realidad.

«En una de las reuniones de abajo mencionaron una fiesta. Podrías ir», propuso Gabriel

despacio, dubitativo. «La celebran cerca del castillo, con motivo de Sanheim. Discutían el espectáculo que tenían preparado un grupo de poderosas hechiceras... Seguro que allí encontrarás a criaturas de las que alimentarte». A deducir por su tono controlado y sin emociones, la idea pareció repugnarle tanto como a mí. «Si calmas tu sed con varias…», carraspeó, «te saciarías, y con la borrachera igual ni recordarán al día siguiente lo que les pasó».

Cierto. Con eso último había tocado un buen punto. Después de perder mi inmortalidad, aún no había surgido la oportunidad de comprobar si sería capaz de hacerles olvidar a mis fuentes de alimento que los había usado, o si como mortal mis dones seguían funcionando igual. Lo último que necesitaba era convertirme en la presa de mis víctimas cuando se les pasara el efecto de la toxina en mis colmillos y vinieran a por mí para vengarse. Esta vez no se trataba de simples humanos, sino de criaturas del inframundo, que podían tener toda clase de dones o magia a su disposición.

Sacudí la cabeza, aferrándome a la única parte de la noticia que me interesaba. No importaba si la información o la voz de Gabriel eran reales o no. Necesitaba creerlo, confiar en que lo que me contaba existía en el mundo físico. Una chispa de esperanza, por pequeña que fuera, me bastaba para seguir adelante. Y eso era justo lo que él acababa de ofrecerme. Asentí con determinación, ignorando el nudo de desesperación en mi garganta. Una fiesta. Sí, eso era justo lo que necesitaba.

Sangre para saciar mi sed, para sanar mi cuerpo y mi mente.

Sangre para sobrevivir.

Capítulo Diecisiete

ANDREA



Después de hacerle nuevos agujeros al cinturón y conseguir al fin que los pantalones de Riguel no se me deslizaran por las caderas como un saco de patatas, me reajusté las mangas dobladas de la camisa y exploré la habitación con renovado propósito.

Antes había conseguido distinguir el leve sonido de una rata entre los sonidos de risas, música y otras… *actividades* que se filtraban desde las zonas principales del burdel, confirmando mi sospecha de que también esa habitación daba a un pasadizo secreto. Lo único que necesitaba era encontrar la entrada.

Me llevó un rato revisar las paredes de madera blanca en busca de cualquier clase de irregularidad. Tres veces tuve que lanzarme precipitada a la cama y fingir que dormía, porque alguien había venido a observarme desde el pasadizo o algún curioso se había detenido ante la puerta. Riguel, bendita sea la Diosa, permanecía sumido en el profundo sueño que le había inducido presionándole de tanto en tanto sus puntos vitales. Me sentía mejor ahora que se encontraba atado, desnudo y vulnerable bajo las sábanas. Dormía en una postura tan inocente que cualquiera que entrase lo confundiría con un amante saciado, descansando tras una ajetreada noche de pasión.

¿Se atrevería el muy imbécil a confesar que ni siquiera llegó a bajarse los pantalones antes de que lo dejara fuera de combate?

«Yo no apostaría por ello», intervino Gabriel divertido. «Los tipos como él prefieren inventarse cómplices inexistentes para hacerse las víctimas. No va a arriesgarse a que alguien se ría de él y ponga en duda su fiereza. Y, mucho menos, cuando lo ha vencido lo que aparentaba ser una simple mujer indefensa».

«¿Qué harías tú si estuvieras en su lugar?», pregunté mientras examinaba con mis dedos los intrincados grabados del marco del espejo, el cual había dejado para el final de mi búsqueda.

Una fina, casi imperceptible, corriente de aire contra mi mano me hizo fruncir el ceño y revisar el marco con más atención. ¡Diosa, odiaba los espejos! Dudaba que pudiera volver a mirarme en uno sin imaginarme a esa dichosa bruja del Este observándome.

«Enfurecerme conmigo mismo, destrozar la habitación entera para desahogarme, quitarle la ropa al primer desgraciado que tuviera la mala fortuna de cruzarse en mi camino y luego salir a cazarte», replicó Gabriel con una entonación controlada y práctica.

«Parece que lo tienes claro», ironicé con sequedad mientras presionaba en diferentes puntos del marco, hasta que uno cedió con un satisfactorio clic, revelando una ranura entre este y la pared.

Un suave empujón bastó para abrir el acceso a un estrecho pasadizo sumido en la oscuridad. La anticipación hizo que mi corazón se acelerara al asomarme con cautela al sombrío túnel.

Había llegado el momento que había estado esperando durante las últimas dos semanas. Respiré hondo una última vez y, llenándome los pulmones con aire limpio, me deslicé por la apertura y cerré el espejo con cuidado detrás de mí.

Una vez encerrado en él, el corredor se estrechaba a mi alrededor, húmedo y opresivo. El aire, denso y cargado de polvo, me arañaba la garganta con un persistente hedor a tabaco, como si hubieran estado fumando allí no hacía mucho. La idea de que alguien hubiera pasado recientemente y me hubiera espiado tras las paredes me hizo aligerar el paso. Lo último que quería era tropezarme con otro lacayo de Salomé mientras trataba de huir, en especial cuando, a juzgar por los escandalosos sonidos que me llegaban de las habitaciones, las paredes eran poco más que unos finos tabiques que no harían demasiado por ocultarme si se me ocurría hacer algún ruido.

Después de recuperar mis dagas y una eternidad vagando por lo que empezaba a parecerme un laberinto, los gemidos, jadeos y gritos que resonaban a mi alrededor me tenían de los nervios. ¡Por el amor de la Diosa! ¿En serio se tragaban los clientes que esos exagerados gritos agudos eran el producto de verdaderos orgasmos?

Echar un vistazo por las puertezuelas secretas que servían para espiar lo que ocurría en las habitaciones era aún peor. ¿Qué mujer ponía los ojos en blanco como si estuviera siendo poseída por un espíritu maligno mientras follaba? La única que me pareció auténtica, fue la ramera con los tirabuzones rubios que estaba leyendo con disimulo una novela mientras el viejo hombre lobo detrás de ella movía las caderas como un perro constipado.

Solo cuando el sonido de los gemidos y la música del burdel fue apagándose, supe que iba por el buen camino. Mi intuición se confirmó cuando, a través de una rejilla, descubrí una amplia cámara llena de cajas y barriles que, a deducir por el olor a madera añeja y tela enmohecida, debía de ser algún tipo de almacén bastante olvidado.

Apenas había comenzado a zarandear la rejilla para comprobar si cedía, cuando unas voces me alertaron. Conseguí ocultarme en las sombras justo antes de que la puerta chirriara al abrirse.

—... fiesta en el castillo esta noche —dijo un hombre—. Será la oportunidad perfecta para llevarnos a una de las chicas y divertirnos...

¿Se referían a la misma fiesta que había mencionado Gabriel?

Contuve el aliento cuando dos demonios entraron en el almacén. Sus ropas sencillas sugerían que eran mozos del burdel o ayudantes de cocina, a lo sumo. Uno de ellos levantó lo que parecía un saco de serrín, mientras el otro se limitaba a observarlo desde el umbral.

—¿Entonces, qué? —preguntó el segundo, cruzándose de brazos—. ¿Tú vas a por Lina y yo os espero en el carro?

—Prefiero a Zenaya, no es tan exigente como la otra y bebe menos.

El capullo del umbral se encogió de hombros.

—Un agujero es un agujero y, si sale barato, mejor —soltó con una sonrisa socarrona.

Fue una suerte que eligieran ese instante para marcharse del almacén, cerrando tras ellos con un portazo, porque juro que me rechinaron los dientes con la furia que trataba de contener. ¿Un agujero es un agujero? ¡Malditos capullos!

«Cálmate y céntrate en lo que de verdad importa», me amonestó Gabriel. «No estaban hablando de ti».

Resoplé. ¿Y se suponía que eso lo justificaba todo? Estaba claro que ningún hombre iba a entender jamás lo humillante que resultaba que hablaran de las mujeres de ese modo.

«Me da igual si se referían a mí o no, eso no cambia el hecho de que sean unos gilipollas malnacidos».

Gabriel dejó escapar un suspiro que parecía venirle del fondo del alma.

«Empiezo a preguntarme cómo conseguiste sobrevivir tanto tiempo con la facilidad con la que te alteras».

«¡Ja! Muy gracioso. ¿Quieres que te cuente mi secreto? No pienso con el pito como hacéis los hombres. Una cosa es que me irriten los imbéciles machistas y misóginos, y otra muy diferente que sea imprudente o que haga las cosas a lo loco».

«¿Tratas de convencerme de que tirarte por aquel acantilado y perder tu inmortalidad en el Styx no fue una imprudencia?», se burló.

«No hace falta que seas tan sarcástico conmigo. Y, para tu información, ese fue mi plan C, y solo recurrí a él porque no quería enfrentarme a ti y hacerte daño».

«Vas a tener que disculparme, pero esa versión de los hechos suena cuanto menos increíble», bufó.

«Piensa lo que te dé la gana, pero deja de distraerme. Tengo un plan. No quiero meter la pata por tu culpa».

«¿Y puedo saber en qué consiste ese maravilloso plan?».

«No».

«Andrea…».

«¿Te has propuesto desgastarme el nombre?».

«¿Prefieres que te llame arpía?».

«¿Un apodo cariñoso que mi Gabi ha elegido expresamente para mí? ¡Por supuesto que lo prefiero, tontito! De hecho, lo adoro», le contesté con toda la empalagosa dulzura que fui capaz de reunir.

«¡Ya te he dicho que no me llames Gabi!».

«Y yo te he dicho que no me distraigas, pero parece que ninguno de los dos vamos a conseguir lo que queremos».

No logré descifrar su siguiente gruñido, pero sonó sospechosamente a: «¡Maldita, arpía!».

«Menos mal que los hombres no os alteráis por pamplinas y sois más racionales que las mujeres. ¿Te imaginas lo que sería del mundo si las cosas fueran al revés?», lo provoqué.

Probablemente, fue una suerte que no pudiera ver mi sonrisa, porque por el ruido que hacía, apostaba a que estaba atragantándose con su propia saliva (de forma figurada, claro está).

Capítulo Dieciocho

ANDREA



A medida que nos alejábamos del burdel y nos acercábamos al origen de la música y el bullicio de la fiesta, debería haber comenzado a relajarme, pero lo cierto es que ocurrió lo contrario. Tenía la persistente sensación de que alguien estaba vigilándome y no tenía ni idea de quién podía ser. Me preocupaban sus posibles motivos para hacerlo.

No eran ni los demonios ni la ramera que los acompañaba. Al menos no lo creía. Su flirteo descarado y risas no dejaban lugar a dudas de que estaban demasiado ocupados entre ellos y absortos en su propio mundo como para prestarles atención a los bultos que llevaban en el carro abierto, la mayoría de ellos tapados.

A pesar de las palabras y comentarios de los demonios en el polvoriento almacén, Zenaya parecía manejarlos con maestría y los tenía a ambos comiendo de la palma de su mano. Tras escucharlos un rato, me quedó claro que ella no iba a ofrecerles nada que no estuviera dispuesta a dar por voluntad propia y, mucho menos, sin que ellos tuviesen que ganárselo. ¡Bien por ella! Solo esperaba que no se le antojara un poco de marcha antes de la fiesta, porque eso iba a ser un problema conmigo escondida en la parte trasera del carro, cubierta únicamente por algunas mantas y sacos viejos.

El bullicio a nuestro alrededor se intensificó a medida que nos adentrábamos en la zona de la celebración, convirtiéndose en un torbellino de caóticas impresiones. El clamor de los cascos de los caballos sobre los adoquines se mezclaba con los gritos agudos de los vendedores, las melodías discordantes que se entrelazaban en el ambiente y el murmullo incesante de conversaciones y risas. El aroma a especias exóticas y carne asada flotaba en el aire haciendo la boca agua, junto con el olor dulzón de las frutas maduras y el penetrante hedor a sudor y cuero que, por una vez, relegaba a un segundo plano el omnipresente tufo a azufre que emanaba de las grietas del suelo.

Cuando el carro se detuvo, me asomé con cautela por un resquicio entre las andrajosas mantas para conseguir un vistazo de la animada escena. Farolillos multicolores adornados con runas y símbolos esotéricos, proyectaban un brillo mágico sobre las calles y plazas abarrotadas. A pesar de la relativa claridad de la noche en el inframundo, antorchas chisporroteaban e iluminaban los rostros jubilosos de los juerguistas, creando sombras fantasmagóricas que bailaban al mismo compás que sus dueños.

Cuando Gabriel y los demonios habían mencionado la fiesta, supuse que hablaban de un modesto grupo, puede que unas veinte o treinta personas reunidas en una plaza o un callejón. La realidad que estaba presenciando era una muy diferente. Era una feria en toda regla. El barrio entero estaba engalanado e inmerso en la celebración. Cientos de criaturas de todas las especies y razas se movían por las calles cantando, bailando y riendo como si la noche fuera eterna, el aire

vibraba con la energía de la multitud y el suelo palpitaba bajo el ritmo incesante de tambores y flautas.

Era lo último que habría esperado encontrarme en el silencioso y opresivo inframundo. Pero, por suerte para mí, era el escenario perfecto para desaparecer entre la multitud y pasar desapercibida. Moviéndome con sigilo, me aseguré de que mis dagas seguían en su lugar antes de lanzarles un último vistazo a los demonios y a la ramera (aún enfrascados en su descarado coqueteo), y me deslicé con disimulo del carro.

Con la cabeza agachada, me sumergí en la marea de criaturas que fluía hacia los puestos de vendedores, cuyos pregones ensordecedores ensalzaban las virtudes de sus mercancías. Baratijas relucientes y talismanes de dudosa procedencia se entremezclaban con chucherías de colores chillones y elixires burbujeantes que prometían poderes arcanos. Un escalofrío me recorrió la espalda al pasar junto a una colección de macabras cabezas reducidas, en especial, cuando una de las más feas me lanzó una mirada acusadora con sus pequeños ojos inyectados en sangre y soltó un largo «mmm» entre sus labios sellados con gruesos hilos negros. Si era una maldición, tal vez fuera una suerte que no pudiera hablar.

A mi alrededor, la fiesta hervía con una energía desenfrenada que resultaba tan fascinante como aterradora. Brujas con sombreros ridículos y variopintos levitaban copas rebosantes de coloridos brebajes con burbujas mientras soltaban carcajadas estridentes. Hechiceros ataviados con tétricas túnicas conjuraban diminutos fuegos artificiales que estallaban en el aire, dibujando figuras fantásticas y a veces obscenas que se desvanecían en la noche. Y, un poco más allá, un par de arpías de plumas iridiscentes discutían a gritos sobre el precio de un amuleto, mientras un cíclope ebrio intentaba seducir a la sirena de escamas plateadas que iba con ellas.

No fue hasta que alcancé el otro lado de la calle y alcé la mirada, que descubrí el castillo ante mí. Poseía una magnificencia siniestra con sus altísimas agujas negras que perforaban el cielo carmesí como elegantes garras afiladas, proyectando sombras alargadas y amenazantes sobre la tierra.

Una elaborada verja de hierro forjado, adornada con calaveras y dragones, separaba la fortaleza del mundo exterior y entre sus huecos se vislumbraba un jardín custodiado por estatuas grotescas que parecían extraídas a la fuerza de una pesadilla. Centenarios árboles se retorcían en posturas imposibles, flores carnívoras acechaban entre la maleza y una verdosa capa de neblina espesa y tóxica se arrastraba a ras de suelo en sinuosos rizos, prometiendo de todo menos una muerte apacible para aquellos incautos que osaran adentrarse sin invitación.

Sin embargo, a juzgar por la larga hilera de lujosos carruajes que aguardaban pacientemente ante la grandiosa entrada principal, sus ocupantes, ataviados con sedas, joyas y ostentosos antifaces, parecían ajenos al aura de muerte que emanaba el castillo.

Mi mirada se detuvo sobre el familiar escudo que destacaba sobre un carruaje dorado: un fondo púrpura con una luna creciente rodeando un ojo dorado y flanqueada de cuervos.



De repente, el mundo a mi alrededor pareció detenerse. Uno de los guardias uniformados se acercó a la puerta del vehículo y esperó a que una mano femenina enguantada le entregara lo que solo podía ser una invitación través de la ventanilla. El centinela le echó una breve ojeada al elegante documento de un profundo color borgoña y, con una inclinación reverente, se apartó indicándole a su compañero apostado ante la cancela que dejara pasar el carruaje.

Lo seguí con la mirada, con la boca reseca y el sabor a hiel asomándose a mi garganta, mientras el conductor arreaba los magníficos sementales negros, dirigiéndolos por la amplia avenida que los llevaría hasta la escalinata del castillo.

Habría reconocido aquel anillo de oro con el llamativo sello púrpura en cualquier sitio. Lo tenía grabado en mis peores recuerdos con la misma claridad con que, en aquel momento, se me había quedado estampado en la retina.

La bruja del Este se encontraba allí, en el Inframundo, en esa misma ciudad, y acababa de entrar en el castillo. Tenía que ser ella. No podía ser nadie más. Mis pies se movieron por voluntad propia hasta las imponentes rejas que me separaban de ella. Tenía que entrar y encontrarla. Era mi oportunidad de hablar con ella y posiblemente fuera la única que tuviera.

Por instinto, extendí la mano hacia el hierro forjado en un intento por sujetarme a él. Fue pura suerte que, antes de alcanzar a rozarlas, llegase a percibir la magia que protegía el metal azulado que parecía hervir desde dentro con un fuego extrañamente helado. Aparté las manos sobresaltada y me las escondí bajo los brazos. ¿Me habría quemado o congelado de haber tocado aquellas malditas rejas?

Volví a echar un vistazo al castillo. La piedra negra de sus muros reflejaba débilmente la luz anaranjada del atardecer eterno, creando un juego de sombras que caía sobre las gárgolas que vigilaban los alrededores desde las cornisas y estudiaban al populacho en la fiesta, como si deseasen que alguien se atreviera a desafiarlas.

El edificio al completo era como una bella trampa que atraía la atención de los ingenuos. Con qué fin, era algo que me quedaba por descubrir. Mi mirada se detuvo sobre las intrincadas vidrieras de las ventanas. Desde donde me encontraba, revelaban una belleza y artesanía excepcional, en especial cuando, iluminadas desde el interior, las figuras reflejadas en ellas cobraban vida, dando la impresión de que estaban danzando al son de la música que escapaba del castillo junto con risas refinadas y el tintineo de copas. Algo me hacía presentir que nada en aquel lugar era tan inocente como parecía a simple vista.

Fruncí el ceño mientras seguía estudiando el entorno. A pesar del contraste entre el jolgorio popular que me rodeaba con respecto a la elegancia del castillo, era evidente que la fiesta en la plaza no era la única en curso. Una procesión de damas y caballeros, ataviados con exquisitos ropajes y elaboradas máscaras adornadas con gemas preciosas y plumas, se movía por los jardines y balcones, entrando y saliendo por las majestuosas puertas.

En otros tiempos, en la corte de Azrael, yo habría sido una de las invitadas a ese baile, compitiendo por ser la más admirada y bella con mi disfraz. Sin embargo, por extraño que pareciera, aquello no era algo que echase de menos. La vida era mucho más sencilla sin tantas apariencias falsas, envidias y amigos dispuestos a apuñalarte por la espalda en cuanto ya no les resultabas útil.

Un escalofrío me recorrió la columna vertebral cuando, por un instante, me pareció vislumbrar una silueta alta y oscura observándome desde una de las torres más elevadas. Parpadeé y la visión se desvaneció, pero no así la inquietante sensación de que era preferible que aquello fuera un producto de mi imaginación.

Estaba a punto de dar otro paso atrás cuando una voz áspera y cascada me hizo dar un respingo:

—Yo que tú me mantendría lejos de ese sitio.

Sobresaltada, me giré con brusquedad hacia la dueña de aquella voz desgastada que sonaba como si los años y el tabaco la hubieran erosionado. La irregular capa blanca que cubría las córneas de la anciana hacía que sus ojos se vieran nublados e irreales, casi fantasmales. Me distancié un paso de ella, y luego otro más. Por el olor a hierbas medicinales y especias, era una bruja, y nunca se podía ser demasiado cuidadosa alrededor de viejas como ella. Esa era una lección que se me había quedado grabada con hierro candente después de lo que me había hecho la del Este.

—¿Disculpe? —logré articular, tratando de recuperar la compostura.

La vieja, ataviada con harapos de colores chillones y un sombrero con un nido de ratas tan torcido que desafiaba la gravedad, haciendo chillar a las pobres criaturas cada vez que movía la cabeza, esbozó una sonrisa retorcida, revelando una dentadura irregular con desgastados dientes oscuros que destacaban irreverentes entre tanto hueco vacío.

—Se ve bonito por fuera, pero no es lugar para mortales curiosos. —Me echó una mirada ladeada como si esperase que la corrigiera.

No lo hice.

—¿El castillo? —me aseguré.

Soltó una carcajada, escupió una flema marrón al suelo y se inclinó hacia mí como si estuviera a punto de confesarme un secreto. Por desgracia, su repentina cercanía iba envuelta de

un potente hedor a tocino rancio, hierbas, metal oxidado y las heces de las ratas. ¿Eran ratas a todo esto? No tenían pelo y sus ojos eran rasgados como los de un gato.

¡Diosa! Esperaba que no formasen parte de mis pesadillas la próxima vez que consiguiera dormir.

—¿A qué iba a referirme si no? —Aunque las pupilas de la bruja prácticamente se fundían con el blanco que las rodeaba, podía sentir cómo me estudiaba—.¿Acaso no es ahí donde mirabas?

—Mirar no significa querer estar allí —repliqué a la defensiva.

La risita que soltó resonó como el crujido de las hojas secas en otoño. Sus ojos se desviaron hacia el castillo y juraría que en ese momento se encogió un poco más y sus hombros se curvaron hacia abajo en un intento de volverse menos visible.

—Hay cosas ahí dentro que harían que tus actuales pesadillas parezcan cuentos de hadas.

Sus palabras me hicieron detenerme. ¿Había sido una simple forma de hablar o sabía realmente lo que decía al mencionar las pesadillas?

—¿A qué…? —comencé a decir en un intento por averiguar a qué jugaba.

—Pero eso no te detendrá, ¿verdad? —Hizo un gesto despectivo con la mano como si ya conociera la respuesta—. Tú allá, pero luego no digas que no te avisé.

Estaba claro que o estaba loca o sabía demasiado.

—¿A quién le pertenece el castillo? —me atreví a preguntar.

La vieja reculó como si le hubiera soltado una bofetada y miró asustada a nuestro alrededor. Luego se acercó a mí y me agarró con tal fuerza por la camisa, que no me quedó más remedio que inclinarme hacia ella.

—Nadie a quien te convenga conocer, en especial, si aún te queda alma —susurró a gritos.

—¿Quién…?

La vieja se apartó de mí y se alisó su estrafalario vestido.

—Mejor me voy, que como mi Cachimbi me vea hablando contigo querrá invitarte a la cena. —Su mirada se detuvo sobre mi clavícula, no sé si porque apenas veía o porque veía demasiado —. Y una ya no está para roer huesos de jóvenes como tú. Además, eres más pellejo y huesos que carne de verdad. Deberías alimentarte un poco mejor. No compensas el tiempo que tardaría en despedazarte y cocinarte.

Se me puso la piel de gallina y tardé varios segundos en recuperar la capacidad de reaccionar.

—¡Espere! —exclamé, dándome cuenta de que reaccionar no iba exactamente emparejado con una actitud racional y prudente.

La vieja se detuvo y me miró como si hubiera llegado a la misma conclusión.

—Te gusta tentar a la suerte, mortal —murmuró, entrecerrando sus ojos nublados.

—¿Vio el carruaje dorado con el escudo púrpura y los cuervos que entró antes al castillo? La bruja con el cabello rojo que iba…

Una mano huesuda, casi tan fría como la de un cadáver, me tapó la boca.

—¡Si quieres morir es cosa tuya, pero yo soy demasiado joven para hacerlo! —siseó alterada, sus ojos recorriendo frenéticos nuestro alrededor.

Resoplé y le aparté la mugrosa mano que olía a mil demonios. Dudaba que su concepto de juventud y el mío coincidieran, porque habría apostado a que ya estaba pudriéndose.

—¿Quién es? —exigí con más firmeza.

Ella entrecerró los ojos, me estudió y acabó por encoger los hombros con un gesto de indiferencia.

—Tu funeral, no el mío. Esa mujer significa malas noticias. Nada bueno ocurre cuando ella

está cerca, pero eso ya lo sabes. —Alzó la mano para detenerme cuando abrí la boca—. ¿Quieres entrar? Tú allá. Ve a los tenderetes rojos que hay al final de la calle. Allí es donde las damas que necesitan hombres de verdad encuentran lo que buscan.

—¡Espere! ¿Qué quiere decir con...? —Extendí una mano hacia ella para tratar de detenerla, pero la vieja se escabulló entre el gentío con la agilidad de una víbora.

Tenderetes rojos… Frotándome los brazos, volví a contemplar el castillo. ¿Eran imaginaciones mías o parecía más amenazante que antes? Volví a atisbar la silueta de un hombre recortada contra uno de los amplios ventanales, pero esa vez no se movió del sitio y, a pesar de la distancia, estaba convencida de que no miraba en mi dirección por mera casualidad.

Capítulo Diecinueve

ANDREA



En cuanto llegué a los *tenderetes rojos*, donde hombres semidesnudos yacían dispersos sobre sillones y divanes con las piernas abiertas y la piel reluciente de aceites aromáticos, quedó claro a qué se refería la vieja bruja con aquello de «Allí es donde las damas que necesitan hombres de verdad encuentran lo que buscan».

Uno de aquellos tipos, un fauno que mostraba sin pudor su fornido cuerpo me escrutó de los pies a la cabeza con una mirada perezosa y me obsequió con una sonrisa cargada de promesas. Fascinada, observé su mano trazar con parsimonia un sinuoso camino sobre sus firmes pectorales, cubiertos por un oscuro vello, para luego desaparecer bajo el escueto taparrabos, donde, con un movimiento lento y rítmico, me mostró el porqué de su arrogante seguridad cuando sus patas eran las de una cabra.

«¿Se puede saber qué demonios estás haciendo?», irrumpió Gabriel furioso en mis fantasías.

Me tomé un instante para llenar mis pulmones y solté el aire despacio. No es que realmente hubiera considerado aceptar la invitación del fauno, pero eso no significaba que dejara de ser una mujer que, mortal o no, tenía necesidades propias.

«¿Por qué siempre apareces en los momentos menos oportunos?», le espeté en respuesta. ¡Maldita voz! ¡Maldito Gabriel! ¡Y maldita la hora en la que permití que mi subconsciente lo trajera a mi vida!

«Yo diría que aparezco en los más idóneos», respondió con aires de suficiencia.

¡Cabrón!

Algunas de las mujeres que pasaban a mi lado me miraron de lado cuando se me escapó un bufido frustrado.

«Me temo que discrepo», repliqué distraída al percatarme de que las damas mejor vestidas no eran las que se detenían en las tiendas que bordeaban la calle, sino que se dirigían a lo que parecía una enorme carpa de rayas rojas y negras, cuyo llamativo cartel decía: Circo de las Pasiones.

Sin pensármelo, las seguí.

«Quedamos en que ibas a la fiesta a alimentarte», me reprochó Gabriel.

«¿Alguna vez has oído eso de que las mujeres podemos hacer dos cosas a la vez? Puedo alimentarme y satisfacer otras necesidades de manera simultánea», solté con sequedad. «Y solo para tu información y para que me dejes en paz, no he venido en busca de un revolcón. Una bruja me dijo que aquí podría encontrar lo que buscaba».

«Podrías alimentarte sin necesidad de desnudarte».

«No se refería a eso. Creo», admití.

«¿Entonces a qué?».

«A encontrar la forma de entrar en el castillo».

«¡¿Para qué demonios querrías entrar allí?! ¿Has perdido el juicio?».

Si me hubiera pillado en otro momento, probablemente habría coincidido con él.

«No hace falta ser tan agresivo, no es como si fuera a lanzarme por un precipicio».

«¿Y cómo llamarías a la intención de adentrarte en un castillo repleto de criaturas peligrosas ahora que no eres más que una mortal vulnerable y fugitiva? ¡Eres una vampiresa en un mundo que detesta y desprecia a los de nuestra especie!». Vale, tenía razón, pero no por ello me sentía menos insultada. «¿Crees que es una coincidencia que hubiera tantos soldados en el burdel de *Madame* Salomé? Tiene relaciones en las altas esferas y no es de las que dudan de echar mano de ellas. En cuanto alguien te reconozca, estarás de vuelta en el burdel, y esta vez Salomé no permitirá que vuelvas a escaparte con la misma facilidad».

«Entonces, tendré que asegurarme de que no me reconozcan», mascullé irritada. No sé si con él, conmigo misma o tal vez con el puto destino que seguía poniéndome trabas allá por donde iba. ¿Por quién me tomaba Gabriel? ¿Por Caperucita Roja adentrándose en el bosque prohibido? No tenía derecho de hablarme como si fuera una cría.

«Andrea…».

«¡No! ¡Tú no lo entiendes! ¡Estoy casi segura de que la bruja del Este ha asistido al baile del castillo!».

«¿Y esperas retomar tu amistad con ella para que te salve el pellejo? ¿O estás desesperada por volver a trabajar para ella como su lacayo?». Su voz de repente sonó mucho más dura y fría.

Solté una carcajada áspera, indiferente a las miradas de los transeúntes que se cruzaban conmigo. ¿Pensarían que estaba loca? ¿Qué importaba? Probablemente lo estaba. ¿Por qué si no iba a estar discutiendo con un *shangrile* imaginario que residía en mi cabeza?

«Créeme, nunca fue mi amiga».

«Parecíais uña y carne no hace tanto».

Podía haberle contado que estábamos mucho más unidas que eso, pero dudaba que él fuera capaz de entender la ironía.

«Eso es justo lo que diría Gabriel. A veces me asusta lo mucho que te pareces a ese imbécil. Estás en mi cabeza, deberías conocerme mejor y, sobre todo, deberías reconocer la verdad. ¡Maldita sea! Si hasta sabías que se celebraba una fiesta hoy. ¿Cómo es que cuando se trata de esa dichosa bruja ignoras todos los hechos?».

«¿Con hechos te refieres a que le hacías el trabajo sucio?».

Me detuve en seco.

«¿Lo estás diciendo en serio?».

«Vamos. Ni siquiera tú puedes ser tan ingenua como para no darte cuenta de que estás tratando de culpar a otros de tus propias acciones. ¿Qué pretendes? ¿Engañarme a mí o a ti misma?».

—¡Por la Diosa, esto es increíble! —mascullé entre dientes—. Eres igual de imbécil que él.

«¿Soy imbécil porque no caigo rendido a tus pies ni me dejo engañar por tus cuentos? ¿Crees que eres la primera presa a la que cazo que trata de convencerme de que es inocente?».

—¡No! ¡Lo eres porque deberías haberte percatado de que estaba cautiva! ¡Tú eras el único que tuvo la oportunidad de rescatarme!

Aceleré el paso cuando la gente a mi alrededor se detuvo para mirarme. ¡Mierda!

«¿De qué demonios estás hablando?».

—No tengo tiempo para esto ahora —murmuré al acercarme a la enorme carpa del circo, mientras sacaba con disimulo el saquito de monedas que le había hurtado a un duende tan

concentrado en robar un caldero que no notó cómo lo aligeraba de ese peso.

Creo que en la dimensión humana existía un dicho que decía algo como: «quien roba a un ladrón tiene cien años de perdón». No me vendría nada mal que eso fuera cierto.

«Andrea, ni se te ocurra entrar ahí».

«¿Por qué no te vas un rato a fastidiar a tu yo real? Seguro que os lleváis de maravilla y podéis tomaros unas copas de sangre juntos mientras me criticáis sin saber de lo que estáis hablando».

«¡Eres una mujer con *shangrile*!».

Solté una carcajada mental, ya que había llegado a las cortinas de terciopelo negro y lo último que quería era que me prohibieran el acceso por discutir con una voz que solo existía en mi mente.

«¿Soy una mujer con un *shangrile* o con un imbécil ciego que lo único que intenta es llevarme al patíbulo? Estamos en el siglo XXI, deberías saber que eso ahora se considera una relación tóxica».

Le ofrecí una sonrisa al enorme cíclope de dos cabezas que guardaba la entrada del Circo de las Pasiones.

—¿Cuánto cuesta la entrada? —pregunté, dejando caer algunas monedas en su palma con un tintineo, esperando que fueran suficiente incentivo para que pasara por alto mi atuendo inapropiado.

Las dos cabezas se giraron la una hacia la otra para compartir una mirada en un gesto que resultaba, cuando menos, perturbador.

—Aquí no aceptamos dinero —dijeron al unísono. ¡Madre de la Diosa! Sí que era espeluznante observarlos—. Ahí está la tabla de precios. —El de la derecha señaló un tablero a mi espalda, mientras el de la izquierda me dedicó una sonrisa depredadora que mostraba sus amarillentos dientes.

Apartándome de ellos, me giré con cuidado de no darles la espalda. Mis ojos se abrieron de par en par al echar un vistazo a la supuesta lista de precios. El portero podría ser un demonio (o dos), pero el dueño o dueña del circo estaba claro que debía de practicar magia negra.

Revisé con atención el listado:

Un recuerdo feliz de tu infancia por un máximo de tres horas.

Me entraron ganas de soltar un bufido. Como si me sobraran de esos.

Un día de tu tiempo vital.

Mmm, eso podría ser una posibilidad. Aunque siendo mortal… ¿Y si no era capaz de recuperar mi inmortalidad y tenía los días contados?

Un sueño no realizado.

Pensé en Gabriel, mi madre y mi hermana… ¿Estaba dispuesta a sacrificarlos por algo que estaba en el aire?

La habilidad para ver el color rojo.

¡Mierda! ¿Y cómo iba a diferenciar el color de la sangre? Ahora que era mortal era más importante que nunca poder diferenciarla.

Un secreto que nunca has revelado.

Vale, con eso sí que existía la posibilidad de arriesgarme sin perder demasiado. Solo era cuestión de pensar un poco y cubrirme las espaldas.

El sabor de tu comida favorita.

Encogí la nariz. ¿Sangre sin sabor o incluso uno que me disgustara? ¡Ughh!

La sensación de tu primer beso.

¡Ajá! ¡Ese era perfecto! No recordaba mucho de él, solo que fue corto, que ni yo ni el chico en cuestión sabíamos lo que hacíamos y, que, además, él tenía un regusto ligeramente amargo en la boca, por lo que di gracias cuando terminó.

Revisé el resto de la lista por si encontraba una opción mejor.

Una octava de tu rango vocal.

Un año de las memorias de tu juventud.

La capacidad de sentir remordimiento.

¡Alto ahí! ¿Eso no implicaba convertirse en un monstruo? Empezaba a plantearme si los sacrificios no serían en realidad una trampa.

Un talento que posees.

La última lágrima que derramaste.

Un vial de tu sangre.

Un mechón de tu cabello.

El sonido de tu risa.

La memoria de tu peor temor.

Esas últimas opciones podía entenderlas. La magia negra operaba con sangre y sacrificios, aunque solo un necio le daría sangre, lágrimas o un mechón de cabello a un practicante sin escrúpulos. Sin embargo… ¿No sería beneficioso para la persona perder la memoria de su peor

temor? A menos que… ¿Y si pensaban usar ese temor para chantajear o manipular a su donante? ¡Malditos sinvergüenzas manipuladores!

Una gota de tu esencia vital.

…

En vez de seguir leyendo, me giré con brusquedad hacia el cíclope de dos cabezas.

—Estoy dispuesta a sacrificar la sensación de mi primer beso.

Sus ojos se entrecerraron.

—De acuerdo, aceptamos tu primer beso de amor.

—Ahí no pone nada de amor —lo interrumpí con firmeza.

El gigante se quedó mirándome con cada uno de sus escalofriantes ojos como si no me viera y, de repente, sonrió. Se me erizó el vello de la nuca.

—Eso es lo que pone en el cartel.

Me volví para señalarle su error, pero justo al lado de «La sensación de tu primer beso», había aparecido en letra cursiva y claramente diferente «de amor».

Crucé los brazos sobre el pecho y lo estudié como él había hecho conmigo mientras mi mente regresaba durante unos segundos al pasado junto a Azrael.

—¿Estáis seguros de que queréis la sensación de mi primer beso *de amor* hasta el día de hoy? —pregunté procurando mantener mi rostro impasible—. El primer beso era mejor.

—Seguros —afirmó la cabeza derecha.

—Y no hay marcha atrás si no os gusta, ¿verdad?

—Somos hombres de palabra —afirmó la cabeza izquierda con bastante más convencimiento del que yo era capaz de creerme.

—De acuerdo entonces. —Les ofrecí la mano y me la aceptaron sin dudarlo. Una leve corriente eléctrica corrió por nuestras palmas sellando el trato. Ambos rostros fruncieron sus ceños, algo un tanto… *inquietante* cuando solo tenía uno de ellos por cada cara. Se miraron entre sí para luego volver a mirarme con una expresión airada.

Retirándoles mi mano, me la limpié en los pantalones.

—Os advertí que el primer beso era una opción mejor.

—¡Era la única opción! —sisearon los dos al unísono.

Encogí los hombros.

—Fue la que elegisteis. No es culpa mía que nunca me haya besado nadie de quien estuviera enamorada o que sintiera por mí algo más que lujuria. Un trato es un trato y yo he cumplido mi parte.

Ambas cabezas refunfuñaron, pero el cíclope acabó por apartar su enorme cuerpo y abrir la cortina de terciopelo negra para dejarme pasar.

—Un último aviso antes de entrar. —Una de sus cabezas se giró hacia mí por encima del hombro en un movimiento que parecía sacado de una película de terror—. Pasar al interior implica la aceptación de las normas, salgas o no con vida.

Antes de que pudiera preguntarle de qué estaban hablando, el maldito cabrón me empujó al interior y cerró las cortinas. Empezaba a tener la sensación de que no era yo la que se la había jugado a ellos, pero no podía permitirme el lujo de regresar si existía alguna posibilidad de encontrar la forma de entrar en el castillo.

Capítulo Veinte

ANDREA



Si por fuera la carpa hacía honor a su nombre de Circo de las Pasiones, una vez dentro, la realidad superaba cualquier posible expectativa que pudiera haberme hecho. Alguien había invertido una ingente cantidad de magia y recursos en aquel lugar. El recinto no solo era enorme, sino inmenso. Era imposible que aquella magnitud se debiera a un simple efecto óptico, porque parecía que hubieran comprimido un barrio entero dedicado al placer y la lujuria en lo que desde el exterior solo se veía como una carpa normal y corriente.

La visión del espacio interior era un espectáculo en sí mismo. Del techo pendían majestuosos telares de seda, en los que criaturas desnudas, transparentes y con un brillo cristalino, se contorsionaban en un estado de éxtasis permanente. Era como si manos y bocas invisibles estuvieran acariciándolas y besándolas, envolviéndolas en puro placer. Era hipnótico observar a aquellos seres flotando como resplandecientes y bellas medusas en el aire. Era etéreo, casi irreal, y no lo era menos el modo en que sus rostros reflejaban una entrega absoluta a quien fuera o lo que fuera que los tuviera así.

Podría haberme quedado contemplando aquellas hermosas criaturas por el resto de la eternidad, puede que incluso lo había estado haciendo sin darme cuenta. Pero el hechizo se rompió cuando sonaron palmadas y exclamaciones de asombro a mi derecha.

—¿Los desea de dolor o de placer?

Me giré hacia el fornido centauro que mostraba a una amazona rubia lo que parecían ser una flecha de oro y otra de ónice.

La mujer, con el inconfundible porte de una guerrera, lanzó una ojeada calculadora al fondo del puesto, donde yacía tendido sobre un diván un hombre lobo. Parpadeé y estudié al chico más de cerca. Sus facciones simétricas, casi femeninas, sus labios llenos, la inocencia en sus ojos azules y su cabello dorado que le caía sobre la cara, lo hacían… ¿hermoso? Era tan lindo que entraban ganas de ir a por él, tomarlo en brazos y esconderlo en un lugar seguro donde estuviera a salvo del mundo.

Con el reverso de la mano, me sequé algunas gotas de sudor de la frente en un repentino sofoco. Había oído rumores de los omegas, pero hasta ese instante, al ver por primera vez uno de cerca, no había comprendido el motivo de su fama y, mucho menos, el efecto que podrían llegar a tener sobre la gente que se encontraba en su entorno.

Debía de encontrarme al menos a veinte o veinticinco metros de él y, aun así, ejercía un magnetismo difícil de resistir. No quería ni pensar en lo que me haría de estar más cerca de él.

—Placer por ahora —replicó la amazona, eligiendo con determinación la flecha dorada mientras el público se aglomeraba a su alrededor, sus cuerpos presionándose unos contra otros en su ansiedad por presenciar el espectáculo.

Cualquiera que hubiera escuchado del disciplinado y, a veces, cruel entrenamiento de una amazona, sabía que no fallaría a menos que quisiera hacerlo. Mis ojos se abrieron al ver cómo la guerrera tensaba el arco con gestos practicados y apuntaba al guapo omega. ¿En serio iban a permitir que le disparara una flecha a una criatura considerada no solo valiosa para los de su especie, sino en peligro de extinción? Me adelanté un paso para ponerle un freno a aquello, hasta que descubrí el brillo ansioso y hambriento en los preciosos ojos azules, que venía acompañado del delicado aroma a miel y lluvia.

¡Madre del amor hermoso! Mis colmillos saltaron como si tuvieran resortes y sobre mi lengua se extendieron varias gotas de mi veneno. Mis ojos se abrieron horrorizados y mi estómago se convulsionó en una queja agónica. Si me acercaba solo un paso más al omega, me lanzaría sobre él antes de que alguien pudiera detenerme. Y si bebía de él…, tal y como olía, dudaba mucho que fuera capaz de parar. ¡Mierda!

El silencio entre los presentes fue tal que se oyó el siseo de la flecha al cruzar el aire. Como era de esperar, la amazona dio en el blanco. En el mismo instante en que la punta dorada alcanzó el liso estómago del joven me encogí, pero, antes de que pudiera atravesar su piel, la flecha se convirtió en humo y, en menos de lo que dura un chasquido, observé boquiabierta cómo el omega arqueaba la espalda sobre el diván, con los dedos enredados en los cojines que lo rodeaban y su boca abierta de par en par en un agónico grito mudo.

Sospechaba que el silencio se debía a algún tipo de encantamiento y no a que la criatura conseguía de verdad retener sus jadeos y gemidos. Era imposible que, por el modo en que se sacudía su delicado cuerpo juvenil, pudiera estar fingiendo un interminable orgasmo, mientras sobre su bajo vientre se formaba un charco blanquecino.

El centauro se acercó al omega, llenó una botellita de cristal con sus fluidos y se la entregó a oler a la amazona antes de cerrarlo. La mujer se estremeció de forma visible y sus pupilas se dilataron hasta lo imposible. En cuanto el centauro dejó la botellita en el mostrador ante ella, la amazona se aferró a ella como si temiera que fueran a robársela.

—El mismo omega, pero esta vez una flecha de doce —exigió la amazona sin despegar la vista de su presa, que al fin cayó exhausto, aparentemente sin esqueleto, por la forma en que se desparramó como un pulpo sobre el diván.

¿Una flecha de doce? ¿Doce orgasmos? Estudié al pobre chico, quien con el primero ya parecía haber alcanzado su límite. Si después de doce más podía sostenerse sobre sus piernas sería un milagro.

Con mis colmillos pulsando y más veneno cayendo sobre mi lengua, me forcé a despegar la vista del espectáculo para seguir explorando. Tenía un objetivo, dos en realidad. No podía permitirme el lujo de dejarme atrapar por el hermoso omega y sus increíbles orgasmos o de arriesgarme a que me apresaran por haberlo dejado seco (de sangre).

Revisé con la vista los puestos y atracciones por los que pasé sin detenerme demasiado. Por más que busqué una pista de cómo entrar en el castillo, no encontré ninguna. ¿La vieja bruja se había equivocado o yo la había interpretado mal y estaba buscando en el lugar equivocado?

El siguiente puesto por el que pasé exhibía juguetes mágicos para adultos de diferentes formas y tamaños (algunos que me hicieron parpadear varias veces y tragar saliva y otros, siendo honesta, no me hubiera importado tenerlos en mi mesita de noche). Para más inri, anunciaban placeres inimaginables y ofrecían la posibilidad de probarlos en la muestra de hombres y mujeres que se encontraban a disposición de los clientes. ¿Por qué nunca me había recomendado nadie venir a pasar unas vacaciones aquí?

En el siguiente puesto, se encontraban expuestas pociones, infusiones, elixires, pomadas y

otros mejunjes que, al parecer, servían para aliviar toda clase de bloqueos y problemas en la cama. Los más exitosos, a juzgar por las tres personas que estaban esperando su turno, eran sin duda los que prometían vigor y fortaleza, pero sobre todo un largo listado de proezas físicas enumeradas de una en una en el largo pergamino pegado en la pared.

Al leerlo (quedarme con la intriga nunca fue mi fuerte), estuve convencida de que mis cejas terminaron de fundirse con las raíces de mis cabellos. ¿Quién querría pasarse cuarenta y ocho horas seguidas dándole a la zambomba sin parar? No me extrañaba que el vendedor ofertara un *pack* que contenía, además, una pomada para el escozor, un par de píldoras vitamínicas que quitaban el hambre y ayudaban a devolver las fuerzas y, como colofón final, un desodorante genital a base de baba de lagartijas preñadas y alas de moscas diabólicas.

Si me paraba a pensarlo, ¡ugggh!, ¿por qué querría alguien echarse algo tan asqueroso ahí abajo?

«Dime la verdad, ¿estarías dispuesto a echarte baba de lagartijas y polvos de alas trituradas de moscas en tu Gabrielito, con tal de convertirte en un semental *non-stop* durante los próximos dos días?», le pregunté a mi eterno acompañante, que ya llevaba un buen rato callado.

«¿De qué estás hablando?», indagó Gabriel como si estuviera en otra parte y no hubiera estado prestando atención.

«De que en ese puesto venden un pack para aprovisionarte de cualquier cosa que te haga falta para echar un megapolvete de cuarenta y ocho horas».

¿El sonido ahogado que se oía al fondo era Gabriel atragantándose con su propia saliva (o lo que fuera con lo que se ahogaban por sí solos los amigos invisibles)?

«Muy graciosa. Soy inmortal, ¿lo recuerdas? No necesito ninguna droga para el vigor o como quieras llamarlo y, desde luego, no tengo un Gabrielito».

Intenté contener una risotada. Con todo lo poderoso y seguro de sí mismo que parecía, ese hombre no se diferenciaba demasiado del resto de su género en lo que a determinados temas se refería.

«Cierto, cierto, he visto cómo te abulta», afirmé con un tono absolutamente serio. «Llamarlo Gabrielito sería un insulto para él y no queremos que coja complejos. ¿Qué tal si a partir de ahora lo llamamos grandullón?».

«Olvídalo», replicó con un resoplido.

«¿Gabi?», insistí, alzando la etiqueta de una vela verde con forma fálica para averiguar sus usos.

«¡No!».

Sonreí y solté la vela. El por qué oír a Gabriel gruñir me provocaba calma era un misterio, pero mientras funcionara, no pensaba renunciar a ese tipo de pequeños placeres.

«¿Qué tal… mmm…? —Me mordí los labios y pasé al siguiente puesto, que básicamente tenía lo mismo que el anterior, aunque las pociones y elixires habían sido sustituidos por talismanes y piedras con propiedades mágicas—. ¿Hermano mayor?».

¡Diosa! Hasta yo tenía que admitir que ese nombre era horrible y que podía llegar a provocarle problemas de disfunción eréctil si lo llamaba así. Tomé una profunda inspiración para retener la risita que amenazaba con escaparse.

«¡Ni de casualidad!», exclamó indignado, ¿o era irritado? Eso de no poder verle la cara era una lata.

«Tienes razón». Encogí los hombros de forma mental, o por lo menos en lo que esperaba que fuera una versión mental de ello. «De todos modos, prefiero grandullón».

Gabriel gruñó, pero no volvió a protestar. Sonreí satisfecha por haberme salido con la mía y

continué mi exploración de lo que ahora eran edificios con atrayentes escaparates, que ofertaban masajes con manos fantasmales, servicios de spa con vapor infernal y jacuzzi de lava, orgasmos a la carta, escapes oníricos y un salón de belleza regentado por diminutas hadas.

Con un suspiro, le lancé una mirada de añoranza a mis uñas rotas bajo las que ya se había acumulado otra vez un reborde negro. ¿Cuándo había sido la última vez que me había dedicado tiempo a mí misma, para cuidarme y concederme un pequeño capricho? Apostaba a que el trabajo de las hadas con las uñas debía de ser una pequeña obra de arte. Habría dado cualquier cosa por ponerlo a prueba, pero mi estómago no había dejado de enviarme avisos desde que perdí de vista al omega y tampoco quería perder la oportunidad de reencontrarme con la bruja del Este antes de que se me escapara de las manos.

Llevaba explorando cerca de media hora aquel mundo contradictorio, donde igual te encontrabas una cafetería cuyos camareros servían deliciosos muffins, desnudos y con pajarita en el cuello y lacitos de color rosa alrededor de sus partes, que una mazmorra que presumía de tener la colección más exclusiva de objetos de tortura, esclavos y objetos de posesión, cuando Gabriel me habló de nuevo:

«Has renunciado a tu primer beso de amor». Su voz sonó extrañamente… Sonó extraña, punto, casi como una sentencia a muerte.

¿Era eso lo que lo había mantenido tan callado?

«Mi primer beso de amor *hasta ahora*», lo corregí mientras trataba de orientarme en aquel laberinto de pecados, placeres y morbo.

«¿Por qué accediste a algo así?». Aunque no pudiera verlo, podía imaginármelo sacudiendo la cabeza agachada para luego mirarme fijamente a los ojos.

Capítulo Veintiuno

ANDREA



Su pregunta se repitió en mi mente como un mal eco. ¿Por qué había accedido a renunciar a mi primer beso de amor?

«Lo sabes. Lo escuchaste», le recordé. «No tenía ninguna memoria al respecto que pudiera perder».

«¿Y… ». Titubeó. «Y qué pasa con el rey?».

«¿Azrael?». Encogí los hombros aunque no pudiera verme. «Fue un buen amigo, casi un hermano mayor, hasta que mi padre me ordenó seducirlo», expliqué distraída al detenerme delante de un centro de belleza metamórfico que ofrecía cambios de imagen integrales. «Después de eso… creo que Azrael lo supo, adivinó el motivo de mi cambio de actitud hacia él y lo usó contra mí».

No podía decir que no lo disfrutara a un nivel físico. Azrael era un amante experto y considerado con sus amantes, sabía lo que se hacía y cómo proporcionar placer. El único problema era que se trataba de simple y puro sexo, nada más y que, cuando dejaba su cama, siempre llevaba conmigo un vacío que me duraba días.

—¿Estos cambios son permanentes? —le pregunté a la criatura de piel turquesa, orejas de gato y ojos como galaxias, que me recibió con una sonrisa al entrar en el elegante vestíbulo del salón del centro de belleza.

No tenía ni idea de lo que era aquella criatura, con esas orejas de gato y la larga cola que se movía como si tuviera vida propia. No era un cambiaformas, al menos no olía a uno, pero… No, no tenía ni idea.

—¿Quieres que lo sean? —la voz de la criatura era tan melodiosa que se me puso la piel de gallina—. Que los cambios sean permanentes —explicó cuando me detuve confundida.

Negué. Cambiarme físicamente podría haber sido una solución a la mayoría de mis problemas, pero me resistía a perder lo poco que me quedaba de mí misma. Sin contar que tampoco tenía el dinero para hacerlo.

«¿Tu padre te ordenó acostarte con él?», irrumpió Gabriel airado en mis pensamientos. «¿El rey te forzó a convertirte en su amante?».

«¡¿Qué?! ¡No! ¡Claro que no! Azrael jamás haría algo así». Obvie los extremos a los que estaba dispuesto a llegar mi padre cuando se trataba de mí.

—También podemos ofrecerle cambios de rostro hasta el amanecer —me explicó la criatura azul—. O de cuerpo entero si quiere disfrutar de la noche sin que puedan reconocerla o si quiere convertirse en la fantasía de alguien a quien conozca. Tenemos una oferta y garantizamos una alternativa si le queda algún efecto secundario después de regresar a su imagen habitual.

Uhmmm… vaaaaleee. ¿Era eso a lo que se había referido la bruja cuando me envió a ese

lugar? ¿A un cambio de rostro y cuerpo temporal? Era una buena opción para que no me reconociera nadie. ¿Sería suficiente para ayudarme a entrar en el castillo? Me mordí los labios. Lo último que quería era acabar con el rostro de otra persona para el resto de mi vida. Ni siquiera me importaba si el resultado me convirtiera en una Miss Universo. Quería seguir siendo yo misma, aunque fuera lo último que hiciera. ¿Qué se suponía que debía hacer?

Una punzada en el estómago me hizo sujetarme al mostrador y me recordó que tenía ciertas prioridades. Podía dejar las decisiones para más tarde.

—¿Precio? —pregunté sin aliento.

La criatura ladeó la cabeza.

—¿Qué tal esos colmillos, y podríamos acompañar el trato de un anillo que le permita transformarse con glamur durante un total de cuarenta y ocho horas a repartir a su antojo durante un año?

¿Mis colmillos? ¿Por un anillo encantado con fecha de caducidad? ¿Se había vuelto loca? ¿Con qué esperaba que fuera a alimentarme el resto de mi vida? ¿Con cañitas?

—Eh… Me lo pensaré, gracias —solté entre dientes cuando me atravesó otro ramalazo de dolor. Ya casi estaba en la puerta cuando volví a girarme—. ¿Sabe de algún lugar oscuro en el que podría… uh… tener sexo sin que importe mi físico?

Los enormes ojos parpadearon tres, cuatro veces.

—Si lo que se refiere es a un lugar en el que pueda satisfacer su sed sin tener que enfrentarse a las consecuencias, yo probaría las mazmorras o la caja octogonal —propuso como si me hubiera leído el pensamiento.

—¿Y la caja octogonal está…? —Lo último que pensaba hacer era pasar el tiempo en unas mazmorras cuando precisamente estaba tratando de evitar acabar en una.

—Final de la calle, gire a la derecha y verá las indicaciones para llegar al laberinto del Deseo Oscuro. Lo encontrará justo al lado. Se llama la Caja de las Fantasías Secretas y el Olvido.

Ummm… Curioso nombre.

—Gracias.

—Tenga cuidado de no perderse en su olvido. Estaremos abiertos hasta el amanecer si decide aceptar la oferta —gritó a mis espaldas con su melodiosa voz, mientras me marchaba apresurada para seguir la dirección que me había indicado.

«¿Qué pasó entonces, con el rey?», preguntó Gabriel en cuanto estuve de nuevo a solas.

Me detuve en medio de la calle con una repentina sensación de pérdida. Nunca me había detenido realmente a pensar en lo que había pasado entre Azrael y yo. Hacerlo me resultaba demasiado bochornoso.

«Creo que se sintió traicionado y me hizo pagar por ello», confesé despacio, más a mí misma que a él. «No me obligó, pero me usó. Nuestro primer beso…». Tomé una profunda inspiración. «Nuestro primer beso fue él tomando posesión de mí mientras me dejaba claro que, si seguía adelante con él, me convertiría en su juguete».

Tragué saliva. En aquel momento del pasado sus palabras me habían parecido mucho más morbosas, pero ahora que lo recordaba desde la distancia, Azrael me había ofrecido de forma literal la oportunidad de decidir si estaba dispuesta a convertirme en su juguete. Estaba tan excitada y eufórica de que mi seducción hubiera dado resultado (y nada menos que con el mismísimo rey de los vampiros) que no me percaté de que no estaba bromeando y que acababa de convertirme en un objeto de su posesión con el que entretenerse.

La vergüenza que me inundó fue casi dolorosa en su intensidad.

—Me convertí en la puta del rey y ni siquiera me di cuenta de que lo era —murmuré.

Gabriel tardó en responder.

—¿Y con tu *shangrile*? ¿No debería ese haber sido un primer beso de amor? —No me pasó desapercibido que, de repente, hablara de sí mismo y del verdadero Gabriel como dos entidades separadas, a pesar de que últimamente sonaba cada vez más como un clon de él.

Solté una carcajada seca y seguí mi camino.

—¿Te refieres al hombre que me cazó hasta obligarme a saltar al río Styx y perder mi mortalidad? —Me refugié en el cinismo para olvidarme de mi embarazo—. ¿El mismo que estaría dispuesto ahora mismo a llevarme al patíbulo si me atrapara? ¿O debería decir, el mismo que besó a la bruja mientras esta me poseía y no escuchó mis voces, rogándole que me liberara, desde la prisión donde me había encerrado? ¿Sabías que luego me acusó de su propia ceguera y sordera? —Sacudí la cabeza con una sonrisa de autodesprecio—. Te aseguro que aquello no fue ningún beso de amor, no por su parte. Y yo…, si te soy sincera, mientras la maldita bruja me poseía ni siquiera era capaz de sentir el vínculo que compartía con él. Era algo tan lejano, tan irreal, y visto a través del desprecio con el que lo consideraba ella…». Sacudí de nuevo la cabeza. «Desde mi perspectiva, Gabriel y yo tenemos un vínculo, pero no hay amor y, desde luego, jamás nos hemos besado de verdad. Todo lo que hubo lo tuvo con ella mientras yo me moría sin que ni él ni nadie se diera cuenta o le importara».

Su silencio esta vez fue tan largo que acabé teniendo que preguntarle:

«¿Grandullón? ¿Sigues ahí?».

«Intento entender lo que acabas de contar, pero lo cierto es que no consigo hacerlo. Nada de lo que dices tiene sentido».

Con un pesado suspiro, me dirigí al enorme edificio negro sobre cuya puerta había un colorido cartel en el que se leía:

LA CAJA DE LAS FANTASÍAS SECRETAS
(y el Olvido).

Haz realidad tus fantasías más prohibidas y olvida aquello que no quieres recordar.

El nombre era cuanto menos interesante y la descripción, perfecta, casi como si alguien lo hubiera escrito para mí.

«No hay mucho que entender», le contesté a Gabriel. «La bruja del Este hacía negocios con mi padre. El día que se enteró de que era la amante del rey de los vampiros comenzó a fijarse en mí. Usando mis inseguridades en mi contra, encontró la forma de convertirme en su esclava, de poseer mi cuerpo y utilizarlo a su antojo haciéndose pasar por mí, mientras yo me quedaba encerrada en mi propia mente, sin poder comunicarme con nadie y sin poder pedir auxilio. Para cuando me liberó por primera vez y me permitió ser yo misma, no solo me conocía lo suficiente como para amenazarme con mi madre y mi hermana, sino que me había metido en tal lío que ya no tenía forma de sobrevivir sin su ayuda. O al menos eso es lo que creí hasta que no me quedó más remedio que apañármelas por mí misma».

—¿Qué es lo que hay ahí dentro? —le pregunté al duende que guardaba la entrada de la caja.

Sus pequeños y perspicaces ojos me estudiaron con un brillo calculador.

—Oscuridad, sexo, fantasías, lo que tú quieras que haya, y olvido.

«¿Qué estás haciendo?», preguntó Gabriel alertado. «No puedes estar pensando en arriesgarte

a entrar ahí».

Capítulo Veintidós

ANDREA



Ignoré a Gabriel para centrarme en el pequeño hombrecillo verde que estaba esperando a que le dijera qué era lo que iba a hacer.

—¿Estamos hablando de un olvido temporal o permanente? —pregunté, tratando de no entornar los ojos ante las exigencias con las que Gabriel estaba llenando el fondo de mi mente.

—Temporal, el tiempo que pases en el interior, a menos que quieras que se haga permanente —respondió el duende, haciendo temblar sus peludas cejas como si estuviera proponiéndome algo morboso.

¡Aaaarggh!

—Cuando dices *quieras* —especifiqué entrecomillando la palabra con los dedos—, te refieres a simplemente desearlo de forma subconsciente o a realizar un acto premeditado en el que se exija pedirlo en voz alta o escribirlo y echarlo en algún buzón mágico.

—¿Qué es subconsciente? —Cuando me quedé mirándolo, el duende encogió los hombros. Me había criado con sirvientes como él en la casa de mi padre, sabía cómo les gustaba jugar con las ambigüedades—. Podemos añadirle una cláusula al contrato en la que tengas que expresar en voz alta que dejas tus recuerdos atrás antes de salir.

—¿Y cuál sería la letra pequeña de ese contrato? —inquirí, recelosa.

—Que las fantasías de otros pueden no ser las tuyas —replicó con un brillo malicioso en los ojos.

Genial, justo lo que me faltaba.

«Es demasiado arriesgado. Tal y como lo ha expresado, entrar ahí puede ser más peligroso de lo que parece», insistió Gabriel, y por una vez tuve que darle la razón.

—¿El peligro está solo relacionado con las fantasías de los demás o hay algo más que debería temer? —me dirigí al hombrecillo, a sabiendas de que la única forma de obtener respuestas reales era haciendo las preguntas adecuadas.

—Solo el que pueda suponerte tus propias fantasías —contestó con una sonrisa torcida, claramente divirtiéndose a mi costa. ¡Imbécil!

No es que lo aprobara, pero a veces entendía por qué había tantos accidentes laborales de duendes. Si hubiera tenido un jardín donde ponerlo como decoración y no acabara de escapar del burdel, le habría pedido a *Madame* Salomé que lo convirtiera en una bonita estatua de piedra, preferentemente con los pantalones bajados o con los brazos en alto chillando histérico, o tal vez una combinación de ambas posturas al mismo tiempo.

—De acuerdo, quiero entrar —declaré con determinación.

Manteniendo esa maldita sonrisa que me sacaba de quicio, se sacó un rollo del bolsillo, lo abrió y dejó que el pergamino se desplegara hasta el suelo. ¡Maldito enano cabrón!

«¡Ni se te ocurra firmar eso!», rugió Gabriel.

—Ahí hay muchas más letras pequeñas de lo que has mencionado —señalé con los ojos entrecerrados y los brazos en jarras.

—Eso depende de lo que consideres pequeño —replicó el hombrecillo sin inmutarse—. Yo lo soy para unos y para otros soy un gigante. El tamaño es subjetivo.

Respiré hondo, formulando cuidadosamente mi siguiente pregunta:

—¿De qué deberías avisarme si realmente te importase mi bienestar y no lo has hecho?

Sus peludas cejas se alzaron con interés.

—Nada que no sepas por ti misma.

¡Maldito…! ¡Argggh!

—Trae para acá la pluma —exigí, extendiendo la mano.

—Mejor con sangre, por favor —sugirió con un brillo de anticipación en sus ojos.

—*Mejor* que no entres si no quieres convertirte en una de mis fantasías —mascullé por lo bajo mientras sacaba una de mis garras para pincharme en el pulgar.

«¡Andrea, no lo hagas!».

—¿Quién sabe? A lo mejor lo hubiera disfrutado —comentó el duende con picardía.

Se me escapó un resoplido. Lo dudaba.

«No entres ahí. No es seguro y no sabes qué clase de seres te esperan ahí dentro».

Haciendo oídos sordos a las advertencias de Gabriel, estampé el dedo sobre el pergamino, el cual se desintegró de inmediato en diminutas partículas de ceniza.

«Demasiado tarde», pensé.

«No quiero que entres ahí», gruñó Gabriel frustrado.

Rodé los ojos ante su tono. ¿Cómo era posible que el personaje imaginario que yo misma había creado fuera tan protector y posesivo e irritante a la vez? Si alguna vez regresaba al mundo humano, de verdad que iba a tener que plantearme una visita a uno de esos psicólogos o terapeutas que tan de moda se habían puesto durante la última década. Puede que hasta consiguiera hacer desaparecer la voz de Gabriel de mi mente si tenía a alguien real con el que desahogarme. Aunque, a decir verdad, estaba empezando a acostumbrarme tanto a él que iba a terminar echándolo de menos.

«Es el sitio donde me será más fácil alimentarme», intenté razonar con él cuando comencé a sentirme culpable por ignorar sus advertencias y súplicas.

«También en el que más probabilidades tienes de resultar herida o muerta», ladró, alterado.

Tragué saliva. Tenía razón. Era una posibilidad, en especial tras las advertencias del cíclope de la entrada y del duende. Pero ya no había vuelta atrás.

«Estoy en las últimas», confesé. «Mis pensamientos son cada vez más confusos».

Gabriel soltó un pesado suspiro.

«Está bien. Si acabas drenando a alguien, mejor que no haya testigos». Hizo una pausa antes de continuar: «Pero cuando entres, tómate un momento para encontrar un rincón tranquilo desde el que puedas estudiar y valorar el ambiente. Si no puedes ver, usa tus otros sentidos. No te lances a lo loco».

«¿Te quedarás conmigo?».

Hubo un silencio.

«Estaré contigo», prometió y, por algún motivo, eso me hizo sentir mejor.

El duende de la entrada se apartó aburrido, como si cualquier rastro de interés por mí se hubiera desvanecido junto con el contrato, y me dejó pasar.

—La ropa se queda en el vestíbulo. Nada de armas o pertenencias personales. Si no se

respetan las reglas, al pasar por el arco final, se desintegrarán.

En cuanto cerró la puerta a mi espalda y me encontré en una pequeña sala de paredes negras, donde solo había una mesa rectangular cubierta por un largo y sencillo paño negro y una caja vacía, mi valor desapareció. No me gustaba la idea de quedarme desnuda en un sitio desconocido sin saber qué era lo que me esperaba, y tener que dejar mis dagas atrás me hacía sentir aún más vulnerable.

Desde que había perdido mi inmortalidad, había pasado por muchas fases y ninguna de ellas era especialmente buena, pero era la primera vez que me sentía tan débil y frágil como una humana y no podía decir que eso fuera un sentimiento agradable. ¡Joder! ¡Lo que habría dado por recuperar la fuerza y resiliencia que caracterizaba a los de mi especie!

Agachándome, saqué las dagas de mis botas y las dos que tenía guardadas en mi espalda. Las contemplé con una enorme presión en el pecho. Eran lo único que me quedaba de mi vida anterior. No eran ni mucho menos las más caras o las más bonitas que había sujetado en mi vida, pero habían sido las que me había comprado con mi primer sueldo. Había sido un momento especial, de los pocos en los que había sido feliz y me había sentido orgullosa de mis logros. La idea de perderlas era como si mis últimas esperanzas de regresar a la normalidad fueran a desaparecer con ellas.

Mi estómago eligió ese instante para recordarme que mi tiempo se estaba acabando. Con un jadeo, me doblé sobre mí misma y mis garras se hundieron en el pesado mantel negro dejando tras de sí cuatro largos rasgados. Como si la tela tuviera vida propia, las largas líneas desgarradas se volvieron a unir sin dejar ningún rastro atrás.

«¿Andrea?», Gabriel sonó alarmado.

«Yo… ¡Diosa! Creo… creo que voy a morir», jadeé.

«¿La sed?».

«Síií… Aaah». Intenté llevar aire a mis pulmones para no desmayarme. «Es como si mi estómago se estuviera volviendo del revés. ¡Duele! ¡Diosa, cómo duele!».

«Tienes que desnudarte y pasar por ese arco antes de que sea demasiado tarde», me presionó con urgencia. «¡Hazlo!».

Por una vez agradecí su manía de darme órdenes, porque consiguió sacarme de mi estupor y empujarme a obedecerlo, a pesar del esfuerzo que me supuso mantenerme en pie. Tan pronto como coloqué las dagas con cuidado sobre el montón de ropa, la caja desapareció junto a la mesa, dejándome solo una opción: seguir y pasar por las cortinas negras que cubrían la puerta al fondo de la estancia.

«No te lo pienses siquiera, pasa al otro lado».

Para darme valor, imaginé que era Gabriel quien me esperaba allí y que, por una vez, no me estaba hablando desde mi cabeza, sino desde la habitación que se encontraba más allá del arco.

En cuanto atravesé el umbral, las cortinas se solidificaron a mi espalda como si acabaran de convertirse en una pared y el mundo pareció transformarse. Me envolvió una oscuridad tal, que ni con mis desarrollados sentidos pude ver a un palmo de mis narices. El silencio fue sustituido por una cacofonía de susurros, ronroneos, gritos, jadeos y ruegos. Se entremezclaban con el olor a sexo y pecado y eran tan intensos que casi podía saborearlos sobre mi paladar.

Pero, sobreponiéndose a todos aquellos estímulos, estaba el sonido de los corazones y la sangre, que corría con tal frenesí por las venas de los que se encontraban allí que era fácil imaginar cómo me salpicaría la boca cuando les mordiera en el cuello… Si lo hacía, porque solo había un aroma que me interesaba en realidad. Uno dulce, suave, con un cierto trasfondo especiado, que prometía derretirse sobre mi lengua, dejando que descubriera sus secretos si solo

me permitía el lujo de recrearme en él.

El delicioso olor predominó sobre los demás y me hizo salivar con un nuevo tipo de hambre, uno que no tenía nada que ver con la sed y sí con una repentina necesidad por bañarme en aquella esencia, haciéndola mía y conservándola para mí para el resto de la eternidad.

«¿Te encuentras bien?». La pregunta de Gabriel apenas penetró en mi consciencia.

Abrí la boca y volví a cerrarla.

«Hay alguien aquí… ». Me pasé la lengua por los colmillos. Me pulsaban de una forma dolorosa debido al veneno que se estaba acumulando en las glándulas situadas tras ellos. «No sé quién es, ni por qué, pero me muero por probarlo, y creo que viene en mi dirección. Puedo sentirlo más cerca».

«Retrocede hasta la pared y deja que venga a ti». La orden ronca de Gabriel se extendió por mi bajo vientre con un cálido cosquilleo.

«¿Y si se va con otra o lo pierdo?». *¡Mío!* La idea hizo saltar mis garras. Aquella criatura era mía y no pensaba compartirla con nadie.

«¿Crees en el destino?». No era una pregunta, sino una exigencia.

«Lo que creo es que el destino es un maldito hijo de puta que la tiene tomada conmigo», mascullé, inspirando con un gemido el aroma que iba nublándome los pensamientos con cada paso que se acercaba.

La carcajada masculina que resonó en mi mente fue baja y peligrosa y solo incrementó más la turbación que ya me había invadido.

«Piensa de él lo que quieras, pero el muy cabrón no te quiere muerta». Algo en la voz de Gabriel no encajaba con su risa, pero estaba tan distraída con la magnética presencia cada vez más próxima que hacía que mi cuerpo entero reaccionase a ella, que no fui capaz de centrarme lo suficiente como para encontrar un motivo que justificara esa impresión.

Capítulo Veintitrés

ANDREA



El origen del delicioso aroma que estaba haciéndome perder la cordura se detuvo a escasos pasos de mí. No podía verlo, pero podía sentirlo con cada célula de mi ser. Era como si su poderosa aura abarcara el espacio que me rodeaba y hacía desaparecer el ruido superfluo.

«¡Diosa!», gemí para mis adentros, sin importar que Gabriel pudiera escucharme.

«Sabes lo que está a punto de ocurrir», me preguntó Gabriel con una extraña ausencia de inflexión en su voz. «¿Es lo que deseas?».

¿Desear? Aquel era un término demasiado débil que apenas rozaba la superficie del ansia que me consumía.

«¡Lo necesito!».

«Ese no es un motivo lo bastante bueno para lo que está a punto de suceder».

¿No lo era? No habría podido confirmarlo. Las manos me temblaban, el veneno de mis colmillos me goteaba sobre la lengua incrementando la sensibilidad de mi piel, y mi cuerpo al completo clamaba por el contacto con aquel ser.

«Él es todo lo que necesito, lo único que necesito», recalqué.

Fue puro instinto lo que me impulsó hacia delante. Me abalancé sobre la presencia desconocida, rodeando su robusta nuca con mis brazos y su estrecha cintura con mis piernas.

—¡Mío! —siseé, más animal que mujer, antes de devorar su boca con la mía, sin importar que mis colmillos chocaran contra los suyos, desprendiendo algunas gotas de mi veneno o que algo en mi interior amenazara con desprenderse de mí para fundirse con él.

Por un instante se congeló. Fue un latido, quizás dos los que ambos perdimos. Pero entonces, sus grandes manos me sujetaron con firmeza por el trasero y avanzó hasta acorralarme contra la pared. El impacto me dejó sin aliento, pero por nada del mundo me habría despegado de él cuando su fiera erección pulsaba contra mi vientre, dejando un rastro húmedo sobre él con la promesa de lo que estaba por llegar.

Iba a llenarme, a fundirse conmigo, mientras yo me alimentaba de él e… Incapaz de esperar un segundo más, le recorrí el cuello con labios y lengua y busqué con ansia la vena que iba a calmar mi desesperada sed. Sin embargo, antes de que pudiera hincarle los colmillos, sus dedos se hundieron con crueldad en mi cabello y me mantuvieron apartada.

—Por favor —gemí con tal desesperación que me costó reconocer mi propia voz. Me embargó un frenesí imposible de dominar. Luché contra el férreo agarre del desconocido, ignorando las punzadas de dolor en mi cuero cabelludo con tal de alcanzar su cuello, una vena… En realidad, cualquier parte de su cuerpo que me permitiera saborear su esencia y reclamarlo como mío.

El olor de la sangre que manaba de los arañazos que iba dejando sobre su piel intensificó la

urgencia y el ingente vacío en mi estómago. La poca racionalidad que conservaba me advirtió que, si me excedía, iba a dejarme y alejarse de mí. La simple idea de que lo hiciera consiguió que un sudor frío me recorriera la piel, pero no fue suficiente para que otra parte de mí, una más salvaje y posesiva, luchara con él para dominarlo y demostrarle que me merecía que fuera mío.

Él no me lo permitió y no había nada que pudiera hacer contra su fuerza inhumana, aunque eso no me impidió seguir intentándolo.

«¡Basta ya!». La voz de Gabriel retumbó en mi mente como un trueno, arrancándome un gemido lastimero. Casi al mismo tiempo, el desconocido rugió y me mordió el labio inferior. Mis garras se clavaron en sus hombros cuando relamió la sangre que me había hecho.

«Vas a hacerte daño si no te sometes», gruñó Gabriel algo más apaciguado.

«¡Tengo hambre! ¡Me muero! ¡Lo necesito!», repliqué entre sollozos, aferrándome a la cabeza del desconocido cuando succionó uno de mis pezones. Jadeé de placer, mientras hacía que mi cuerpo entero vibrara de necesidad por él.

«Entonces, deja que te alimente».

«Él no sabe…».

«Puede sentirlo. Te dará lo que necesitas si le dejas».

«Gabriel…». Lo que iba a decir se evaporó de mi mente cuando sus dientes rozaron mis pezones.

Raspado…

Pinchazo…

Dolor…

«Shhh… confía en mí».

¡Diosa!

La lengua de mi amante sin rostro aleteó alrededor del sensible manojo de nervios hasta que el placer se tornó casi tan agónico como el dolor.

Alcé mis caderas, recorriendo su gruesa erección para situarlo a mi entrada, pero de repente, con sus manos en mi cintura, me desenganchó de él y me colocó sobre el suelo. Me sujetó hasta que conseguí mantenerme de pie, me giró hacia la pared y me prendió ambas manos con una de las suyas, mientras me obligaba a abrir las piernas y arquear la espalda.

«¿Todo bien?». Gabriel empezaba a sonar tan agitado como yo. ¿Estaba contagiándolo con mis emociones?

«Yo… No lo sé». Podía sentir mi humedad recorriéndome la parte interna del muslo y enfriándose al contacto con el aire. Lo último que quería era que el desconocido se diera cuenta de cuánto me afectaba y de lo desesperada que me tenía.

«¿Qué necesitas?», exigió Gabriel en un susurro.

Me estremecí ante la suave caricia de la áspera palma que me recorrió la columna vertebral en un gesto tranquilizador.

«Yo… Yo…». Se me escapó un sollozo tembloroso cuando su mano pasó por mis nalgas y traté de incorporarme antes de que descubriera mi secreto, pero su agarre me mantuvo atrapada y no hubo nada que pudiera hacer por evitar que mi amante anónimo alcanzara mi sexo y la espesa humedad que se había acumulado allí.

Lo último que esperé oír fue un ronco ronroneo cuando hundió uno de sus gruesos dedos en mi interior, haciéndome apretar los muslos, no sé si para evitar que retirase la mano o para que la nueva corriente de calor líquido llegara a gotear el suelo.

Me esperé menos aún que usara ambas manos para separarme las nalgas y que utilizase su lengua para beber de mí como si yo fuera un manantial de agua fresca y él una criatura sedienta

atrapada en el desierto. Mi clítoris vibraba con cada pasada de su lengua y mis músculos internos se encogían alrededor de su grueso pulgar, incrementando las sensaciones.

Mis garras se hundieron en los tableros de la pared y mis pies se pusieron de puntillas, como si se hubieran puesto de acuerdo con mis caderas en facilitarle el acceso.

«¡Gabriel!».

«¿Sí?».

«¡Diosa!».

«¿Qué necesitas?», exigió con un tono oscuro, áspero, casi animal.

«A ti… A… a… él».

«No hay ningún *él* y ninguna Diosa aquí, solo tú y yo, y es mi nombre el que vas a gritar cuando te corras, el mío y el de nadie más, ¿lo entiendes?». Le habría dado el mismísimo infierno en una bandeja de plata si me lo hubiera pedido en ese momento. «¿Lo entiendes, princesa?», exigió.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Gabriel! ¡Así! ¡Sí! —chillé fuera de mí cuando mi amante atrapó mi clítoris en su boca con una fuerte succión y añadió un segundo dedo en mi interior acelerando el ritmo con una exigente persistencia. En cuestión de dos, tres penetraciones, mi cuerpo entero convulsionó y mis piernas flaquearon con la potencia de sus involuntarias sacudidas—. ¡Gabrieeeeellll…!

Por unos tres segundos, el tiempo exacto que el desconocido tardó en apartarse de mí y ponerse de pie, a pesar de que aún me contorsionaba en éxtasis, pensé que había metido la pata gritando el nombre de otro hombre, pero justo en ese instante sus fuertes manos se posaron en mi cintura para mantenerme quieta y mi grito reverberó por la sala cuando me embistió de una sola estocada, obligándome a sujetarme contra la pared para no acabar aplastada contra ella. Con el orgasmo anterior aún en pleno auge, cada uno de sus envites me hizo rezar para que nunca se detuviera.

«¡Gabriel! ¡Gabrieeeeel!».

«¡Ruégame por ello! ¡Ruégame por mi sangre, preciosa!».

Era absurdo que la voz de mi mente me pidiera aquello, una completa locura y, aun así, no hubo dudas ni titubeos cuando abrí la boca.

—Por favor, por favor, Gabriel, te lo suplico. Necesito tu sangre.

El desconocido me tiró del cabello con brusquedad y me obligó a arquear la espalda sin detener sus embestidas. Estaba segura de que al día siguiente tendría marcados sus dedos en mis caderas y agujetas hasta en el cielo de la boca, pero cuando su antebrazo apareció ante mis labios como una ofrenda sagrada, me aferré con ambas manos a él y hundí mis colmillos en su piel especiada. Su esencia, rica y espesa, inundó mi paladar y se deslizó por mi garganta como un elixir reservado en exclusiva para mí.

Lo sentía dentro de mí, a mi alrededor y hasta en lo más profundo de mi alma. Me convertí en un torbellino de sensaciones y necesidades, dispuesta a someterme a él de cualquier forma que deseara o necesitara. Con cada sorbo de su sangre, mi placer se intensificaba, lanzándome una y otra vez al borde de la locura más absoluta.

Tenía que parar, lo sabía, pero era imposible. Deslizó su mano libre por mi entrepierna, aprisionando mi clítoris entre los labios mayores, exprimiéndome un orgasmo tras otro mientras me atravesaba como si pretendiera fundir nuestros cuerpos en uno solo.

«Gabriel, es… es… demasiado… ¡No puedo más!».

Por una vez, tanto la voz de mi mente como el desconocido que me embestía como si se le fuera la vida en ello, me ignoraron. Dientes afilados rasparon la delicada piel de mi cuello, haciéndome pensar que también él iba a morderme. La idea debería haberme llenado de pánico,

haberme hecho escapar o al menos haberme llenado de rechazo, pero no ocurrió. En cambio, ladeé la cabeza y me ofrecí a él.

—¡Mía! —la exclamación ronca y gutural, casi ininteligible junto a mi oído, al mismo tiempo que presionó mi clítoris con sus dedos, fue lo que me llevó a una explosión que pareció desintegrarme en luz, placer y dolor, trasportándome más allá de un horizonte que desconocía que existiera. Eché la cabeza atrás, su sangre cálida y exquisita corriéndome por la barbilla y el nombre de Gabriel convertido en una plegaria que escapaba una y otra vez de mis labios.

Lo último que penetró en mi consciencia fue el rugido animal que sonó a mi espalda, o tal vez fuera en mi mente, mientras un calor líquido me llenaba el vientre y se derramaba por mis muslos, al ritmo en que la contundente erección de mi amante desconocido pulsaba en lo más profundo de mi ser y sus brazos eran lo único que me sostenía en pie.

Su corazón y el mío latían al unísono, casi habría afirmado que nuestros cuerpos enteros lo hacían. Descansé mi rostro contra la fría pared y él apoyó un brazo al lado de mi cabeza para sostenerse, o sostenernos a ambos, dado que seguía manteniéndome. erguida con un brazo alrededor de la cintura, mientras ambos luchábamos por recuperar el aliento.

«¿Te encuentras bien?».

«¿Gabriel?». Incluso en mi mente resonó mi sollozo sin lágrimas.

«Estoy aquí, princesa. Estoy aquí», susurró como si compartiera mi angustia.

«Yo… Yo…».

El desconocido apoyó la cabeza contra mi hombro en un gesto que resultaba extrañamente íntimo.

«Shhhh…».

«Me imaginé que eras tú, todo este tiempo pensé que eras tú el que estaba conmigo y fue tan… tan real», le confesé en un susurro. «Yo quería que fuera real».

A mi espalda, el desconocido se puso rígido y, por un momento, pensé que iba a soltarme. Me tensé, preparada para deslizarme al suelo, porque sabía que sería incapaz de mantenerme de pie sin él. Por suerte, no se movió y me siguió sujetando.

«¡¿Gabriel?!», lo llamé alterada al darme cuenta de que no me había respondido.

«Shhh, estoy aquí».

«¡No me has respondido!».

«Lo siento, solo necesito un momento».

«¿Estás enfadado conmigo?». La idea me hizo separarme del desconocido y apoyarme en la pared hasta resbalarme al suelo.

No quería hacerlo, de hecho, ya sentía la ausencia de su fuerza, su aura y su calor, pero me importaba más Gabriel, aunque solo fuera una voz en mi mente y un producto de mi imaginación.

«No. No», confirmó unos segundos más tarde con más firmeza. «Solo necesito un momento».

Me abracé a mis rodillas y me mecí mientras el desconocido se alejaba por la oscuridad, abandonándome sin una palabra de despedida o reconocimiento. Tuve que morderme el puño para no gritar y pedirle a voces que regresara.

«No me dejes. Por favor, no me dejes», rogué muda, sin saber muy bien si era a Gabriel, al hombre que había construido a mi medida en mi imaginación, o al amante anónimo al que jamás volvería a ver.

Capítulo Veinticuatro

ANDREA



Al salir de la sala oscura, mis emociones y pensamientos eran un caos total, pero físicamente me sentía mejor de lo que había hecho desde la noche en que llegué al Inframundo. En realidad, mejor que mucho antes de llegar allí.

Un cuerpo desnudo tropezó conmigo justo antes de alcanzar la salida señalada con un símbolo luminoso.

—¡Ups! ¡Perdón! —Una morena con el cabello revuelto y un brillo travieso en los ojos, abrió la cortina con una risita, dejando entrar un tenue haz de luz. Reculé sobresaltada y encogí la nariz ante el intenso perfume floral y el algo amargo a sexo que trajo consigo la repentina brisa—. Vale, vale, no hace falta que te pongas así. No tengo ninguna enfermedad venérea y estoy segura de que las dos venimos de hacer lo mismo. Igual hasta nos hemos cruzado y hecho más que solo rozarnos un poco —se burló ofendida, con las manos en alto y una mueca altiva desfigurándole el hermoso rostro.

Abrí la boca para volver a cerrarla. No le debía ninguna explicación y tampoco deseaba dársela. La quería lejos de mí, no porque supusiera ningún peligro o por su desnudez, sino porque mi piel estaba tan sensible que incluso la suave brisa que se colaba por las cortinas resultaba incómoda. Además, algo primario y animal en mi interior se negaba a que el delicioso aroma que mi amante había dejado marcado sobre mí se viera contaminado por ella.

Era una actitud irracional, era consciente de ello, pero no podía evitarla, y confesarle algo tan íntimo a una extraña como ella quedaba descartado.

«¿Gabriel?».

«¿Sí?».

Bastó escuchar su voz para sosegarme.

«Nada. Solo quería confirmar que seguías ahí. Llevas mucho tiempo callado».

«Estoy aquí. Puedes sentirme. No vas a librarte con tanta facilidad de mí».

Mi corazón dio un respingo. Era cierto, no me había dado cuenta hasta que lo mencionó. Ya no se encontraba solo en mi mente. Podía sentirlo dentro de mí como una presencia que llenaba el vacío en mi pecho. Era una sensación cálida y reconfortante, la misma que producía un abrazo de alguien cercano, solo que desde el interior. ¿Cómo era posible? ¿Mi locura estaba progresando?

«Solo… vístete y sal de este sitio», pidió Gabriel en lo que parecía casi un ruego.

Me mordí el labio inferior y gemí cuando el leve dolor y el sabor metálico de la pequeña costra, me recordaron con un estremecimiento cómo me había mordido mi amante sin nombre y el modo en que había lamido mi sangre después.

Intenté no pensar en él ni en lo ocurrido, ni en cómo seguía sintiendo sus manos, su cuerpo

contra el mío, en mi interior, o cómo su esencia aún se deslizaba por mis muslos con cada paso que daba. Necesitaba centrarme en Gabriel. Él era lo único importante ahora, y sonaba cansado, turbado. No mucho mejor que yo. Imagino que tenía su lógica, considerando que residía en mi mente y que, probablemente, también estaba afectado por mis emociones, pero eso no me hacía sentir mejor o menos preocupada.

«¿Me lo prometes?».

«¿El qué?».

«Que no me lo pondrás fácil para librarme de ti», aclaré.

«Eso es de las pocas cosas que te puedo prometer de verdad». Parecía sincero, ¿por qué entonces sonaba tan apagado?

«Gabr…».

«Vístete y sal de aquí, princesa. Me sentiré más tranquilo cuando lo hagas».

Con un suspiro, di un paso hacia la salida, pero me detuve en seco. La morena seguía allí, sujetando el extremo de la cortina, indiferente a cómo la tenue luz realzaba su generosa silueta desnuda. Me miraba como una reina que esperaba que yo, su súbdita, se postrara ante ella.

—¿Piensas apartarte de ahí? —exigí con frialdad—. Tengo prisa.

La morena entrecerró los ojos. Yo rodé los míos. ¿En serio?

—Yo que tú tendría cuidado, no tienes ni idea de quién soy.

Se me escapó un resoplido. Podía no conocer su nombre o donde vivía, pero sabía a la perfección quién era. Nobles, ricos y privilegiados como ella abundaban en la corte de Azrael, y dudaba que las cosas fueran diferentes en el inframundo. No necesitaba su identidad individual. La mujer estaba cortada por el mismo patrón que otras muchas de su clase, quizás hasta como yo misma había sido en el pasado.

—De acuerdo, tendré cuidado —espeté—. ¿Ahora podrías apartarte?

—¡¿A dónde cree que va, mi preciosa dama?! —Dos demonios azulados, gemelos en apariencia, aparecieron junto a la morena. Uno se situó a su espalda besándole el cuello, mientras el otro se colocó frente a ella acallando sus débiles protestas con una ofensiva directa de su boca.

—Tengo que irme —jadeó la morena, sin ofrecer mucha resistencia a la tentación. Creo que hasta se olvidó de mí por completo—. Ya llego tarde a la fiesta.

Ante la mención de la fiesta, me erguí alertada. ¿Se refería al evento popular donde se encontraba el circo o a la que estaban celebrando en el castillo? Tenía que ser la segunda, ¿verdad? No podía llegar tarde a una fiesta en la que ya se encontraba. No tenía sentido.

Se lo habría preguntado para confirmarlo, pero dudaba que pudiera hablar con la lengua grisácea del demonio buscando tesoros ocultos en su boca. ¡Mierda!

Vacilé un instante. ¿Cuánto le llevaría terminar? Un vistazo a cómo el demonio se preparaba para abrirse paso entre sus muslos me confirmó que no sería cuestión de unos pocos minutos.

Con un resoplido exasperado me deslicé por el hueco de la cortina que ella seguía sujetando, a pesar de que ahora sus piernas rodeaban la cintura del demonio que la embestía mientras su hermano sostenía sus redondeados pechos como si la ley de la gravedad fuera una ofensa para ellos.

Solo esperaba que ninguno de ellos me prestara atención mientras recuperaba mi ropa y me vestía. Lo último que deseaba era tener público, y podía imaginarme demasiado bien los aires de superioridad de ella cuando me viera poniéndome la ropa holgada y bien usada de Riguel. No me avergonzaba llevarla (o quizás sí, un poco), pero no me quedaba más remedio que admitir que con uno de mis antiguos vestidos, o al menos con algo más apropiado y de mi talla, me habría sentido más segura de mí misma en semejantes circunstancias sociales.

Los hombres podían pensar lo que quisieran de las mujeres, pero una vestimenta de calidad y un poco de maquillaje, a veces protegían mejor que una armadura de titanio y también la hacían a una más fuerte contra las adversidades.

Me recorrió un escalofrío nervioso al descubrir las dos cajas que esperaban sobre una mesa idéntica a la que me encontré a mi entrada al recinto. Me bastó una mirada furtiva a mi espalda y un vistazo rápido al contenido de las cajas para tomar una decisión precipitada.

Con un movimiento ágil, recuperé mis dagas con una mano, en tanto con la otra vaciaba la segunda caja sobre la mesa, justo antes de que la morena soltara la cortina y que su caja se desvaneciera.

Conteniendo la respiración en anticipación, examiné el botín esparcido ante mí: un vestido de terciopelo verde con intrincados bordados, un antifaz y varios complementos a juego que me permitirían fundirme y pasar desapercibida entre los invitados al castillo. No obstante, lo que hizo que mi corazón se acelerara fue el sobre de color burdeos que había caído a mis pies.

Capítulo Veinticinco

ANDREA



Al cruzar el amplio umbral del salón de baile, dejé de respirar. Era imposible negarlo: en el inframundo sabían cómo organizar una celebración. El vasto y lujoso espacio de mármol veteado, oro bruñido y cristal tallado resplandecía con la luz de cientos de piedras fuego suspendidas en el aire, que iluminaban las mesas repletas de apetitosos manjares. Pirámides de copas de cristal se alzaban como esculturas efímeras, en las que un líquido iridiscente fluía de unas a otras en un perpetuo movimiento, mientras que las vidrieras multicolores proyectaban sombras caleidoscópicas sobre el suelo pulido, creando un efecto hermosamente etéreo y fantasmal, que parecía balancearse al son de la música.

Los bailes en la corte de Azrael habían sido legendarios, pero palidecían en comparación con aquel despliegue de magia y opulencia. La música parecía surgir de la nada, como si el propio aire vibrara con notas invisibles, y los músicos, si los había, debían de ser almas perdidas capaces de ser escuchadas sin ser vistas.

Secándome con disimulo las palmas húmedas en la falda de mi vestido de terciopelo, escogí un aperitivo de aspecto exótico y una copa de una de las bandejas flotantes que pasaron con sigilo a mi lado. Mis ojos recorrieron la multitud de la sala en busca del característico cabello cobrizo de la Bruja del Este.

La diversidad de los invitados era fascinante y muy diferente a lo que estaba acostumbrada de mi vida anterior: demonios con cuernos retorcidos y piel escamosa que reflejaba la luz como joyas vivientes, conversaban animadamente con brujas ataviadas con suntuosos vestidos, en cuyos generosos escotes exhibían sus talismanes protectores que pulsaban con energía elemental. Hechiceros envueltos en túnicas adornadas con runas y misteriosos símbolos arcanos, que se transformaban y movían sin motivo aparente, intercambiaban miradas cómplices con arpías de cabellos de hermosas plumas tornasoladas y rostros tatuados con intrincados diseños; y criaturas más mundanas, como sátiros y centauros, se deslizaban con sorprendente gracia por la pista de baile.

Constaté que todos y cada uno de ellos portaba una elaborada máscara o antifaz que los ocultaba en mayor o menor medida, algunas tan fantásticas que parecían poseer vida propia y me hacían preguntarme cómo alguien querría colocarse algo tan escalofriantemente vivo sobre la cara.

Me abrí paso entre la multitud, esquivando alas y colas, hasta encontrar un rincón tranquilo desde donde pasar desapercibida mientras seguía escrutando el recinto.

Era una suerte que el vestido que le había robado a aquella engreída morena del circo, poseyera un hechizo de adaptación para ajustarse a la anatomía de quien lo vistiera. De otro modo, dudaba mucho que hubiera logrado pasar desapercibida en un lugar como aquel, donde el

lujo y la elegancia eran el pan de cada día. Para ser una dimensión que, a primera vista, parecía desangelada y pobre, el inframundo bien que mimaba a su élite.

Con un largo suspiro, barrí la sala con la mirada una última vez. Ni una sola persona tenía un cabello cobrizo como el mío, ninguna… Excepto una.

Se encontraba en lo alto de la escalinata, observando a los invitados, con las manos apoyadas sobre la barandilla de piedra labrada, como si aquel fuera su reino y el resto de los que nos encontrábamos allí poco más que hormigas sin importancia. Sin apartar la mirada de la gente, la bruja asintió mientras un demonio de piel rojiza y ojos de obsidiana le susurraba algo al oído.

Me congelé en el sitio y tragué saliva, o al menos lo intenté. Era difícil hacerlo con la boca repentinamente reseca. ¡Lo había conseguido! La había encontrado. Tenía a la Bruja del Este a mi alcance. ¿Y ahora qué? No tenía ni la más mínima idea de qué hacer.

Mi plan había sido encontrarla, no me había planteado nada más allá. Me aterraba la idea de que pudiera volver a poseerme y manipularme a su antojo, pero me aterraba aún más tener que pasarme el resto de mi vida huyendo de Gabriel y los cazarrecompensas de Azrael, siempre mirando por encima del hombro y sin un momento de paz.

Tenía que hablar con ella y convencerla de que esta vez me escuchara y me diera una oportunidad. El problema era que no tenía nada que ofrecerle a cambio y, si algo había aprendido de esa mujer, era que no hacía nada que no le trajera algún tipo de beneficio. ¡Mierda! Lo único que me quedaba era yo misma. ¿Estaba dispuesta a entregarle mi vida o mi alma a cambio de sobrevivir?

«¿Qué te ocurre?», preguntó Gabriel, alerta. «Puedo sentir tu ansiedad».

Habría soltado una carcajada histérica de haber podido. ¿Ansiedad? ¡Estaba aterrorizada!

«La he encontrado, a la Bruja del Este».

Hubo un silencio.

«¿Piensas acercarte a ella?», preguntó con cautela.

La sola idea me revolvió el estómago.

«Tengo que hacerlo».

«¿Por qué?».

Tomé una profunda inspiración y solté el aire despacio.

«Porque ahora soy mortal. Mis probabilidades de supervivencia serán mayores si consigo convencerla de que me ayude. En la dimensión humana tendría una oportunidad, pero ¿aquí? Será un milagro si sobrevivo durante un año, y nada me garantiza que, cuando regrese a la dimensión humana, no vuelva a tener a cazadores pisándome los talones para acabar conmigo».

«¿Y crees que la bruja accederá a lo que sea que vayas a pedirle?».

Estudié a la mujer en lo alto de la escalinata. Si hubiese sido humana, le habría echado unos cuarenta años por su apariencia, pero incluso bajo su porte frío y altivo, nadie podría haber negado su belleza.

«No», admití con sinceridad. «Ya lo intenté una vez y se rio en mi cara».

«Entonces, ¿por qué arriesgarte a llamar su atención sobre ti?».

«¿Qué otras opciones tengo? Sé que no me amparará sin más, pero si me dejara servirle a cambio de su protección… Tal vez pueda acercarme a ella lo bastante a ella como para encontrar alguna prueba que demuestre mi inocencia. Incluso si solo consiguiera información que le interesara a alguien como Azrael, me permitiría llegar a un acuerdo para conseguir mi amnistía, o al menos la protección de alguien poderoso».

Otra posibilidad era que la bruja me devolviera mi inmortalidad, pero dudaba que pudiera pagar el precio que eso requeriría.

«Lo estás diciendo en serio», constató Gabriel después de un momento, como si no hubiera creído mis intenciones hasta ahora.

Intenté evitar que me afectara, pero… ¡Caray!

«¡Pues claro que lo digo en serio!».

—Veo que le interesa mi prima —dijo una voz profunda y algo ronca a mis espaldas—. Aunque si me permite una recomendación, yo que usted no me acercaría a ella esta noche.

—¡¿Qué?! —Con una mano en el pecho, me giré precipitada hacia el dueño de la voz.

Incluso con el elegante antifaz plateado que le cubría media cara, podía afirmar sin lugar a dudas de que era uno de los hombres más atractivos y poderosos con los que me había cruzado jamás. Y eso, viniendo de la ex del rey de los vampiros y la actual…, bueno, la actual *no-shangrile* de Gabriel, aquello ya era decir algo.

«Andrea, aléjate de él. Ahora mismo», me llegó la orden urgente de Gabriel.

«Vamos a tener que hablar muy en serio sobre tu tendencia a ponerte celoso y posesivo a la más mínima», lo reñí. «Solo estoy conversando con él».

«¡No son celos, maldita sea! ¡Es peligroso! Mucho más de lo que puedas imaginarte».

Eso me detuvo en seco. Los impresionantes ojos del desconocido, de un azul tan intenso que parecían zafiros líquidos iluminados desde dentro, me estudiaban con una mezcla de curiosidad y diversión. Habría mentido si dijera que no podía detectar la oscuridad que lo rodeaba, pero por el momento no mostraba signos de que fuera a atacarme o hacerme daño. Al menos, todavía no.

Su físico era imponente, atlético, y en lugar del característico aroma a hierbas medicinales que podría haberse esperado de un brujo, olía a cuero, tabaco y miel. Sin embargo, la cantidad de magia pura y poderosa que lo envolvía, y que se manifestaba ocasionalmente como un vapor azulado que emanaba de él, no dejaba lugar a dudas de lo que era. ¿Quizá un mestizo? Había algo animal en él, algo salvaje y primario que no conseguía reconocer o asociar con nada con lo que me hubiera cruzado nunca.

Sus abundantes mechones plateados, contrastaban con su cabello oscuro y corto que llevaba despeinado como si a lo largo de la noche hubiera pasado los dedos en repetidas ocasiones. Le otorgaban una imagen irreverente y enviaban el mensaje de que no le importaban las formalidades de un evento social como aquel.

Señaló con la barbilla hacia la barandilla del primer piso.

—Eleora, o Gilda como la llaman aquellos con permiso para tutearla. —Sus definidos labios se curvaron en una sonrisa ladeada—. La hice enfadar a su llegada. No le recomendaría darle la oportunidad de desahogarse con usted. Puede ser bastante vehemente y extremista cuando se deja llevar por su genio.

—¿Y es su prima? —Se me aceleró el pulso. ¿Tal vez podía ayudarme si conseguía convencerlo de ello? Necesitaba aliados y con que me encontrara un momento oportuno para hablar con ella me bastaba.

—Eso afirman algunos —respondió con un encogimiento de hombros—, aunque ella solo lo hace cuando me necesita para algo.

Mis esperanzas cayeron en picado. Disimulé mi decepción vaciando mi copa. Si no se llevaban bien, no me sería de mucha ayuda.

—Permítame ofrecerle otra copa.

—Por supuesto. —Le ofrecí una débil sonrisa y le entregué la que tenía cuando alargó la mano.

En el instante en que sus dedos rozaron los míos, una chispa de energía recorrió mi piel. Reprimí un escalofrío. Donde el desconocido del circo había sido todo calor, éste poseía una

cualidad helada al tocarlo.

El atractivo desconocido llamó con un chasquido a una de las bandejas flotantes. Sin preguntarme, eligió una elegante copa sobre cuya superficie flotaba una capa de nata congelada, coronada con algunos arándanos y moras de un intenso color púrpura.

Cuando extendí la mano para aceptarla, me detuvo con un dedo alzado y una mirada traviesa. Invocó una pequeña llama azul en su palma y la dejó caer en la copa, haciendo que danzara sobre la superficie mientras el aire se llenaba de un delicioso dulzor acaramelado con un toque frutal.

—Ahora, pruébelo. Es una especialidad de la casa. —Me entregó la bebida con un guiño.

«¡Andrea! Tienes que largarte», me advirtió Gabriel con urgencia. «Lo digo en serio».

Capítulo Veintiséis

ANDREA



Fue imposible ignorar la preocupación y urgencia en la voz de Gabriel. Imaginario o no, yo lo creía. Había algo en ese desconocido de cabello blanco y alucinantes ojos azul hielo que no encajaba. Nadie tan poderoso como él se comportaba de un modo tan sencillo y casual, y nadie ignoraba los convencionalismos sociales a menos que estuviera en la cima o en el fondo de la escala. Por algún motivo, sospechaba que en este caso se trataba de lo segundo.

Alcé la cabeza para comprobar que la bruja permanecía junto a la barandilla de la primera planta y de paso encontrar una ruta de escape por si me hacía falta, pero mi corazón se saltó un latido a la par que por mi columna se deslizaba una sensación helada.

«¡Mierda! Nos está mirando todo el mundo».

Y cuando decía «mirando», no me refería a simples miradas curiosas. Los asistentes habían dejado de hacer lo que estaban haciendo para estar pendientes de nosotros. Incluso la Bruja del Este me estaba estudiando con los ojos entrecerrados. ¡Genial! No había conseguido acercarme a ella, pero ya me había encontrado.

«¿Por qué crees que te estoy avisando para que te largues?», preguntó Gabriel con exasperación.

«¡Dijiste que era peligroso, no que estábamos llamando la atención de todo el mundo! ¡No puedo permitirme el lujo de que la gente se fije en mí!».

«Demasiado tarde. La única solución es que salgas de ahí cuanto antes».

Muy gracioso. ¿Cómo iba a escaparme cuando nadie me perdía de vista? ¿Y por qué me miraban? ¿Habían descubierto que me había colado? ¿Se habían enterado de la cuantiosa recompensa sobre mi cabeza?

—¿Todo bien? —la voz aterciopelada de mi improvisado y atractivo acompañante me sacó de mis pensamientos.

—¡Oh! ¡Eh…! ¡Sí! ¿Gracias? —Le dediqué una sonrisa que esperaba fuera convincente y contemplé con recelo la llama azul sobre la copa—. ¿No es un contrasentido calentar una bebida que tiene hielo? —pregunté en un intento por ganar tiempo y aclarar mis ideas.

¿Y si Gabriel tenía razón y aquello era una artimaña con la que hechizarme o drogarme para entregarme de nuevo a su prima? Solo de pensarlo se extendió un debilitante frío por mis extremidades. No podía volver a pasar por eso. No sería capaz de resistirlo una segunda vez.

Como si me hubiera leído la mente, el desconocido recuperó la copa y se la llevó a los labios, manteniéndome la mirada en desafío mientras tomaba varios tragos.

—¿Y quién dijo que mis llamas calentaran? —Me devolvió la copa a medias y, aunque llevaba la máscara, intuía que tenía una ceja alzada.

—¿No queman entonces? —Cuando mis dedos temblorosos rodearon el cristal se encontraba

frío, gélido de hecho.

—Calentar y quemar son dos conceptos diferentes. Mantened una mano el tiempo suficiente en un cubo de hielo y entenderéis a qué me refiero.

—Cierto… —admití, llevándome la copa con reticencia a los labios sin dejar de mirarlo, tal y como había hecho él.

En sus ojos chispeó algo oscuro, depredador, que me hizo contener la respiración.

—Pruébalo. —No sabía si era una orden o una advertencia, pero desde luego no era una sugerencia.

Olisqueé el líquido con cautela antes de dar un diminuto sorbo. Tan pronto como el líquido tocó mi lengua, una explosión de sensaciones y sabores explotó sobre mi paladar y mis rodillas flaquearon, obligándome a aferrarme al antebrazo que me ofreció.

—¿Qué tal? —preguntó cuando abrí los párpados, que no me había dado ni cuenta de haber cerrado. Su voz sonaba complacida.

—¡Guau! —exclamé sin poder contenerme.

Su sonrisa se ensanchó, mostrando unos dientes perfectos.

—Supongo que esa es una forma de definirlo —afirmó con diversión.

Estudié la copa. Si un pequeño sorbo había tenido ese efecto, ¿qué no me haría beberla entera? La posibilidad me puso el vello de punta. Estaba claro que contenía algún tipo de encantamiento y, de no ser por las circunstancias, no me habría importado experimentar un poco. Dejé la copa sobre una mesa cercana y me puse seria.

—¿Acabas de drogarme? —pregunté, mirándolo fijamente.

Su sonrisa se desvaneció, aunque no pareció demasiado preocupado.

—Sí, si somos exactos. Es un elixir azul. Aligera el espíritu y aleja por un rato las preocupaciones. El único efecto secundario que tiene es que puede soltarte la lengua si te descuidas. Nada peor que una de las bebidas alcohólicas que estás acostumbrada a tomar en el mundo humano, solo que esta también te afecta a ti. Aunque, con ese pequeño sorbo, no tienes de qué preocuparte.

Entrecerré los ojos, desconfiada.

—¿Y me lo has dado por un motivo en concreto? —Escudriñé su rostro en busca de alguna pista, pero su expresión era indescifrable.

—Siendo una extranjera que visita nuestro reino por primera vez, supuse que disfrutarías de una especialidad local —respondió con naturalidad.

Mi espalda se irguió y mis músculos se pusieron rígidos.

—¿Qué te hace pensar que soy extranjera y que es mi primera vez? —pregunté, forzándome a mantener la calma—. Ni siquiera nos hemos presentado.

El destello burlón en sus ojos consiguió que se me formaran algunas gotas de sudor en la frente. Los dos sabíamos que me había pillado.

—Con eso de que os volvéis mortales al visitarnos, los vampiros no suelen abundar por aquí. —Sus ojos azules parecieron atravesarme—. Si a eso le añadimos que eres mujer y tu color de cabello… Me temo que es difícil que pases desapercibida en mi mundo.

Me sentí como si me hubiera echado un jarro de agua fría. ¿Qué sabía de mí? ¿Aquello era una trampa después de todo? Mi mente se aceleró en busca de una salida, una explicación, cualquier cosa que me permitiera negar lo evidente.

—Yo… —las palabras se me atascaron en la garganta.

—¿Bailamos?

Sin esperar una respuesta, me tomó con determinación por el codo y me guio hacia el centro

de la pista. Con un movimiento fluido, colocó una mano en la parte baja de mi espalda y entrelazó nuestros dedos con la otra.

Mis ojos se posaron en el resto de los bailarines. A pesar de que era un baile de pareja, los demonios se movían con una energía salvaje y desenfrenada, girando con abandono. Las brujas, en cambio, parecían deslizarse en el aire con sus faldas ondeando a su alrededor con una gracia etérea que seguía los acordes de la música, mientras los hechiceros, más contenidos, ejecutaban pasos precisos y elegantes, sus movimientos sincronizados como si formaran parte de un ritual mágico.

—No creo que sea una buena idea que…

Me dio un suave tirón para acercarme a él.

—Frost —murmuró cerca de mi oído—. Relájate. Yo te guiaré.

—¿Qué? —parpadeé confundida mientras me dejaba llevar por él. Con pasos firmes y seguros, nos hizo girar sobre la pista, sus manos guiándome con una mezcla de suavidad y autoridad.

—Mi nombre es Frost, y tú eres Andrea —dijo, tuteándome por primera vez como para confirmarlo—. Creo que esas son todas las presentaciones que necesitamos

—¿Cómo sabes mi nombre? —mi voz salió en un graznido alarmado.

Su expresión adquirió un tinte serio y por un instante su mandíbula se tensó.

—Estás en mi corte. Sé todo lo que ocurre en mi ciudad. Incluido que *Madame* Salomé no está demasiado contenta de que te hayas escapado de sus garras. Aunque, si te soy sincero, no puedo culparte por eso.

Un escalofrío me recorrió la espalda. *Su corte…* Eso explicaba su aura de poder. Pero la ciudad era enorme, debían de vivir al menos un par de cientos de miles de criaturas allí. ¿Cómo podía estar al tanto de mí en tan poco tiempo?

—¿Cómo…? ¿Qué…? —balbuceé, incapaz de articular mis caóticos pensamientos.

Frost me dedicó una sonrisa fría y me hizo girar una vez más, provocando un leve roce de nuestros cuerpos.

—Tranquilízate, no tengo intención de comerte esta noche, a menos que me lo pidas, claro está. —Soltó una risa baja, como si hubiera dicho algo divertido. A mí no me lo pareció—. Tu alma me parece fascinante. Esperaba que fuera negra o al menos de un gris marengo para alguien que ha vivido tantas décadas en una corte de vampiros. Pero, aunque careces de la claridad radiante de la inocencia, tus colores me recuerdan a los de un amanecer tras una noche de tormentas.

Era una afirmación extraña, pero mi instinto me advirtió que interrogarle sobre ello podía traerme respuestas que prefería no conocer.

—¿Por qué estamos bailando si sabes que me he colado en tu castillo y en tu baile? —pregunté, intentando mantener la voz firme a pesar del nerviosismo que, de repente, me provocaba su cercanía.

Su sonrisa se ensanchó, aunque mantuvo la mirada en un punto fijo por encima de mi hombro. No me pasó desapercibido que la gente seguía observándonos. Incluso las parejas que bailaban a nuestro alrededor, con movimientos fluidos y elegantes, estaban pendientes de nosotros.

—¿Has venido a mi baile sin enterarte primero del motivo por el que se celebra? —preguntó con un tono burlón—. Debería sentirme ofendido.

No parecía ofendido, sino más bien divertido a deducir por la chispa en sus ojos.

—¿El baile no es por la fiesta de Samhain que se está celebrando también en la calle? —Le

seguí el juego.

—Esa es la excusa. —Me hizo girar antes de volver a acercarme a él—. La verdadera razón es que Gilda ha convencido a otros miembros de mi familia de que me estoy volviendo demasiado viejo y que necesito una esposa capaz de darme los herederos que continúen mi legado. —Esta vez su sarcasmo poseía un tinte más amargo.

Estudié su rostro con atención. Adivinar la edad de un inmortal siempre era una cuestión peliaguda, ya que las apariencias rara vez coincidían con un paso real del tiempo, no como con los humanos. Con la excepción de una fina línea en su frente y los mechones plateados de su cabello, que parecían más un capricho de la naturaleza que un producto de la edad, la tez de Frost carecía de cualquier indicio que permitiera calcularla.

—¿Qué es *demasiado viejo* para alguien como tú?

Frost soltó una carcajada baja.

—Muchos me considerarían un anciano. Otros irían aún más lejos.

—Uhmm… vaya. —Fruncí el ceño. Eso no me decía mucho. Yo era vieja comparada con una humana, pero joven en los términos por los que se guiaba mi especie. Si siendo un inmortal lo consideraban anciano… Sacudí la cabeza. Había sitios a los que era mejor no ir—. Sigo sin entender qué tiene eso que ver con el hecho de que ni siquiera estés molesto por mi presencia. Otros me habrían detenido o al menos invitado educadamente a marcharme.

—¿Por qué habría de estarlo? Eres una bella distracción en un evento social por lo demás aburrido. Sin contar que me has dado la excusa perfecta que demuestra que estoy cumpliendo con mi cometido de relacionarme con mujeres y mostrar interés por una.

—Espera, yo no…

—¿Te importa si bailo con *mi shangrile*, Frost?

Se me heló la sangre. Fue una suerte que mi anfitrión me estuviera sujetando, porque mis pies dejaron de moverse y mi cuerpo entero se puso rígido. Que Frost estuviera mirando fijamente a la persona que se encontraba a mi espalda me confirmó que aquella voz, por una vez, no había salido de mi mente ni era un producto de mi enfermiza imaginación.

Puede que después de todo sí fuera una trampa.

Continuará…

¿Con ganas de más?

Lo sé, lo sé, ahora mismo tienes ganas de lanzarme al Styx para que se me echen encima los demonios.

¡No lo hagas

La segunda parte de la bilogía estará disponible el 20 de agosto de 2024.

¡Ya se encuentra en preventa en Amazon!

¿Quieres saber más de la serie o sobre este libro? Tengo un grupo de Facebook en el que puedes hacerme todas las preguntas y propuestas que quieras: Cuentos y secretos de Noa Xireau

¿Y por qué no les echas un vistazo a mis otros libros por si te has perdido alguno?

¿Sabías que puedes seguirme en Amazon, para que te envíen un email cuando salgan mis próximos libros?

Solo tienes que buscar Noa Xireau en la plataforma, entrar en mi página de autor y darle a **"seguir"**.

Gracias por leerme y por tu apoyo.
Noa